



EDMUNDO ARAY

**Los cuentos  
de Alfredo Alvarado**

*El Rey del Joropo*



**Los cuentos**  
**de Alfredo Alvarado**  
*El Rey del Joropo*

1.<sup>a</sup> edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2020  
1.<sup>a</sup> edición impresa, Editorial Domingo Fuentes, 1975

© Edmundo Aray

© Fundación Editorial El perro y la rana

**Diagramación**

Mónica Piscitelli

**Diseño de portada**

Arturo Mariño

**Edición**

Luis Enríquez

**Corrección**

Francisco Romero

**Transcripción**

Ingrid Sánchez

Hecho el Depósito de Ley  
ISBN: 978-980-14-4616-3  
Depósito legal: DC2020000163

Alvarado, Alfredo, 1922-  
Los cuentos de Alfredo Alvarado El Rey del Joropo /  
[compilador] Edmundo Aray. – 1a edición digital.  
Caracas : Fundación Editorial El perro y la rana,  
2020. -- 180 p. – (Memoria)

ISBN: 9789801446163  
DL: DC2020000163

1. Alvarado, Alfredo, 1922- . 2. Joropo.  
I. Aray, Edmundo, 1936-2019, comp. II. Título.

793.319092  
A472

EDMUNDO ARAY

**Los cuentos**  
**de Alfredo Alvarado**  
*El Rey del Joropo*

## Nota editorial

La Fundación Editorial El perro y la rana atenta siempre a rescatar y preservar nuestro inmenso acervo cultural presenta *Los cuentos de Alfredo Alvarado, el Rey del Joropo*, compilación de narraciones anecdóticas de un particular y pícaro artista venezolano del siglo XX, presentado por nuestro poeta, crítico, cineasta, promotor cultural y eterno ballenero Edmundo Aray, recientemente fallecido.

En particular, la presente compilación muestra la intensa vida artística, el desenfreno, los viajes y su paso por distintas cárceles venezolanas de un personaje que representa una particular época venezolana, distribuida entre las décadas de los treinta a los sesenta. Fue Alvarado un artista, un bandolero, pícaro, viajero e inquieto frecuente de distintas prisiones en Venezuela. Como una ironía del destino, el Rey nació un primero de mayo de 1922, como él mismo relata cuando fue entrevistado en la redacción de *Últimas Noticias*, cuando ingenuamente fue a buscar apoyo como artista y solo consiguió el oportuno amarillismo de la prensa de entonces que publicaron un artículo en las llamadas páginas rojas: “Ladrón con lágrimas de cocodrilo”, lo que le valió una persecución policial y posterior encarcelamiento sin motivo alguno. Su leyenda fue disminuyendo con el paso de los años y murió en Caracas en el año 1988 a los sesenta y seis años.

El Rey conoció de cerca la glamorosa etapa de los teatros, cabarés y presentaciones en vivo en Venezuela, México, Cuba y Estados Unidos. De esa etapa fue muy conocido el desencuentro que tuvo con el afamado y muy “refinado” director musical Xavier Cugat. Luego del estreno de *Escuela de Sirenas*, musical hollywoodense de la década de los cuarenta. Causó un gran revuelo dicho enfrentamiento en la visita realizada a nuestro país, luego que Cugat se negara a compartir escenario con el Rey del Joropo por considerar poco relevante el acto de Alfredo Alvarado y que su música no era para “indios”. A este desplante le respondió el Rey con

una bofetada en un acto en Radio Continente, fue detenido por los cuerpos de seguridad y alabado por la prensa escrita y el incidente fue conocido como “La mano vengadora”. Los periodistas de entonces alabaron al Rey como un defensor de nuestro gentilicio ante las agresiones a nuestra cultura por parte de Cugat. El propio Cugat se disculpó públicamente y retiró los cargos, y es recordado este reencuentro por la promesa de Cugat de una presentación juntos que nunca ocurrió. Más tarde este episodio le cobraría al Rey un veto en México, país en el cual no pudo actuar más.

Edmundo Aray compiló y publicó estas anécdotas en la década de los setenta. En un principio fue un proyecto de cuatro tomos, pero lamentablemente nunca se logró completar por motivos desconocidos. Esta edición sirvió para que los cineastas Thaelman Urgelles y Carlos Rebolledo llevaran a cabo la realización de un film biográfico del Rey del Joropo donde el propio Alvarado se representó a sí mismo, en una película estrenada en el año 1978.

La presente biografía ha sido tomada de la primera edición realizada por la Editorial Fuentes publicada en el año 1975. Ha sido revisada y corregida, conservando la misma distribución original y respetando la rica oralidad presente en todo el texto que le otorga un singular valor literario. También son conocidas una edición realizada por Ediciones Balumba en 1977 y la más reciente incluida en una antología de Edmundo Aray llamada *Alias el Rey*, donde también se incluyen textos como *Sube para bajar* (1972) y *Baje la cadena. Allegro jocoso, pero no demasiado* (1973), editado por la editorial merideña Ediciones Solar en 1997.

La Fundación Editorial El perro y la rana presenta esta edición de *Los cuentos de Alfredo Alvarado, el Rey del Joropo* como un pequeño homenaje a estas figuras de nuestra venezolanidad, tanto a Alfredo Alvarado como a nuestro gran poeta Edmundo Aray. En las próximas páginas se hace un recuento de nuestra cultura y tradiciones que, aunque suenen ya lejanas, conservan su huella en la actualidad.

# Cuentos de la infancia



## **Yo tuve una niñez muy fuerte**

Yo tuve una niñez muy fuerte. Fuerte, digo, porque era muy tremendo, quizás debido a mi espíritu inquieto que buscaba el río, la caza de chicharras, los mangos, las metras. Un espíritu que prefería las chinas a la escuela.

Un día, mi papá decidió llevarme a casa de una tía en el callejón Peniche. Allí me pusieron unos grillos para tranquilizarme el espíritu, unos grillos de esos que usaban en La Rotunda. Tengo las marcas en los tobillos, de los ganchos remachados en los pies. Asimismo, con grillo y todo, y llaga y todo, yo saltaba y brincaba por esos techos. ¡Claro!, dando salticos muy corticos.

Al año de tener los grillos vino otra tía de Maracay y me encontró con los grillos. “¡Ay, cómo es posible que a este niño le tengan esos grillos... eso es un salvajismo! Yo me lo llevo para Maracay”. Me quitaron los grillos, pero estuve más de dos meses caminando a saltitos.

## Mis primeros pasos

Mi papá era profesor de baile. El Tuerto Alfredo Alvarado. Dice Lucas Manzano en su libro *Caracas de mil y pico*, acerca de mi padre: “Quien no conoce a Alfredo Alvarado, no conoce Caracas”. Mi padre fue el que trajo por primera vez a los toreros. La temporada monstruo. Bombita, Gaona y el Gallo. Mi padre fue empresario de un circo y de grandes espectáculos. Tenía fama como buen empresario, pero en su juventud fue un hombre violento, lo llamaban el Tuerto Alfredo. Y cuando decían el Tuerto Alfredo, decían Alambre de Púa. Era una especie de “guapo”, pero no el guapo buscador de pleitos, sino guapo que se hacía respetar. En los barrios de San Juan, porque él era sanjuanero, lo respetaban mucho.

Un día decidió salirse de aquella cuestión de guapería y del Molino Rojo, y de estar tirando golpes.

Se puso delicado en París. Recibió clases de baile del profesor Malassof. Regresó a Caracas. Instaló una pensión, Europa, de Muñoz a Pedrera. Allí mismo puso una academia de baile, la primera del país. Por esa academia desfiló la sociedad venezolana, para aprender el chotis, la polca, la mazurca, el pasodoble, el valse y el merengue venezolano.

En la pensión se hospedaban empresarios, hombres de arte, comerciantes.

La Pavlova llegó a la pensión. Yo tenía unos cuatro o cinco años, cuando ella me hizo dar mis primeros pasitos de equilibrio en el movimiento clásico.

Una pensión de calidad era la de mi padre. Entonces muchas de las calles de Caracas eran empedradas y la leche se repartía con la vaca en la puerta. Con una totuma se ordeñaba la vaca. Una Caracas bonita. Caracas de mil novecientos veinticinco. En esa Caracas fui campeón de charlestón a los nueve años. Me gané una

copa en un lugar que quedaba de Gradillas a Sociedad. Mi papá la guardó. La India. Así se llamaba el lugar.

Campeones de boxeo llegaban a la pensión. Argentinos cantadores y bailadores de tango. En ese ambiente crecí con mi afición por el baile.

Mi papá, al observar mis cualidades, me buscó a lo mejor del baile venezolano, a Mamerto García, el Rey del Joropo, el Tuerto Mamerto. Lo más grande que había. Mamerto se caracterizaba por un baile de joropo fuerte, sin floreo, brusco, dominante.

En esa época los pisos de las casas eran de tabla. Cuando Mamerto bailaba, se caían los floreros, las lámparas temblaban, empezaban a caer vainas de todas partes, tam, tam, pam, pam, porque Mamerto usaba un joropo de ta, ta, ta,ta, ta, ta, ta, un zapateo fuerte. A mi papá le gustaba. Agarró a Mamerto por un brazo y le dijo: “A este muchacho me lo enseñas a bailar joropo”. Y comenzó a enseñarme. Cuando estuve listo en el joropo, le dijo a mi papá: “Préstame al muchacho, que me lo voy a llevar por ahí, a que lo vean bailar en las fiestecitas”. La verdad es que él pasaba raqueta en las fiestecitas, se guardaba los reales y a mí me daba caramelos, unos caramelos gordotes, de bola.

Un día me llevó a casa del general Juan Vicente Gómez, en Maracay. Me acuerdo de que el General tenía un sombrero, unas bototas, con un bastón en la mano. Sentado en una sillota lo recuerdo. Allá llegamos. “Mi General –le dice Mamerto–, aquí le traigo al muchacho para que lo vea”. “Ajá, ajá –dijo–, muy bien, que baile”. Y yo bailé mi joropo. El General aplaudió. Después sacó la carterota, y de ella un puño de billetes. A mí me dieron mis caramelotes otra vez. Regresé a Caracas, contentísimo.

## Yo era malo

Yo era malo cuando niño. Víctor García, el jefe de la Policía de Caracas, frecuentaba la casa. Mi papá lo enseñaba a bailar. Él se sacaba el revólver, lo metía en un sombrero y lo ponía en la sombrerera. Yo tenía un grupo de muchachos amigos en el callejón Peniche. En el callejón había unas escalinatas que las llamaban Las Escalinatas de la Amargura. Allí nos juntábamos a jugar vaqueros, y policía y ladrón, con revólveres de palo y caballos de palo y carros de palo y esas cosas, y yo me saqué el revólver del señor comandante de la Policía, y me lo llevé para La Escalinata de la Amargura a jugar: “Aquí tienen un revólver de verdad”. “¡Cuidado, tiene balas! Se le puede salir un tiro”. “No, hombre, vamos a jugar. Yo soy ladrón”. En eso veo venir un panadero, con una cestota y un rollete en la cabeza, y le digo: “¡Manos arriba!, nosotros somos los bandidos”. El panadero, al mirar el revólver, soltó la cesta y los panes salieron rodando por las escalinatas, y él más adelante en una sola carrera. Vino la policía. Me sacó de abajo de una cama con todo y revólver. ¡A la jefatura! Llegó mi papá: “¿Bueno, y quién es el que le va a pegar?”. Nadie me quería pegar. Entonces agarró un fuate que había allí y me dio una gran paliza.

## Me vistieron de niña

En la casa me vistieron de niña. Me encerraron en un cuarto. Pusieron un gran candado en la puerta. Solo abrían la puerta cuando me traían la comida o un vaso de cama para que defecara. Allí pasé seis meses. Naturalmente, como ahí pasaron los meses, el pelo me creció bastante, me creció como a una muchachita, y parecía una niña. Pero un día se descuidaron, porque siempre hay un descuido. Un día se descuidaron y salí del cuarto y me fui al corral, salté la tapia y me perdí por la quebrada vestido de muchachita. En el camino me encontré con un hombre que me quería coger, porque se sacó el pipí y me dijo: “Ven acá, niña, ven acá”. Entonces tuve que arrancar a correr y el tipo arrancó detrás de mí, pero no me alcanzó.

Empecé a vagar por las calles. Me hice de un perolito y tocaba en las puertas de las casas: “¿Señora, me regala un poquito de comida?”. “¡Ay, niña, por Dios!, ¿y qué haces tú?, ¿dónde está tu mamá?, ¿y no tienes familia?”. “No, no tengo”. “¡Ay, pobrecita! Pasa, siéntate en la mesa, come”. Después de comer, esperaba el descuido, y a correr. Tenía unas piernas veloces.

Luego estuve viviendo unos días en casa de una señora muy buena. Me quería mucho. Era todo cariño. Me regaló unos trajecitos de niña muy lindos. La cuestión se descompuso el día que se empeñó en bañarme. “Niña, tienes que bañarte. Te vas a poner ropa nueva y limpia. ¡Vamos!, ¡al baño!”. Y yo: “A mí no me gusta el agua”. Pero me metió al baño y comenzó a desnudarme con la muchacha de servicio. Entonces vino el grito: “¡Ay, Dios, si es un varoncito!”, y se dejó caer en una silla. Yo aproveché para coger mi vestidito y salir a toda carrera.

## **Prendí las piernas**

Conseguí trabajo en el cine El Dorado, un teatro, como vendedor de caramelos y chicle y chocolates. Un tipo me dio una cestota. Yo entraba en el teatro y decía: “¡Caramelos, pastillas de limón, chocolates, chicles, caramelos de menta!”. Éramos varios muchachos. La única niña era yo, porque andaba disfrazado de muchachita. Pero duró horas el trabajo. Me paseé por todo el teatro, mientras comenzaba la función: “¡Caramelos, chicles, pastillas de limón!”. Cuando apagaron las luces, prendí las piernas.

Me fui con cesta y caramelos.

## Comencé a conocer delincuentes en la policía

A los días caí preso por primera vez, pues las veces anteriores había caído por vago, pero no por cometer un delito. Resulta que me hacía falta una bicicleta que alguien había dejado en el hotel y decidí robármela. Así fue. A las dos horas estaba preso y me ficharon. Me fichó un tal Frías, jefe en la Sección de Robos de la Comandancia General de Policía. Me sacaron mi foto, me pusieron el número 911 en la ficha y me metieron en un calabozo para muchachos. Ahí me hice hombre. Para ir al baño tenía que atravesar un largo pasillo. Los burragones, esos que les gusta coger muchachos, estaban atentos a los que salían para el baño. A mí me tocó ir a mear, pero salí mosca y con una especie de chuzo que había hecho de una lata de sardina. En el camino me salió un burragón. Le dije: “¡No me agarre, vale!”; pero el tipo se me vino encima y me agarró las nalgas. Yo saqué el chuzo y se lo bajé desde la garganta hasta el pecho. “¡Coño, me jodiste!”, alcancé a oír en la carrera. Al rato me llamaron a rendir declaración. Al burragón se lo llevaron para el hospital. “¿Qué pasó?”, me preguntó el sargento. “Pues que ese burragón –el sargento tosió fuertemente–, que ese burragón intentó cogerme y me agarró las nalgas y ¡qué vaina es esa!”. “Vaya para su celda –me dijo el sargento– antes que le mande a dar una paliza”. “Pues me voy”, le dije. Desde ese momento me sentí un hombre, un macho. Empezaron a respetarme. Cuando salía para el escusao, me decían: “¡Qué hubo, mijo!, ¿quieres un cigarro?”. Y tal, y me congratulaban. “¡Este carajito es jodío!”. Allí pasé una semana. Empecé a conocer delincuentes y a conocer la delincuencia. Nadie se ocupaba de correcciones ni de aconsejar. Salí hombre, dispuesto a continuar mi vida que se asomaba.

## Del correccional al hospital

Fui a parar a un correccional en Maracay. Mi papá me echó el guante en la calle por medio de un homosexual que se llamaba Jerónimo, y me mandó para La Trinidad. Un correccional que era peor que lo malo, administrado por unos curas alemanes que daban el palo que daba tristeza. Uno de los curas mataba gatos con una escopeta. La diversión de él era matar gatos. Unos sádicos esos curas, poseían a los muchachitos allá dentro. Claro, ellos estudiaban a los niños. Al que tenía alguna tendencia feminoide lo mariqueaban. Yo me salvé de que me corrompieran porque se me infestó la pierna, la parte de los tobillos que tenía la piel muy sensible a causa de los grillos. Los curas me mandaron para el hospital. Y al hospital fui a parar con un gato en la bolsa de la ropa. Cuando llegué, me quitaron la bolsa para revisarla. Al abrirla, saltó el gato. “¡Un gato!”, gritó la enfermera. “Y vivo”, le dije yo.

En el hospital comenzaron a tratarme la pierna. Me trataban la llaga con permanganato y polvos de sulfatiazol, que era lo que había. Entonces yo sí veía que las personas que se morían en la sala donde yo estaba quedaban desvalijadas, pues llegaban los enfermeros con la camilla y lo primero que hacían era registrar debajo del colchón y de la almohada, y, si había un bojote, un pañuelo con billetes y tal, se lo cogían. Empecé a ver, pues, que los enfermeros robaban a los muertos, que si sortijas, que si cadenas, que si correas, que si zapatos, toda vaina, cigarrillos, galleticas. Y me puse a cazar a los que se ponían graves.

Al lado mío había un hombre que tenía hidropesía y yo oí que el médico le dijo a la enfermera en una de esas que estuvo de visita: “Este hombre se muere”. Y me dije: “¡Coño! Este se va a morir. ¿Cómo hago para quitarle los reales a este hombre antes de que se lo vayan a quitar los enfermeros?”. Me hice amigo del hombre esa misma tarde. Se llamaba Tiburcio. Le dije: “Estoy



a su orden, cuando usted quiera una vaina cualquiera, usted me avisa, que yo soy el que le va a atender desde ahora en adelante porque a usted no le para nadie. No moleste al enfermero ni a la enfermera ni a nadie, que yo le atiende”. “¡Ay, mijito! Caramba, muchas gracias, eres como un hijo”. Me llamaba: “¡Ay, mijito!, quiero agua”. Enseguida. Buscaba el agua. Aquí está el agua. Le trajo naranjas la familia. Yo le pelé las naranjas. Yo le botaba el pato. Pasaron siete días. Las enfermeras muy contentas, porque les quitaba trabajo. Tiburcio muy contento porque no le faltaba nada. La familia de Tiburcio encantada conmigo. Hasta me traían mis naranjitas y mis galletitas y mis juguitos. A los veinte días, como a las once de la noche, oí que dijo: “¡Aaaay!”. Y templó el cacho. Yo dije: “Se murió”. Entonces metí mi mano por debajo de su almohada y jalé mi herencia, lo que me pertenecía en realidad. Cogí mi bojotico, un pañuelo con reales, y me fui al jardín. Un jardincito que quedaba al frente de la sala nuestra. Un jardincito de rosas. Abrí mi hueco y enterré el pañuelo. Y me vine a acostar sin decirle a nadie que Tiburcio se había muerto, y me quedé tranquilo. No sé si me dormí. De repente, oí el run, run. “¡Se murió el dieciocho!” –dijo alguien. Llegaron los camilleros con la burra, una bicha de palo que alzaban para montar los muertos. Montaron a Tiburcio y comenzaron a registrar debajo del colchón, debajo de la almohada, en la funda. Registraron los zapatos. Hasta se pusieron a registrarle los bolsillos. Volvieron una zaranda todo aquello. Entonces, al no encontrar nada, me llamaron: “Mira, chico, mira, se murió el hombre que tú atiendes”. “¡Cómo va ser!”, respondo. “Pobre Tiburcio. ¡Ay! Tiburcio, qué desgracia, qué dirá su familia que lo quería tanto”. Y me puse a llorar hasta que me alzó uno de los camilleros: “¡Mira, niño!, ¿tú no has visto el pañuelo que él tenía debajo de la almohada?”. “¡Ay Tiburcio, pobre Tiburcio!, no, yo no he visto ningún pañuelo, no, no puede ser, pobre Tibur...”. “A mí me huele –dice el camillero– que tú te cogiste el pañuelo”. “No, señor, yo soy incapaz”. “¿Incapaz?”.

La cosa quedó ahí. Se llevaron a Tiburcio. La familia vino a buscarlo al día siguiente. La mamá de Tiburcio me fue a ver a mi cama. “¡Hijo!, te has portado muy bien con Tiburcio. Dios te lo pague”. Y me dio dos bolívares y un beso en la frente. Me puse muy triste y hasta lloré. “Adiós, señora, usted es muy buena”.

A la noche siguiente me fui al jardín, desenterré el pañuelo, salté por la pared y me fui.

En el pañuelo tenía cuatrocientos bolívares y unas monedas de oro, unas morocoticas.

De un solo trancazo fui a parar a Maracaibo.

## De Maracaibo a Caracas

A Maracaibo fui a trancar. Me compré unos pantalones, muy de moda entonces. Me compré una pajilla, así muchacho como estaba, y empecé a gastar mis centavitos hasta que me quedé pelao y limpio. Ya limpio me dijeron que había una fiesta en el Moján. Me dije: “Voy para la fiesta”. Me fui a pie, por la línea del tren, por ahí me fui y cuando vine a ver ya era la cosa lejísimos y tuve que dormir en el monte y beber agua en un pozo y llegué a los tres días al Moján. Se había acabado la fiesta. Solo quedaban los papelitos pegados en las paredes y en los postes de la plaza. Pero me encontré con un aviso que decía: “Se solicita un muchacho”. Era una bodega. Pregunté: “¿Usted solicita un muchacho?”. “Sí, yo solicito un muchacho”, me dijo un hombresote barrigón. “Usted va a ganar un real diario. Un real es lo que pagamos y tiene, pues, que ir a buscar los plátanos con el burro”. “Pero, ¿a dónde?”, pregunto. “No se preocupe, el burro sabe –me dice el hombresote–. Usted se monta en el burro y el burro va a buscar los plátanos. Lo que tiene es que montar el burro”.

En la tarde salí con el burro. Fui a parar al río. Regresé con los plátanos. Pero el trabajo no terminaba ahí. El hombresote me mandó a barrer la bodega, a limpiar los peroles, a colocar el papelón, a cambiar el casabe y picarlo. No, ahí no se paraba de trabajar.

Al otro día cobré mi real y me vine para atrás en una colita que me dieron en un camión de carbón.

Llegué enfermo a Maracaibo, con una disentería. Traía un parásito que llaman tenia enana, una solitaria de perro, una cantidad de biliarzia y amibas. Fui a parar al hospital y estuve ocho días hasta que un médico decidió operarme. Me fugué del hospital con todo y batola. Pero terminé preso por andar vagando en el mercado.

A los dos días estaba en Caracas otra vez, porque mi papá había puesto el denuncia y el denuncia funcionó.

## **De Caracas a Maracaibo**

Estuve pocos meses en Caracas. Tiempo en el que aprendí a bailar rumba con Carlitos Pons y compañía.

Cuando terminaron su contrato en el Teatro Nacional, me dispuse a irme con ellos, pero mi papá no me dejó, y decidí fugarme otra vez, y otra vez fui a parar a Maracaibo, de cola en cola, fraguando la idea de convertirme en un gran artista, pues la gente de Carlitos se había emocionado con mi disposición para el baile.

Cuando llegué a Maracaibo: “¡Muchacho, qué tal, tú otra vez por aquí!”. Era la gente de Carlitos y compañía que estaban presentándose en un gran teatro. Pero en vez de ponerme a bailar, me pusieron a comprar café con leche y a buscar arepas y a comprarles sus cervecitas, y me di cuenta que no era ningún artista, sino un sirviente de la Compañía, hasta que se fueron. Cuando los despedí, me dijeron: “Vas a ser un gran artista”.

## **De Maracaibo a Barranquilla, de Barranquilla a Puerto Cabello, de Puerto Cabello a Caracas**

Ellos se embarcaron para el Caribe y yo me embarqué para Barranquilla en uno de esos barcos de ruedas. Me embarqué escondiéndome en un tanque de agua.

La primera noche me picó el hambre. Salí del tanque y me fui directo al comedor. En plena investigación de los comensales pasó una familia, marido, mujer e hijo. Con la misma me fui detrás de ellos y me senté en una mesa larga, al lado de ellos, con las buenas noches de por medio. Y me trajeron la cena. Nadie dijo nada. Ni ellos, ni los mesoneros ni yo. Después de la cena y las buenas noches me metí en mi tanque de agua.

En la mañana me puse en la misma, a esperar la familia. Pasó para el comedor y seguí detrás de ellos, previo un saludo más familiar. Sirvieron el desayuno y comimos los cuatro. El negocio se repitió en el almuerzo y en la cena, pero en medio de la cena se formó una bailadera de charlestón con guitarras y sinfonías, y con aquella fibra que llevaba por dentro me puse a bailar, y muchos aplausos, y repitieron el charlestón y volví a bailar y volvieron lo aplausos; pero se apareció el capitán y preguntó: “¿Y quién es este?, ¿de quién es hijo?, ¿con quién anda?”. Y con la misma me llevaron por las orejas delante del capitán: “¿Tú quién eres?”. “Soy Alfredito y tengo enferma a mi mamá en Barranquilla. Como no tenía manera de ir a verla me metí en este barco”. “¡Ah!, ¡qué bandido! Llévelo para la cocina”, y me dio por las nalgas. “¡Vamos! A lavar platos”. Y a lavar los platos hasta que me aflojaron en Barranquilla.

Dormí debajo de un banco. Al rato y a golpes me despertó un policía. “¿Tú, quién eres?”. La misma historia, pero esta vez no sabía dónde vivía mi madrecita y fui a parar a la Dirección de la Policía. Allí me dieron una camita, en la que dormí durante siete noches mientras en el día hacía de mandadero, hasta que

un sargento se antojó de mí y me llevó con él y me presentó a su mujer. “Aquí te traigo –le dijo– a este muchacho para que lo criemos. Es trabajador y despierto”. “¡Ay, qué bien, caramba!, que a nosotros nos hace falta un muchachito, y hay que educarlo muy bien”.

Me dieron un pico y una pala para que abriera un jardín. Cuando no estaba en el jardín, estaba barriendo o en la batea lavando la ropa del sargento y de la mujer del sargento. Aquella gente no necesitaba un hijo, sino un burro.

Un día me llama el sargento: “¡Alfredo!”. “Ya voy”, contesté. “A mí no se me contesta así”, y ¡pam!, un guamazo por la cara. “Y respéteme que yo soy su padre”. “No –dije–, usted no es mi padre, usted es un perro”. “¡Mujer –gritó–, alcánzame la pistola que le voy a dar su merecido a este muchacho del carajo!”. Salí corriendo, mientras el sargento gritaba: “¡La pistola, la pistola!”. El pistola era él, que no se pegó atrás. Salí por encima, pero antes me detuve para recoger la carterita de la mujer, ¡tan!, y me perdí durante varios días hasta que me hizo preso un agente del Servicio de Investigación. Y era que mi papá me andaba buscando. Le dijeron que estaba en Barranquilla y allá pasó el dato a los Servicios de Investigación. Total, que me metieron en un barco rumbo a Puerto Cabello. Allí me recibió la policía y me pusieron a barrer las calles de noche, mientras esperaban la llegada de mi papá. Así estuve varias noches, barriendo las calles con unas escobas de chamisas y haciendo un jueguito que me resultó: al barrer me adelantaba a los otros presos, barre que te barre, y me alejaba y el policía de turno me decía: “No te alejes, cuidado, no te alejes”. La historia se repitió durante varias noches. Me dejaban avanzar y alejarme de los otros presos, hasta que me dejaron avanzar mucho, y doblé la esquina y después que doblé la esquina ni el polvo me vieron. Cogí carretera y levanté una cola para Caracas.

## Mis primeros billetes

De nuevo en Caracas, en la Plaza de Capuchinos. Pensando. Pensando. ¿Ahora qué hago? Ni intenciones de volver a la casa. Me senté en la plaza a ver las palomas, primero; después, a tirarle piedritas. Muy vivas las condenadas, todas iban cogiendo, seguidas por las piedritas, camino del palomar. Me miraban de soslayo. Estaban esperando que me fuera. De pronto, se me acerca un tipo y me dice: “¡Coja esa maleta, muchacho!”. Cogí la maleta. “Arranque conmigo”. Arranqué con él, ras, ras, ras. De repente, el tipo se para, abraza a otro tipo: “¿Qué hubo, fulano?”. “¡Coño!, ¿cómo estás?, ¡tanto tiempo!”. “Sí, hombre, chico, y tú qué tal y la María y la otra”. Yo con mi maleta en el hombro, oyendo la vaina. En eso pasa un tranvía y de un salto me monté en el tranvía con todo y maleta. Era el primer choreo que hacía en mi vida, y sin proponérmelo, el primer choreo de verdad.

Abrí la maleta: maleta de turco porque estaba llena de pantaletas y sostenes y sábanas y telas. Debajo de aquel trapero encontré un maletincito, lo abrí y aquel billetero y un montón de fuertes. Me fui a un baño del primer bar que encontré, cerré mi puerta y me puse a contar. “¿Quién está ahí, carajo?”. “Yo, cagando”. Qué cagando ni qué cagando, lo que estaba era cagado de tanto billete: siete mil bolívares conté, con un realito. Fueron los primeros billetes que tuve en mi vida. Con el realito me compré dos Pepsi para quitarme la sedalón que tenía. “¿Qué te pasa, muchacho?”, me preguntó el mesonero. “Tengo fiebre”, le dije. “Pues vete para tu casa”. “Para allá voy”, y arranqué, pero arranqué a caminar por la calle y a pensar y pensar hasta que me metí en un restaurant. Allí conocí, mientras me comía un bistezote, a un chofer de alquiler. Comenzó a hablar conmigo, de esto, de lo otro hasta que se dio cuenta de que estaba enredado en algo. Le conté la historia, y se hizo mi amigo. Andaba conmigo para arriba y para abajo. Me llevó a un hotel donde, decía él,

vivía. Compré un *flower*, compré una bicicleta, compré unos patines aunque no era diciembre. El chofer me especulaba y me especulaba. Hoy no he hecho nada. La vaina está muy difícil. Préstame un marrón, préstame dos. Yo le daba para el hotel, para la comida, para la mujer que metía en el cuarto. Al mes de estar en el hotel, el chofer, para terminarme de joder, le dio el dato a la policía y me hicieron preso. El chofer se quedó con el maletín y la maleta. Yo me quedé con un traje de pantalón y paltó, zapatos nuevos, camisa nueva, un reloj y una cadena con la Virgen de Coromoto. Perdí los patines, la bicicleta, el *flower*. Llegó mi papá a la Jefatura: “¡Muchacho!, ¿y qué es esto?”. Nunca le conté la historia. Le dije: “No, un señor que se compadeció de mí y me vistió”.



# De la vida artística

## Poco a poco comencé a levantar mi vida artística

Poco a poco comencé a levantar mi vida artística. Trabajé por primera vez frente a un público en el Teatro Bolívar, con una muchacha que se llamaba Eva, una cubana que acababa de llegar de La Habana. Bailábamos joropo. La entrada al espectáculo la vendían con el anuncio de una rifa de un gran tocadiscos. Primero había una comedia, unos chistes, luego el sorteo, después venían las variedades y, por último, Eva y yo bailábamos el joropo. Eva lo bailaba en la punta de los pies, como *ballet*, con una malla y unos zapatos de punta de pie. Yo bailaba mi joropo típico, criollo. La gente se divertía.

Un día se armó un zaperoco. Nadie se ganaba el tocadiscos porque el número ganador siempre caía en alguno del grupo de variedades. Esa noche estaba yo en el público. El número ganador: ¡siete mil quinientos! “Es mío”, grité. Cuando iba a enseñar mi tique, alguien del público gritó: “¡Trampa! Ese trabaja de joropero”. Yo salí directo para el camerino, como si la cosa no fuese conmigo. Cuando estaba en la tarea de recoger mis vainas y perderme, se apareció Guerrita, el hombre que nos manayaba. Vamos Alfredo, que salga el *Alma llanera*, píntate esa cara y sal a bailar. ¡Vamos, Eva! Salimos. Tan, tan, tan, tan, taracará, y me abro zapateando el *Alma llanera* y entra Eva baletando, pero entonces empezaron a llover sillas por el aire, pedazos de palos. “¡Un momento, caballero! –le dice Eva al público–. ¿Qué es lo que pasa?”. Fue peor. La lluvia se convirtió en aguacero de mil vainas. Hasta las dos de la mañana estuvimos escondidos en el teatro porque la policía no tomaba cartas en el asunto.

## ¡El Rey, el Rey!

Comencé a bailar en el Teatro Nacional, en los chou de la esposa de Saavedra. Murió Mamerto. Y asumió la corona de Mamerto otro joropero un poco estilizado. Lo llamaron el Rey del Joropo. Subió ese otro rey y estuvo reinando mucho tiempo, pero también murió. Muchos creen que el título de Rey de Joropo es un título de ladrón. No, si yo no fui Rey del Joropo porque era ladrón. Un día un tipo me dijo: “Tú eres el Rey del Joropo porque te robaste unos cuatros y unas arpas y unas maracas”. Le dije: “No, no me llaman Rey por robar cuatros, a mí me llaman Rey desde la Gran Feria Exposición de Venezuela en El Paraíso”.

En esa feria recibí el título del Rey del Joropo. Para darle alegría se citaron a los mejores arpistas, maraqueros, bailadores de todos los estados de la República. Vinieron cantadores, grandes artistas de todas partes de Venezuela. Yo me busqué un hombre, Jacinto Pérez, el Rey del Cuatro. Le dije a Jacinto: “Vamos a hacer un dúo los dos. Tú me tocas el cuatro y yo te bailo el joropo. Tú te vistes de blusa y sombrero de cogollo, y yo me visto de frac”. “Acepto”, dijo. Con la misma nos pusimos en órbita, y nos presentamos en la feria. Salgo a bailar, y Jacinto con su tan, tan, ta ta tan, ta. Aquello era de feria. Emocionado y sudando a chorro, empiezo a quitarme el frac, que me pesaba mucho. Me lo quito y lo tiro a un lado. Me abro la camisa y sigo zapateando, y aquel cuatro agitado. La gente comenzó a gritar: “¡el Rey, el Rey, el Rey!”. Y se murió Mamerto.

## Por un bochinche

Una noche salimos de la feria, Jacinto y yo, y nos metimos en una bodeguita. El pulpero conocía a Jacinto. “¿Qué hubo, Jacinto, qué te trae por aquí?”. “¿Qué hubo, compadre? Estás nuevecito”. “Es el cocuy”. “¿Sigues en la feria?”. “En la misma. El Rey tocando, y el otro Rey bailando. Conócelo”. “Mucho gusto”. “Gusto el mío”. “Y digan en qué puedo servirles”. Se oye... “¿Qué van a tomar?”. “Un cocuy”, dice Jacinto. “¿Y tú? ”. “Tómame un palo, hombre”. Me tomé dos cocuy. “¿Por qué no te tocas algo?”, dice el pulpero. “Bueno, vamos a hacerle un registro, compai”. Sacó el cuatro y comenzó a registrar. Y empezó a juntarse gente en la bodega, tiriquitín, titiquitán, tan, y gente y gente, tiriquití, y cuando vinimos a ver, la bodega estaba llenita de gente. Pero comenzó a llegar más porque me arranqué a bailar. “¡Baile!, colega –me dijeron–, déjese de profesionalismo”; y yo a bailar y la gente adentro y afuera de la bodega, hasta que aquello parecía un tumulto y llegó la policía en una camioneta de madera y un sargento con un sable. El Sargento entra, se enmochila el sable y pregunta: “¿Qué es lo que pasa aquí? Esto es como un motín”. “No, no es ningún motín”, y la gente le abrió paso. “Entre Sargento”. “¿Qué es lo que pasa aquí?”, grita el Sargento. Murmullos y otros gritos. El Sargento se puso violentísimo. “¿Qué es lo que pasa? Esto es un tumulto y aquí va todo mundo preso”. Entonces se le acerca Jacinto: “Mire, compai, aquí no pasa nada, sencillamente estamos dando una fiesta”. “No –responde el Sargento –, ustedes están alterando el orden público”. “Sargento –le dice Jacinto–, usted está equivocado”. “Yo estaré equivocado –grita el Sargento –, pero usted está preso”. Intervengo yo: “¡Caramba!, señor Agente, no sea usted tan...”. “¡Usted también va preso!”. Y uno del público que dice: “Esto es una injusticia”. “¡Pues usted también está preso!”. “Pero no puede ser”, grita otro de la barra. “¡Y usted también!”. Nos metieron en la camioneta.

Solo se oía un murmullo en la bodega. Fuimos a parar a la Jefatura. En la Jefatura, el Agente le dice al guardia: “Alteración del orden público y oposición a la autoridad”. Interviene Jacinto: “¡Escúcheme, señor Agente!”. “No le escucho, cálese la boca... Se opusieron y se opusieron, tenían un motín en la calle”. “Anjá, muy bien –dice el policía desde el escritorio –, déjeme tomar los datos. ¿Qué número es usted?”. “Agente número tal”. Se fue el Sargento. “Ahora usted, diga: ¿cédula, estado civil, profesión?”. “Espere un momento, señor Agente –dice Jacinto –, ¿usted sabe quién soy yo? Pues yo soy Jacinto Pérez, el Rey del Cuatro”. “¡Anjá! –le responde el Agente–, usted es Jacinto Pérez, el Rey del Cuatro, pues vamos a meterle cuatro días de calabozo”. Entonces Jacinto le contesta: “¡Caray!, compai, menos mal que no soy el Rey del Arpa”. Los policías y la gente que estaba de curiosa se echaron a reír. El Sargento también rio. De pronto dijo: “Suelten a esta gente que dentro de un rato nos tienen montando un bochinche”. Regresamos a la bodega para celebrar.

## ¡Ta bueno ya!

Me trajeron al Indio Figueredo para que me tocara el arpa en otra Gran Feria Exposición. A esa feria vino Pérez Prado, y vinieron las mellizas Dolly y el hombre más grande del mundo y unas gordas. El Indio Figueredo no sabe medir: el toca muy bien el arpa, pero no sabe medir. Pues salgo a bailar con el Indio al arpa. Al Indio me lo encontré en estos días por la Radiodifusora Venezuela. Recordamos esa historia, el Indio tocando el arpa, tan tan tén, tiquin ti, taca tan tan tan tan, tirín, tan tan, taca, taca, triqui, raca ta... y yo cansadito, tan tan tén, el joropo se estaba haciendo largo y yo cansado, hasta que hace ta dam, yo creo que terminó, pero vuelve otra vez, ta ca, ta ca ti qui tan, ta tran, ta ta ca, ti qui ti tan, ta tran, ta tran clan, y yo creo que ha terminado, y ta cata ra ca ta ca tri, bueno, y qué vaina es esta, y me le arrimo y empiezo a cazarlo y cuando hace tica rica rica tran, le agarré el arpa y le dije: “¡Ta bueno ya, que me estás matando!”. La gente aplaudió frenéticamente. Y yo con el arpa en las manos, que no la soltaba.

## **Se cerró el audio**

De la feria salimos a cantar y a bailar a Ondas Populares, en un programa donde la que reinaba era Celeste Grijó, una española que cantaba con castañuelas. Nos contrataron a los dos reyes: Jacinto y Alfredo. Nos presentamos sin bombos ni platillos. Jacinto tocando su cuatro, su pajarillo, tam, tam, tan tan, ta tam tatica tan tan tin, ta tan ta tacata taca ta tacata, y yo bailando el joropo con las maracas en los pies. En el aire, en el audio se oían las maracas y el cuatro, pero suspendieron el programa porque Jacinto se emocionó y soltó un grito: “¡Así se baila, carajo!”. El grito también salió en el aire. Se cerró el audio y clausuraron el programa.

## La inauguración del hotel Ávila

La inauguración del hotel Ávila se hizo pomposamente. Trajeron espectáculos directamente de los Estados Unidos. Cantantes, orquestas, números, y esto y lo otro. Asistieron los ministros del Despacho, la jai lai, los cuerpos diplomáticos en pleno. Paiva Ravengar, que estaba en el coroto, me habló de participar en la inauguración. Me dijo: “Alvarado, aquí hay una gran oportunidad. No van a ganar absolutamente nada, pero puede salirte un contrato para la Yunai, presentaciones importantes. Jacinto y tú se bailan un joropo, fuera de dinero, y eso puede ser formidable para la carrera de ustedes”. Yo hablé con Jacinto. Jacinto me dijo: “No, no colega, eso de que no nos paguen nada. ¡Déjate de Yunai! A mí un billete porque lo mío es pagao”. Le digo: “Pero, Jacinto, calcula, que nos puede dar buen resultado. Ahí va todo el mundo, la gente de dinero, los pudientes”. Y me dice Jacinto: “¿Y va a estar lleno eso?”. “¡Cómo no, colega! van a estar todos los que pueden”. Jacinto se agarra la oreja, la acaricia y me dice: “Bueno, vamos a ver cómo es la cosa. Acepto”.

Cuando llegamos al hotel, teníamos una habitación asignada. ¡Caramba!, ¡maravilloso!, ¡bien adornado!, ¡una maravilla!, ¡nuevecito! Aquel olor a nuevo, olor a cera. Nos mandaron comida: filé Miñón. Jacinto decía: “Esto es vida, caray, champaña, comida buena, ensalada, pancitos”.

Llegó la hora de la actuación. “Ahora vamos a tener el gusto de presentarles (aquello estaba pero precioso), de presentar para ustedes al Rey del Joropo venezolano, Alfredo Alvarado (aplausos), y al Rey del Cuatro, Jacinto Pérez (aplausos)”. Yo salí a quemarme el pecho. ¡Ran, ran, ran!, y bailé un tronco de joropo. Muchos aplausos. Gritos: “¡Otra, otra, otra!”. Y vuelve Jacinto con otro pajarillo. “¡Arriba, Alfredo!”, y salgo a bailar. Aplausos y *bis*. Salgo agotado, sudando por todas partes. Cuando voy de retirada, veo el espectáculo más tremendo: Jacinto



con el sombrero de cogollo recogiendo por todas las mesas. Al primero que recogió fue al presidente Medina. “General – le dijo –, eche aquí algo porque esto aquí es gratis y usted sabe cómo es la vaina, estamos pelando”. Y el General sacó su billetera con una gran sonrisota. A Jacinto se le fue llenando el sombrero de billetes. Cuando lo vio lleno, lo cerró y cogió camino de la puerta principal. El cuatro lo dejó abandonado. Cogió un carro de alquiler y desapareció. Yo estaba petrificado. Paiva Ravengar se paseaba de un lado a otro: “¡Qué desgracia, qué desgracia!”. El americano que había contratado el espectáculo, decía: “¡Oh carramba!, ¡cómo serr esto!, ¡cañonerros!, ¡limosnerros!, ¡pedirr en fiesta serr un descrédito!, ¡usted buscarr esa gente!”. Yo también busqué a Jacinto durante varios meses como palito de romero. Pero ni olor.

## Al año después

Al año de la fiesta del hotel Ávila me encontré a Jacinto. Refunfuños. Disculpas. “¡Está bien, colega!”. “Vamos para San Juan de los Morros, Alfredo, a los cuarteles. Tenemos trabajo, pero no sé cuánto van a pagar. Algo cae”. Y nos fuimos para San Juan. Nos presentamos frente a los militares. En las primeras filas los altos oficiales, sus esposas, los curas y los funcionarios. Detrás los soldados. Conté unos cuentos. Risas en la sala. Jacinto se tocó unos pajarillos. Aplausos. Después combinamos unos joropos. Al final, el Comandante se dirigió a Jacinto: “Aquí tiene y muchas gracias por su espectáculo tan bello”. Jacinto recibió del Comandante un sobre cerrado, se lo metió en el bolsillo, dio gracias y se retiró. A todas estas yo miraba muy atento. Había que estar mosca. Me le acerqué y juntos salimos para el vestuario y ahí empezamos a quitarnos la indumentaria. Yo me empecé a quitar las maracas, Jacinto la blusa. Cuando Jacinto me ve con los pies descalzos en el suelo, me dice: “Voy a orinar, colega”. Le respondo: “Yo también colega”, y salí con la pata en el suelo detrás de Jacinto. Cuando estamos orinando, me dice: “¡Caray!, colega, qué bonito estuvo el chiste, precioso. La verdad es que hubo mucho entusiasmo”. Regresamos al cuarto. “¡Caramba!, déjeme ir a buscar un taxi que nos lleve para Caracas”. Y salió, pero atrás iba yo. Cuando le doy alcance me dice: “¿Colega, usted como que me está siguiendo?”. “Sí, colega, lo estoy siguiendo para que abramos juntos el sobre”. Jacinto se rio. Sacó el sobre y lo abrió: dos mil bolívares. “Partamos, colega. Usted sí ha aprendido, colega”. De regreso, cada quien traía sus mil en el bolsillo.

## A Jacinto no le pareció suficiente

Fuimos a trabajar en el Colegio de Abogados. Nos pagaron quinientos bolívares. Pero a Jacinto no le pareció suficiente. Y me dice: “Compai, aquí hay que sacar más dinero”. “¿Pero cómo?”, le pregunto. “Aguántese, ya usted va a ver”. Entonces una vieja lo interrumpe: “Jacinto, qué bien toca usted. ¿Por qué no nos toca unos pajarillos aquí en la mesa, fuera del espectáculo?”. “¡Cómo no!, señora”. Jacinto me picó el ojo. Seguimos a la señora. Nos sentó en unas sillas situadas frente a una mesa donde estaban unos mesoneros y un montón de vasos y güisqui. La gente se levantaba de sus sillas y se acercaba a dejar los vasos y tomar otros. Iban y venían. Jacinto captó bien el movimiento. En una de esas se paró un doctor, de paltó cruzado, zapatos brillantes y los ojos aún más brillantes de los tragos. Un presidente de banco, muy nombrado. Mientras el hombre esperaba que le sirvieran el vaso de güisqui, Jacinto le puso el cuatro sobre la silla. El doctor vino a sentarse y ¡cras, cras, cras! “¡Ay!, ¡qué pasó!”. Y Jacinto que grita: “¡Ay, mi madre, qué desgracia, mi pan de cada día!, ¡mi cuatro de pino amarillo! Mi cuatro traído de Panamá”. Y se puso a llorar. Y la gente: “¡Consuélese, señor! No es nada, Jacinto”. “¡Cómo que no es nada! Mi pan de cada día. Esto es una desgracia”. El doctor, todo atribulado, le toma un brazo a Jacinto, se lo lleva a un rincón y le dice: “Despreocúpese, yo pago lo que sea, todo tiene remedio, cálmese”. Le hizo un cheque al portador por mil bolívares. El cuatro no valía más de veinticinco en Barquisimeto.

## Cerrado el impase

Xavier Cugat vino aquí con toda su orquesta para actuar en Radio Continente y en algunos clubes. Acababa de filmar *Escuela de Sirenas*, en Jolibud. El presidente del Club Venezuela me mandó a llamar para que bailara un joropo en la gran fiesta del Club, amenizada por Cugat. “Quiero que te bailes un joropo –me dice– en medio del espectáculo. Va a ser una cosa muy bonita. Viene el General y la Junta en pleno. Le vas a bailar a lo mejor de la alta sociedad. Usted se viene vestido a lo criollo, para que sea un contraste, una animación, con alpargatas y sombrero de cogollo y con una muchacha muy criolla también”. Yo habría enseñado a bailar a la hija de Carmen, y la muchacha me acompañaba muy bien a bailar el joropo. Así que le dije y ella se vistió muy bonito y tal, y yo me puse mi sombrero de cogollo, mis alpargatas, mi franela y una vela en la mano. Cuando me tocó el turno, Ospina se le acerca a Cugat y le dice: “Cugat, le presento al Rey del Joropo venezolano. Lo hemos traído para que usted le toque el *Alma llanera* y él baile”. Entonces Cugat, con el mayor desparpajo, le dijo: “¡Oh!, carramba, yo siento mucho no poder acompañarr al indio porque mi música no es para indios, es una música...”. Yo no oí más. Ospina se retiró, me tomó por el brazo y me llevó a la oficina, abrió la caja fuerte y le firmé un recibo por mil bolívares. Me fui a la casa. Al llegar me pregunta mi padre: “¿Y cómo te fue, Alfredo?”. “Una linda fiesta. Estaba el General, la alta sociedad, yo no bailé...”. “¿Cómo que no bailaste?”. Le conté lo sucedido. Mi papá era un hombre atravesadísimo, el tuerto Alfredo, le daba una tunda a cualquiera. Me dijo: “¿Qué es eso? Tú no eres hijo mío, tú eres un sinvergüenza. ¿Cómo es posible que ese hombre te venga a insultar y tú no le hayas dado siquiera un cabillazo? Te vas de la casa y no regreses si no tienes una vaina con ese hombre”. Me fui. Al día siguiente estaba en Radio Continente, donde tocaba Cugat. Me quedé en la puerta, esperando que saliera. De pronto, un remolino de gente.

Cugat venía bajando las escaleras con Lina Romay, una artista que bailaba rumba y otras cosas. La Lina tenía un ramo grande de flores enormes. Entonces me metí en el bululú, me acerqué a Cugá y lo paré: “¿Usted se acuerda que anoche me llamó indio?”. Pero él no se acordaba de nada. “No, yo no rrrecuerrdo nada”, me contestó. Le zampé un tanganazo en la boca. ¡Caraj, plum, pam!, y aquel labio comenzó a echar sangre, y la sangre a chorrearle por el esmoquin blanco, y gritos “¡Un loco!, ¡un loco!”. La gente corriendo, el ramo de flores por el suelo, y aquel bochinche, la gente para un lado y pal otro, y Cugat pegado a la pared con un pañuelo en la boca, y el militar de guardia, porque en esos días la cosa estaba fea y había soldados en todas las radios, se me vino encima. “¡Un momento! –le grité–, el señor insultó a la patria y a Bolívar”. El soldado se canchó su bayoneta al cinto y se fue a sentar otra vez. Pero me agarró un policía: “¡Está detenido!”. Y con la misma me metieron en una camioneta. En la mañana grandes titulares en los periódicos: “El Rey del Joropo le da una trompada a Xavier Cugat porque insultó a Venezuela”. En una caricatura salía una mano así, y al pie: “La mano vengadora”. La cosa se ponía difícil para Cugat y el empresario, pues había una presentación en el Metropolitano y las noticias y el bochinche de la prensa podían afectar la popularidad de Cugat. De manera que un tal Legorburu, empresario, habló con Cugat y el propio Cugat sacó la boleta de libertad para mí y se fue con todos los periodistas para La Modelo. Entonces me llamaron: “¡Alfredo Alvarado!”. Cuando salí del buzón de la cárcel Modelo, me estaba esperando Cugat con los brazos abiertos. Yo me acerqué un poco guillao, pero el hombre seguía con los brazos abiertos y una gran sonrisa y un punto de sutura en un labio. “¡Venga un abrazo!”, dijo. Y con el abrazo, las fotos. Cerrado el impase Xavier Cugat-Alfredo Alvarado. Una simple y mala interpretación del artista criollo. Cugat se interesa por conocer la música venezolana. Alvarado bailará en el Ávila el *Alma llanera* tocada por Cugat. No bailé ninguna *Alma llanera*, nadie me llamó. Me quedé esperando el contrato.

## Hielo y Estrella

Borges Villegas estaba en un momento crucial, casi en quiebra. Él había traído por primera vez al *Hielo y Estrella*, un espectáculo sobre hielo. Lo presentó en los terrenos del que era hotel Majestic. Fue un gran éxito. Pero la segunda vez no fue tanta la atracción. El público mermó. Borges solo veía pérdidas. Me buscó, me encontró y me dijo: “Tienes entrada libre a *Hielo y Estrella*, ve al espectáculo y estúdiate las posibilidades de montar un joropo sobre hielo”. Me fui al espectáculo, una, dos, tres veces. Los patinadores tenían un serrucho delante del patín que les permitía caminar en puntica de pie. “Con ese serrucho –me dije– pueden escobillar”; en sus vueltas y sus movimientos y sus acciones podían valsear perfectamente. Le dije a Borges: “Sí se puede”. Buscamos un traductor y empecé a darles clases a los patinadores, estrellas francesas, inglesas, irlandesas, suizas. Y a montar un joropo representando a Venezuela, sus veinte estados, sus territorios federales, y yo bailando en una tarima con Yolanda Granados. El espectáculo se anunció con gran despliegue “*Alma llanera sobre hielo*”. Pedro Elías Gutiérrez asistió a la presentación. El público colmó el Nuevo Circo. En medio de aplausos se inició el espectáculo. En la última parte, tacaracá, raca raca can can, cuando había que picar el hielo, y al encenderse los reflectores sobre los pies de los patinadores, se levantó un arco iris y el público vio emocionado los colores de la bandera. A Pedro Elías Gutiérrez se le salían las lágrimas. Borges Villegas se frotaba las manos. El público deliraba. A mí me pagaron cien bolívares ese día, y cien bolívares cada día durante tres meses.

## ¡Tas quemao Alvarado!

Tenía mes y medio bailando joropo en *Hielo y Estrella*, siempre lo mismo, siempre lo mismo, siempre lo mismo, la rutina, la rutina, el valseo y el tacaracatán, raca raca ran. Un día, en medio de la rutina, una voz me gritó por allá, por galería: “¡Tas quemao Alvarado!”. Me puyó el amor propio. “¡Ese no sirve!”. Volvió a gritar. Se me calentó la sangre. “¡Tas quemao!”. Me olvidé de rutina, me olvidé de todo y empecé a zapatear como un loco, a echar todo lo que tenía para afuera. Yolanda se quedó paralizada. No entendía. Fue como un terror artístico, porque ella no conocía esos movimientos, pues eran movimientos de libre albedrío, violentos, llenos de rabia. El público se vino abajo. “¡Que se repita!, ¡que se repita!”. Yo me fui a los camerinos, en medio de los aplausos y los gritos, sin mirar al público. Yolanda me siguió, cabizbaja. “¿Cómo me haces eso? —me dijo—; he quedado en ridículo”. “Pues nada Yolanda, que a mí me dio un sentimiento”. Se puso a llorar a moco tendido. Me quité el pañuelo rojo, todo sudado y se lo di.

## En el Teatro Margot

Llegué a México. Jorge Negrete. Presidente de actores, me dijo que estaba vetado, que no podía actuar en México porque la Asociación de Artistas Internacionales me había vetado a causa del golpe que le había dado a Xavier Cugat. Para vivir, pues tenía ganas de vivir en México, tuve que trabajar en la sombra, o sea, actuar y no actuar. Clases por aquí, pedazos de coreografías por allá.

Una tarde me acerqué al Teatro Margot a ver qué veía. En el jol me consigo con Montañita. Los dos nos pusimos a ver los cuadros, entre joda y joda. De repente, sorpresa para mí y para Montañita: “El Rey del Joropo esta noche”. “¡Cómo es la vaina!”, digo. “Bailarán sensacional”. Debajo, la foto de un muchacho con maracas en los pies, sombrero e cogollo, pañuelo en el cuello, una verita en la mano derecha. Igualito a mí, retratado en posición de danza. Montañita me dice: “¿Qué es esto, chico?, ¿tú no eres el Rey del Joropo?”. “El mismo”, le respondo. “¡Cómo es posible que te vayas a dejar chalequear así! Vamos a echarle una vaina a ese pendejo. Vamos a venir esta noche. Te traes las maracas y las alpargatas y le avientas un joropo de verdá verdá, porque tú eres el Rey del Joropo”. Nos despedimos con la idea de encontrarnos otra vez en el mismo sitio para echarle la vaina al reyecito.

Me fui a la casa: envolví el pañuelo colorao, el sombrero e cogollo y las maracas amarradas de las alpargatas. A las siete estábamos Montañita y yo comprando las entradas. Comenzó el espectáculo. “Es que yo te quiero mucho”, cantó María Victoria. Le llegó la hora al joropo. Abre el telón: una choza en mitad del escenario, unas mujeres tirando flores y el tan, tan, tan del *Alma llanera*. De la choza sale el muchacho, unas escobilla pacá una escobilla pallá, corre pa'ca y viene pa'lla, y me dice Montañita: “¡Ahora, carajo!”. Comienzo a amarrarme mis maracas, me pongo mi pañuelo y mi sombrero, y salgo corriendo por el pasillo, me monto en el piano y brinco al escenario.



Desconcierto en la sala, unos instrumentos dejan de sonar, otros siguen sonando, pero yo le di al escobillao y chis chis chis, chas chas, chas, bailo un peazo e joropo y ¡pam! Me paro y veo al público y el público se viene en aplausos. Entonces el muchacho se abre a bailar y la orquesta lo sigue, tan tan tan tacara tan, y también se para y ve al público. Aplausos para el muchacho. Me arranco yo y la orquesta, no toda, me sigue, ras, ras, ras, y hago cosas mías, de las buenas de mi repertorio y pam, me paro. Un aplauso más grande. Pero comienza a subir la policía al escenario. Uno me agarra por la manga y se forma el zaperoco, pitos y flautas. “¡No!, ¡que no se lo lleven!”; pero nada, me sacan. El escándalo aumentó y empezaron a prender papeles. Cuando me tienen en la puerta, ya suelto, veo venir un sargento de policía a toda carrera, y con la misma yo también arranqué a correr. Después me contó Montañita que el sargento había salido a buscarme para aquietar al público, pero ni rastros.

## **No había nada que hacer**

A la semana del Margot, que por la prensa salieron los comentarios del zaperoco, vengo caminando por la Alameda, muy tranquilo, viendo las rosas y los globos, cuando oigo mi nombre: “¡Alfredo, Alfredo!”. Volteo. “¿No te acuerdas de mí?”, me pregunta un tipo joven. “No, no me acuerdo”. “Si soy Montes, aquel que en Nueva York tú enseñaste a bailar joropo, y yo te di clases de jarabe veracruzano”. “¡Claro!”. “Pues yo soy el que tú aventaste en el Margot y, no solo eso, me botaron y quedé sin trabajo. Ahora no tengo trabajo, manito”. “¡Caramba!, me picaste el amor propio ahí, vestido de Rey, bailando un joropo. ¿Quién es ese Rey? Aquí el único Rey soy yo, ¿comprendes?”. “Claro que comprendo, chato, pero me quedé sin trabajo”.

Nos fuimos a tomar un tequila que se convirtió en cinco entre excusas y excusas.

## Bailarín venezolano se roba el chou

Me fui a Cuba con un pequeño álbum de mi trabajo artístico. Estaba Batista en el poder. Me hospedé en un hotel baratico por el Malecón. Y a buscar al mejor empresario. El hombre se llamaba Eliodoro García. Es –me dijeron– el que domina todos los espectáculos internacionales. Tenía la oficina entre Galiano y San Rafael. Para allá me empujé con mi álbum. Encontré un escritorio, una señorita detrás del escritorio y la voz de la señorita que me dijo: “Para hablar con don Eliodoro se necesita una previa cita. Usted tiene que enviarle un telegrama y solicitar una cita”. “No –le respondí–, no puede ser, yo vengo de Venezuela y me urge hablar con Eliodoro”. La mujer se compadeció de mí, o le caí bien, porque me dijo: “Siéntese ahí, y, en el momento en que don Eliodoro salga de su oficina, usted se le presenta, ¿comprendido?”. Me quedé sentadito. Y comienzo a ver pasar gente, tipos encopetados, mujeres bonitas, sin saludar siquiera a la señorita del escritorio, o bien: “¿Está Eliodoro?”. “Sí, te espera”. ¡Cacham, cham! Y pasaban. Yo decía: “¡Coño!, ¡qué facilidad! El pobre pendejo aquí no pasa”. En eso llegó un grupo. “¿Qué desean?”. “Pues bien, señorita, nosotros...”. Ahí aproveché y me levanté despacito y me fui en puntillita de pie, chim, chim, cham, abrí la puerta de la oficina de don Eliodoro, y “Buenos días, don Eliodoro”. El hombre estaba detrás de un gran escritorio muy pulido con copas y placas y otros objetos de valor. Tenía un auricular en una mano y unas tijeritas de oro en la otra. Muchos teléfonos. “¡Muy bien!, ¡cómo no! Estoy de acuerdo... Espérate un momentito que está sonando el otro teléfono. ¡Diga!”. En eso me mira, abre los brazos con sorpresa, y me pregunta: “¿Usted, qué desea?”. “Bueno, yo vine para ofrecerle un baile venezola...”. “¡No, chico! Eso no es conmigo, anda y háblale a Humberto Suárez, en el ensayo, y mucho gusto”.

Entré al ensayo sin pedir permiso: “Un poquito de tu amor –cantaban las hermanas Lago–, una mirada de tus ojos”. “Un poquito de suerte es lo que yo necesito –me dije–. ¿Usted es el señor Humberto?”. “Sí, yo soy, para servirte”. Abro la partitura y se la pongo sobre el piano. Lee y toca: tan tan ta tan tan tan tantín, ta ta taca ra cara caran. “*Alma llanera* –dice–, la conozco”. Y una de las hermanas Lagos dice: “¡Ay, qué lindo! La podemos cantar”, dice la otra. “Estoy hecho”, me dije yo. “¡Caramba! La podemos incluir en el programa –dice Humberto al tiempo que me pregunta–, ¿y qué es lo que tú quieres, muchacho?”. “Mire, yo soy bailarín –dí unos pasitos–. Hablé con Eliodoro y él me mandó a hablar con...”. “¡Anjá! –me interrumpe Humberto, y grita–, Pedro, ven un instante, aquí está un muchacho que envió Eliodoro”. “¡Mándalo!”, gritó Pedrito. “Está bien –me dijo–, ve al proscenio y habla con Julián”. “Eliodoro me dijo que le presentara el baile a Humberto, y Humberto se emocionó con el baile y me mandó a Pedrito, y Pedrito está de acuerdo con que me incluya en el programa con las hermanas Lago”. “¡Muy bien! –me dijo–, y ¿cómo te llamas tú?”. “El Rey del Joropo”, le respondí. “Correcto –dijo–, mañana estrenamos. Ve y ensaya con las hermanas Lago y está pendiente para cuando te anuncie”. No hubo ensayo. Era una orden de Eliodoro García. Eliodoro le dijo a Alfredo, Alfredo le dijo a Humberto, Humberto le dijo a Pedro, Pedro le dijo a Julián, y yo me fui a mi hotel, planché mi pantalón, lavé mi pañuelo colorao, enderecé mi sombrero e cogollo, cepillé las alpargatas, puse sonoras las maracas, y me acosté a esperar el día siguiente.

Dos horas antes de comenzar el espectáculo estaba en el Teatro América, pero cuando voy a entrar por la puerta de los artistas con mi maletín, un tipo me para: “¿Tú dónde vas?”. Le digo: “Yo soy artista”. “¿Cuál artista?”. “Estoy en el programa”. “No, hombre. ¡Qué programa ni qué narices!, si te quieres colá, te equivocaste, anda y paga tu entrada”. No seguí discutiendo con

el tipo y fui a comprar mi entrada, un dólar cincuenta, y entré con el público. Conseguí un hueco en el escenario y me metí y fui a parar donde botan la basura, y al lado del basurero me quité la ropa y me vestí, ¡listo! para cuando me llamaran. ¡Ahora, como número especial, número extra, las hermanas Lago cantarán para ustedes el *Alma llanera* de Pedro Elías Gutiérrez, joropo venezolano, y el gran bailarín, el Rey del Guarapo, bailará la música de Venezuela! Arranqué cuando tan tan tan... “Yo nací en esta ribera...”, y empiezo a bailar pas pas pan, tacachi chiqui chis, chiqui chiqui chis, aquellas maracas sonaban de lo lindo, pero me viene una desgracia, una de las maracas chocó con la otra y se rompió y por el hueco empezaron a salir todos los capachos y me quedé con una sola maraca sonando, que era un sonido discordante porque hacía ¡chii!, ¡chii!, ¡chii!, y me quité las alpargatas, me quedé pie en el suelo y seguí bailando, cada vez más fuerte, pero no se oía el chiqui chis; y Humberto se da cuenta y manda a bajar el tono a la orquesta, y las hermanas y la orquesta bajaron el tono, y se oyó el charrasqueo de los pies y el público se puso de pie y oí una de las ovaciones grandes que he recibido en mi vida. ¡Fue apoteósico! Dos veces más repetí el joropo. Cuando estaba en el basurero, quitándome la ropa, llegaron Eliodoro, Pedro, Humberto, Julián. “Yo te lo decía –gritaba Eliodoro– que el chico era un fenómeno”. Abrazos, palmadas y un contrato por dos semanas. Al día siguiente apareció en *El Diario de la Marina*: “Bailarín venezolano se roba el chou del Teatro América”.

## The King of Joropo

Con la categoría que adquirí en La Habana, tenía carta blanca para entrar en Nueva York. Me presenté a Benito Collada, dueño de El Chico. No tenía cupo, pero me dijo que estuviera en plan de espera. No fue muy larga, porque a los pocos días Damirón y Chapseaux, pianista y cantante, no pudieron llegar de Puerto Rico. Comencé a trabajar en El Chico. El mismo día se presentó, buscando noticias, una periodista norteamericana que firmaba sus artículos con las figuritas de unos guantes, un pumpá y un bastón. Una cosa jai. Vio mi espectáculo y se lanzó con un artículo: “Alfredo Alvarado, *from* Venezuela, *The King of Joropo*”. Me tradujeron el artículo: “Bailarín formidable, gran habilidad, toca mejor las maracas con los pies que con las manos”. Abiertas las puertas de Nueva York. De El Chico salté al Habana Madrid de Brogüey, contratado por Ángel López, mánager de Kid Gavilán.

Una noche me pasan una tarjeta de un cliente: Isaías Medina Angarita. Él y su señora querían conocerme. “¡Mucho gusto!”. “Mucho gusto, General. Mucho gusto, señora”. “Creo que lo conozco de Venezuela”. “Sí, claro, en el hotel Ávila”. “¡Claro!, ¡claro!”. Y soltó la risa. “Fue muy divertido”. “¿Champán?”. Tomamos champán. Ambos querían que enseñara a bailar joropo a sus niños. Acepté. Fui al parque Aveniú a darles clases a los hijos del General. El General me pagaba bien.

En el Habana Madrid me explotaban, pero la cosa mejoró por puro azar: en uno de los chou, cuando estaba bailando, un tipo, medio borracho, comenzó a sacar trocitos de hielo del balde de champán. Me pegó uno en el sombrero, otro en el cachete, todos caían en el piso encerado. Se humedeció el piso y yo comencé a resbalarme y, con la misma, a arrecharme. Cuando sonaron los últimos compases, paca raca raca pam, me acerqué al tipo y le tiré un machetazo por encima de la cabeza. El hombre se fue al suelo con mesa y todo; hasta a la mujer que tenía al lado, una pecosa,

se la llevó consigo. El público empezó a reír y reír, y salieron los aplausos y los gritos. Causó tanto furor que Ángel López me mandó a llamar y me dijo: “¡Tremendo éxito! Desde ahora en adelante te vamos a poner un tipo que te va a estar molestando con el hielo mientras tú bailas y, al final, le tiras el machetazo”. Durante una semana se estuvo repitiendo la historia, hasta que le corté un brazo.

## **La pulmonía me cortó la carrera en Nueva York**

La mala racha continuó, porque a la noche siguiente, acalorado, me fui a la azotea a coger fresco. Había nevado. Me froté nieve por la cara y por todo el cuerpo para quitarme el calor. Fue como una puñalada, porque me empezó una fiebre y me tiró en la cama. Pulmonía, diagnosticaron. La cuestión se agravó, y me preguntaron a quién conocía en Nueva York. Me acordé del general Medina. Fue a verme al apartamento. Se preocupó por mi salud y me envió un médico que tenía mucho éxito en Nueva York, pues estaba tratando con penicilina. Me pusieron la penicilina, pero no funcionó del todo, y recomendó que me mandaran a un país cálido. Durante dos días estuve con una lámpara de cuarzo en el pecho, mientras el General gestionaba mi traslado a Venezuela. Me recibieron en el Hospital Vargas y me curé como a los dos meses, pero se me cortó la carrera en Nueva York.



De choreo

## Me fui violentando

Para uno poder triunfar en el arte, hay que ser chulo de los empresarios o de los financistas, o de los chulos de los empresarios. Uno tiene que ser chulo de una lista interminable de gente. Tú te conviertes en un portador de drogas para ellos, tú eres un portador de mujeres para ellos, tú eres un portador de todo lo que ellos quieran.

Yo no compartía aquella vaina. Cuando tenía que hacerlo, sentía un gran dolor en los cojones, y no hallaba cómo aliviarlo. Pues, por ahí me fui violentando. Y me violentaba la peladera, trabaja aquí, trabaja allá, seis meses pelando, y si trabajas, pelas porque te pagan cuatro lochas.

Mi mejor trabajo fue “El baile del joropito”, montado en una tarima de madera, en *Hielo y Estrella*.

Yo veía que otros buscaban el billete y lo conseguían. Empecé a violentarme. Bailaba en el Country Club y la gente aplaudía, llena de perfumes caros y toda mierda. Cuando bailaba en el Country, me sentía bien, como bailando en un paraíso. Paraíso era el de ellos. Terminaba la fiesta: tremendo Cadillac, tremendo Mercedes. Vida. Alguna mujer de pronto: “Profesor Alvarado, vamos a llevarlo a su casa”. “¡Ah, no, muchas gracias! Yo me voy en mi auto”. ¡Mentira! Yo no tenía ni bicicleta. Claro, de la fiesta salía con mi maletica y en la maletica un poco de torta, y una botellita de güisqui y algún otro choreo. Vainas que me robaba para venderlas al día siguiente. Total que me fui violentando. ¡Qué carajo! Voy a apartarme de esta vaina del bailecito y los aplausos, y a buscar la vida por mi cuenta y riesgo. Claro, comenzaron a vetarme, comenzaron a sacarme el cuerpo como al que tiene la lepra o la peste bubónica.

## **Napoleón me dio una mano**

Cuando uno cae preso, queda fichado para siempre. Ellos tienen como cien fotografías de uno. Y huellas por todas partes, huellas dactilares y huellas dactilares y te fichan y te vuelven a fichar y te retratan así y te retratan así. Te guardan en los archivos para siempre, porque esos archivos no desaparecen. Uno les paga a los empleados para que le borren la ficha, pero qué va, qué ficha van a borrar, pendejo que es uno y paga. Ellos te dan una ficha, mientras cien fichas tuyas van a parar a todas partes: Ministerio de Relaciones Interiores, Identificación, SIFA, Digepol, Disipol, Jefatura. Cien fichas regadas que uno ni sabe a dónde van a parar. El tipo a quien tú le pagas te da una ficha. Tres, cuatro, cinco mil bolívares por esa ficha.

El envío mío a El Dorado se debe por eso, por querer sacar mi ficha. A mí me ficharon por robar una bicicleta cuando tenía ocho años de edad. A los ocho años se me fichó. Se me hizo un número que es novecientos once en mi expediente. Hoy en día llega, como la cédula de identidad, a seis millones ochocientos setenticinco mil cuatrocientos veintidós. Para aquella época yo fui novecientos once. Bueno, yo era un niño. Tenía mi ficha y eso era un estorbo para mí. Naturalmente, ya venía echando mis tiritos, como se dice, pero en realidad no tenía antecedentes sino aquella cosa que me embromaba, aquella cosa de cuando tenía ocho años, que era un antecedente. Entonces, Napoleón, que era alto empleado del Servicio de Inteligencia Militar, que tenía una placa como las de hoy en día las tiene el SIFA, me echó la mano.

Una mañana me dice: “Tú tienes esto”. Era mi ficha, mi fotografía de niño, el antecedente y la vaina, novecientos once. “Sí –le digo–, yo tengo eso”. “Bueno, chico –me responde–, esto ha desaparecido, y ahora a trabajar. Nosotros tenemos algo chévere para hacer dinero. Tú tienes que decirnos hoy mismo si vas o no vas. Si vas, te comprometiste y tienes que ir. Ahí

no hay cosa, no hay, no hay pele. Si dices no, no vas, no se te dice nada. Pero –se queda pensando–, pero –repite– ya todo está listo, todo está arreglado”. Y dije: “Voy”. “Muy bien –me respondió–, vamos a buscar un carro. Se trata de un asalto a un ‘cinco y seis’ ”. Fue el primer asalto que se hizo a un “cinco y seis”. Lo hicimos en La Florida. Veintiséis mil bolívares. Llegamos al lugar. Muy movido. Napoleón y el Español se bajaron del auto. Yo manejaba. Desde el auto los miraba. Napoleón, muy ágil, y el Español se presentaron con pistola en mano. “Y arriba las manos todo el mundo”. Agarraron la plata, dijeron “Buenas noches”, se metieron en el carro y nos fuimos. Yo dije: “Concha, esto es una mantequilla”. Un poco de billetes, uno para ti, uno para ti, uno para mí, como repartir barajas, uno, dos, tres, chan, chun, chan, chan, chan sobre uno, vamos a dejarlo por aquí. Los de a diez ahora. Uno para ti, uno para ti, uno para ti, uno para mí, uno para ti. Vengan los de cien.

## Napoleón

Napoleón tiene una historia grande. A los doce años mató a su padrastro porque estaba maltratando a su mamá. La señora lo mandó a estudiar en el exterior. Estudió en el FBI y llegó aquí de oficial. Entonces aquí, con todos los títulos que traía, dactiloscopista, de balística, campeón de tiro en pistola, se metió en cuestiones de perseguir ladrones robagallinas y cosas de esas. Claro, el hombre se desilusionó. Por allá le dio un alerta a un ladrón en La Pastora, a quien lo llamaban Gallinero, y Gallinero no se paró, y Napoleón le metió un tiro en la cabeza. Entonces lo pusieron a saltar. Que si para la brigada aquella, que si para la otra, que si para la de robo, que si para la de estupefacientes.

Estando en un sitio que lo llamaban El Molino Rojo, el Molin Rush, yo no sé qué cosa, al lado de la plaza Bolívar, donde estaba Billo's Jai, la primera Billo's, Billo's Jai, Billo's Happy Boys, con Rafael Mercado de pianista, el que murió en México, muerto por contrabando de cocaína; sí, lo mató la Rata, allí en ese Molino Rojo que también llamaban el *Rouge Garden*, estando allí, Napoleón sintió un olorcito y se puso a buscar el olorcito y vio a dos militares, uno de ellos era Mayor, y el otro Capitán. Viendo que se iban para el excusado, se les pegó atrás y los sorprendió fumando marihuana en el excusado, *in fraganti*, y los puso presos. “No se muevan”, les dijo. Y les metió la mano en los bolsillos y les sacó un puño de tabaquitos, se los pasó para acá, les quitó las pistolas, los metió encañonados en el ascensor, los llevó a un carro de alquiler directo para la Seguridad que quedaba en El Paraíso. Y allá los metió: “Camina pallá, camina, carajo”; y llegó a la sala de novedades y dijo: “Aquí tienen a estos señores de marihuana, aquí están sus charreteras y aquí sus chicharras, aquí las pistolas de los señores. Los encontré fumando marihuana”. El agente de guardia se quedó mirando a Napoleón sorprendido como una lechuga. Entonces dice el Capitán: “Este señor no tiene autoridad

para detenernos. Nosotros tenemos nuestro Comando y el Estado Mayor, nosotros somos militares. ¿Qué cuestión es esta?, ¡deme acá mi pistola!”. Y el otro dice: “¡Deme acá la mía!”. Y todo el mundo agarró su vaina y a Napoleón lo metieron preso. Estando en el calabozo, comenzó a distorsionarse el cerebro de Napoleón. A pensar que todo era una porquería, y se olvidó de militares y pendejadas, y desde entonces se metió a echar vainas.

## El español

Napoleón entró en conocimientos con un español empleado en el hotel Ávila, que era mesonero. El tipo había estado en mil y una vainas, y se las sabía todas. Era un bandido y empezaron los dos a meterle al atraco.

Pero necesitaban a un tercer hombre. Ese era yo.

¿Qué sucede? Que un día, estando en una cuestión que llamaban el Olympia, bailando y tal y qué se yo, se me acerca Napoleón y me dice: “Alvarado, quiero hablar contigo”. Y me presentó al español. “Te presento aquí al español”, me dijo. Empezamos a tomar todos juntos. Napoleón, a mitad de la vaina, se paró para irse con una mujer. Yo me quedé con el español, bebiendo y bailando. A las cuatro de la mañana nos habíamos quedado limpios de perinola, sin un centavo, sin cigarros que fumar y sin nada. A la salida me dice el español: “¡Hombre, qué broma! Estamos completamente desgraciados, no tenemos ni cigarrillos”. “Bueno –le digo yo–, vamos hasta la esquina”. Nos fuimos a la esquina de Miracielos. Allí había una churrería y un restaurancito frutería. Era frutería, churrería, “restauran”, botiquín. Funcionaba de día. Nos llegamos al negocio, cojo mis llaves, abro las puertas, entramos. Le digo al español: “¿Qué quieres que te prepare?”. “¡Hombre, si tienes un Toddy!”, me responde. Yo le preparé un Toddy, un “sandwich” de queso amarillo con jamón. “Hombre, ponle bastante”, me dice. “Sí, hombre, cómo no”, y le preparo un sandwichote y me preparo el mío y nos sentamos en una mesita. “¡Hombre! –me dice el español–. ¡Y tú trabajas aquí!”. Y le digo: “¡No!, yo no trabajo aquí”. “¿Esto es del tío tuyo o...?”. “De ningún tío, le digo, simplemente que yo he hecho una llave para esa puerta y de vez en cuando entro a chorear”. Me dice: “¡Coño! –y se le atragantó el sandwich–, entonces estamos choreando. Vámonos, ¡coño!”.

## Un gran asalto

Un día nos dice Napoleón: “Bueno, chico, necesitamos otro hombre porque vamos a asaltar el Hipódromo Nacional. Vamos a dejarnos de vainas ya. ¿Hasta cuándo vamos a seguir en esta vainita? Vamos a llevarnos todo completo”. Como él estaba empleado en el Servicio de Inteligencia Militar y era, al mismo tiempo, adjunto a Seguridad Nacional, él se las sabía todas. Él sabía cuándo había comisiones, cuándo se trasladaba el dinero del hipódromo, que si era toda la recaudación, que pasarían por la pista de noche, que si con tres empleados del hipódromo y un policía. Planificamos el atraco: nosotros pasamos por ese sector con una motocicleta a partir de las diez, brrr, brrr, con el escape libre. Después volvemos a pasar como a las doce, después volvemos a pasar como a la una y media, de manera que la gente se acostumbre a ese pa, pa, pa, pa, pa, por si hay plomo. Esa es la primera parte. La segunda parte es esperarlos nosotros en la pista. En lo que pasen les salimos, pan, dinero, venga y tal. Una vez que tengamos el dinero viene la parte más difícil, trasladarlo. Hay que trasladarlo a Puerto Cabello. Para los efectos, ya tengo un médico comprometido que va a firmar un documento por un muerto que no existe, un certificado de defunción. Ese certificado de defunción se lleva a la Gobernación, se corre, se pagan todos los trámites de traslado del cadáver, etcétera; y otro tipo, que también ya está comprometido, hay que pagarle (porque estamos sacando cuentas; al médico había que darle diez mil bolívares; a la Equitativa, que iba a alquilar unos carros y una vaina, había que darle siete mil bolívares, carro de muerto y todo. Al otro comprometido, diez mil). Todos los reales van dentro de la urna, con el certificado de defunción para pasar la urna por las alcabalas, algunas mujeres llorando “Ay, mi muerto”, y la cuestión y qué sé yo, y nosotros en el carro mortuorio con las ametralladoras debajo de los asientos para Puerto Cabello. En el Puerto se sacaba



la cuestión, se metían unas piedras, venía el cura, bendecía la urna y ese cadáver se enterraba. Después, pagarle unos veinte mil bolívares a un margariteño para que nos trasladara a Curazao.

A buscar el cuarto hombre, porque Alfredo no puede manejar más. Alfredo pasa a ser integrante del atraque. A revisar los archivos de la Policía para buscar el hombre que convenía. Napoleón encontró dos canarios. Uno estaba empleado de mesonero en un restaurante situado al frente del Coney Island. Un español, canario, que llamaban Martín, de bigotes negros. Mesonero en el restaurante, pero con su fichita. Napoleón dijo: “Este puede servir”. Habló con él y habló con el otro, que llamaban Pedro Grande, otro canario que trabajaba en un restaurante del Este. Una noche los trajo a la reunión. Teníamos un apartamento alquilado en la esquina de Miracielos. Arriba había un cabaré que llamaban El Alcázar, y en el edificio alquilaban apartamentos a chulos, putas, maricos, cabrones, eso era un zaperoco.

Entramos en reunión, alrededor de una mesita. Todo a media oscuridad. Parecía una sesión de espiritismo aquella vaina. En la cocina estaban los instrumentos: cizallas, vainas, torniquetas, bichos para abrir, alicates, tornillos, escopetas recortadas, pistolas e instrumentos de trabajo. “He traído a los españoles –dice Napoleón– porque estos son los tipos que pueden acompañarnos”. Interrumpe Pedro Grande: “Hombre, con esto no se me escapa nadie”, y pela por un cuchillo como de treinta metros, una vaina muy grande. “A cuchillazos, hombre, porque así no chilla nadie ni se hace ruido”. Y el otro español sacó una cachiporra. Hablamos y hablamos. Quedamos en que el sábado siguiente íbamos a probarlo para observar cómo estaban en la ejecución. El trabajo: un asalto a otro sellado de cinco y seis. Llegó el sábado. Llegó la hora del atraco, pero no llegaba Napoleón. Asumí las responsabilidades. “Bueno, vamos. Toma tú, tu pistola, y tú, tu pistola, y vamos a buscar un carro”. Fuimos a buscar un carro y nos encontramos con una camioneta Willys y nos fuimos al lugar

del hecho. Cuando estábamos en el lugar esperando el momento oportuno, disfrazados, con cejas pobladas y bigotes, metidos en la camioneta, se apareció Napoleón con Jorge, un tipo que también le metía a la pachanga.

“Bien, qué es esto”, pregunta Napoleón. “Lo que ves – respondo– y, además, ¿por qué llegan tan tarde?”. “No, qué tal y qué sé yo, pero no importa, hagan la vaina que nosotros nos quedamos en la esquina de arriba”. “Bueno –digo yo–, uno por el lado derecho, otro por el izquierdo, yo en el centro, directamente, a buscar el dinero”. “¡No se mueva nadie!”. Ese fue el momento culminante. El sellador levantó las manos al máximo y el que estaba vendiendo los cuadros y el de la contabilidad. “¡Manos arriba!”. Cuando entro a recoger el dinero, también entra un muchacho corriendo. “¡Mire, hágame el favor, vale, séllame este cuadro que se me...!”. Y vio lo que estaba pasando y automáticamente levantó las manos como diciendo: “Bueno, esto es un atraco”. En esa los españoles arrancaron a correr y me quedo yo embarcado, con el revólver apuntando a todos lados. El sellador agarró la mesa por los extremos, me la tiró encima, y botó todos los fuertes y los billetes por el suelo, y se me vino encima... “¡Socorro!”, gritó el otro. “¡Ladrones!”, gritó aquel. Eso fue un desastre. Salí corriendo, echando tiros al aire, pa, pa, pa, llegué a la camioneta y en ese momento una vieja se asoma a un balcón, me ve con el revólver y se desmaya. Quedó guindando del balcón. “Salta y corre, ¡carajo!”. Por el camino encuentro a uno de los españoles, que había botado la pistola en un jardín. “¡Móntate!”. Y se montó. Al otro lo agarró Napoleón en una esquina. Cuando iba a toda carrera, lo paró en seco, lo montó en un carro y se lo llevó. Fuimos a parar al apartamento de Miracielos. “¡Bueno, y qué fue lo que pasó! –grita Napoleón–. Yo oí los tiros”. Le digo: “Sencillamente esto y esto y esto y esto y me embarcaron, porque cuando llegamos, ¡manos arriba! Y tal, llegó un muchacho y estos señores han salido corriendo”. Napoleón se me queda viendo,

voltea furioso hacia uno de los españoles: “¡Cómo es posible!”, paff, y le dio un cachetada. “¡Ay, no me pegue!”. “Pero si tú eres un sinvergüenza”. “¡No, señor, vaya hombre, lo más terrible es que ha matado a uno, fíjese usted los tiros, oh, qué horror! Nosotros nos vamos y nos vamos”, dice el español, todo cagado. Y se fueron. Esa noche se fueron a La Guaira y se metieron en un barco que no sabían qué destino llevaba y los llevó de polizontes.

## El Loco Alegre me entrampó

Después de aquel fracaso Napoleón comenzó a pensar con más cuidado. El trabajo exigía hombres bien puestos. Como a la semana se me aparece y me dice: “Alfredo, necesitamos un buen tipo o se nos cae todo. Hay que buscarlo”. Y volvió a los archivos y buscó y siguió buscando hasta que tropezó con un chico que llamaban el Loco. Tenía buenas entradas y le gustaba la cosa.

El tal Loco había sido un poco violento, ya había participado en atracos, estaba fichado por atracador. Napoleón lo consiguió y se nos aparece una noche de reunión en Miracielos. “Señores – nos dice– este es el hombre que nos va a acompañar. Con ustedes, el Loco Alegre”. “Mucho gusto, Loco, mucho gusto”. El tal Loco era una oveja descarriada, con familia burguesa. Napoleón me dice entonces: “Alfredo, pruébalo tú”.

“Vamos a dar un paseíto, Loco”, le digo. “Pues vamos”, me dice el Loco. Echamos a caminar, conversandito. De pronto, pasamos por una mueblería. Saqué el revólver y se lo puse en la mano. “¡Vamos, Loco, asalta esa mueblería!”. “Pero, ¿cómo es eso?”. “Así, como estás oyendo. ¿Tú no dices que tú eres?”. “No, que yo no”. “Bueno, entonces volvemos al apartamento y cuenta la vaina”. Me responde el Loco: “Dame acá el revólver”. Entra. “¡Manos arriba!”, abre la caja y recoge todo el dinero que allí había: dieciséis cincuenta. Pero probó que sí podía meterle a la cosa. Cuando pasé la novedad, dije: “El hombre cumplió, aquí están dieciséis cincuenta que se trajo de una mueblería”. Aplausos. El Loco funcionaba.

A ejecutar lo planificado para la acción del hipódromo, que nos lo íbamos a llevar. Sí, dos millones y pico de bolívares. “Todo bien. Todo bien”, nos dice Napoleón una tarde. Pagado el médico, certificado listo, pagada la funeraria, arreglado el traslado del cadáver, pagados los veinte mil bolívares del margariteño. Yo no sé de dónde sacaría la plata, pero todo estaba pagado. “Golpe y acción”, dijo. Motocicleta lista.

Pero resultó que el Loco Alegre tenía una mujer, llamada la Negra. Muy conocida, la Negra Lucy. Estaba en estado, iba a tener un loquito; y el Loco, encantado, muy bien, y él, en confianza con su Negra, le dice: “Negra, pronto se van a acabar nuestras vicisitudes, vamos a ser ricos, y fíjate tú, mi amor”. Y dijo esto y lo otro y aquello y lo de más allá. “¿Y eso no va a ser peligroso, mi Loco?”, le pregunta la Negra. “No, mujer, qué va a ser peligroso, figúrate tú que esto y esto y así. Además, los tipos con quienes voy a hacer el trabajito, el Rey del Joropo, fulano de tal, fulano de tal, todos somos firmes, todos somos chéveres”. Pero la Negra tenía un hermano que trabajaba de oficial en la Seguridad Nacional. Y sale la Negra a contarle lo que está pasando. El hermano no se siente capaz para echarle bolas a la cosa, pero se la cuenta a su jefe. Entonces se preparan tremendo peine, tremenda redada. Yo estaba jugando dominó en los altos del Olympia, que se jugaba dominó y había billares, cuando entraron pistola en mano. “¡Quietos!”. Me registraron, pum, preso. El español estaba acostado con una negrita, porque le gustaban las negritas más que el carrizo, y lo hicieron preso en la cama con todo y negrita. Y a Napoleón lo hicieron preso cuando entraba a firmar el libro en la Seguridad Nacional. Estando muy parados y esposados en la Seguridad Nacional, entró el Loco Alegre. Sí, estos son. Este es Alvarado, este es Napoleón y este es el español. Se armó el alboroto. Entró la prensa, y comenzó la mamadera de gallo por los periódicos. En El Morrocoy Azul me sacaron retratado con las maracas en los pies, amarrado con cadenas hasta arriba y un candado. Al lado, un tipo gordito, que parecía un investigador, con un libro que decía: “Pero, Alvarado, ¿cómo es posible que hayas formado una banda?”. Y abajo yo decía: “Ay, fue que no pude conseguir una orquesta”. Mamaderas de gallo por aquí, destrozos por allá. La prensa gozando una bola. Como Napoleón era de la Seguridad, su retrato salió chiquitico, con una leyenda: “Exagente de la Seguridad Nacional complicado en el caso. El Rey del Joropo, jefe de la banda”. El gran culpable era yo, el Rey con maracas y todo.

## **El Loco Irureta**

El Loco Irureta era un loco que hablaba francés, inglés, pero era loco. Loco porque se cortaba con hojillas. Irureta estaba cortado por todas partes. La manía de Irureta en la calle era la de hacerse pasar por personajes importantes. Un día se presentó en Maracaibo, que lo mandaba el ministro de la Defensa a inspeccionar a las Fuerzas Armadas. Y en el cuartel se le cuadraron. Todo el mundo firme. Vestido de capitán, cómo no, y le rindieron honores militares. Mandó a cambiar la comida de los soldados porque estaba mala. Pidió que le expusieran sus quejas. Los atendió con mucho esmero. Después se fue para el Hotel del Lago, hasta que llegó un telegrama de Caracas de que no habían mandado un carajo a nadie. A él lo mandaron para El Dorado. Después lo soltaron. Y entonces se fue para Valencia como adjunto del ministro de Sanidad. Inspeccionó una cantidad de boticas, una cantidad de vainas, hizo un robo, lo volvieron a mandar para El Dorado. En este momento, es doctor de la Sanidad en la zona del canal. Tiene un escritorio, una oficina, una cosa.

## ¡A quemar esta mierda!

Connmigo trabajaba un negrito. Una vez le preguntó: “Negrito, y cuál es tu profesión”. Me responde: “Ladrón”. “Pero –le digo–, eso no es una profesión”. “¿Cómo no? –me dice–, si ese es mi trabajo, esa vaina la trabajo yo. ¿Cómo no va a ser una profesión? Soy ladrón, ¿qué quiere usted que sea?”.

El negrito está pagando ahora causa por el secuestro de las hijas de Renny. Él es de la quebrada de Caraballo. Su mamá, que no lo crio su mamá, es su abuelita. Una viejita con ochenta y dos años. Una pasita. Él es su adoración. Pues en la quebrada comenzó a robar cuando salía con la caja de limpiar botas. Con esa caja se hizo ladrón, robando tapas de carros. A los diecisiete años era un gánster.

Un día me dicen: “¡Coño!, Alvarado, tú no conoces a Víctor. Ese es un negrito a quien le roncan los aguacates, a ese no se le enfría el ojo ni nada”. “Pues no lo conozco”, digo. Al día siguiente era amigo del negrito. Un negrito simpatiquísimo, de bellísimos sentimientos, con aquella viejita que no hallaba dónde ponerla... su adoración. Sin embargo, en los momentos de la acción se ensañaba. Cuando llegábamos a casa de un millonario, me decía: “¡A quemar esta mierda! Que ese carajo tiene mucho real”.

## ¡Ese hombre está loco!

Un día se nos presenta el Loco Ítalo: “Vengo con un dato fantástico. Algo maravilloso. Algo que es una mantequilla. Solo hay que ir, recoger y venirse”. Debajo del brazo derecho tenía un bulto envuelto en papel periódico... El brazo muy quieto. Cuando hablaba, agitaba el otro. “¿De qué se trata, Loco?”. “No les puedo decir. Además, el trabajo lo voy a hacer yo solo, nadie más va a intervenir. Yo voy, entro, ejecuto mi cosa y salgo. Si quieren venir, me esperan en el carro. Nada más. No hay violencia. Todo exquisito”. “Muy bien”. Los muchachos me preguntan: “¿Alfredo, qué te parece?”. “No sé –les digo–, tengo mis dudas”. “No, hombre –me contestaron–, vamos a acompañar al Loco”. “¿A dónde es, Ítalo?” “Avenida principal de Sabana Grande”. Salimos. Todo mundo muy festivo en el carro. Llegamos a Sabana Grande. Grita Ítalo: “¡Negro!, métete aquí, en ese huequito”. Así lo hizo el Negro. “Me esperan un momentico –dice Ítalo–; cuando yo venga, arrancamos”. Se baja del carro, cruza la acera, se para frente a la vitrina de una joyería y ¡vaya sorpresa!, desenvuelve el periódico y pela por tremendo ladrillo, ¡pam, pam! Se lo pega a la vidriera y revienta aquella vaina, y aquel zaperoco y el timbre de alarma ¡riiiiiiiiiin! Mientras tanto, el Loco agarrando relojes y pulseras y joyas, como loco, y metiéndolas en los bolsillos. “¡Ese hombre está loco!”, grita el Negro, y le pasa el suiche al carro. Cuando ya íbamos a salir, el Loco se vino en carrera y, ¡prim!, se metió de cabeza por una ventana. Le quedaron las dos patas colgando. Venía lleno e sangre, las manos cortadas por los vidrios. “¡Piérdete, Negro!”, le grité. “¡Yo les dije! ¡Yo les dije! Que era una mantequilla”. “¡Coño, vale, tú estás loco!”. “¿Loooooco, yo?, ¿y esto?”. Empezó a sacar relojes y pulseras de los bolsillos. “Guárdate esa vaina, nojoda”.



## El cura y el colombiano

¡Maravilloso! El colombiano fue a que'se un cura en el Valle, y le entró de la siguiente manera: tocó la Sacristía, el cura salió y él le dijo: “¡Padre!, por favor, necesito hablar con usted, pero en secreto, en confesión”. “Pasa por aquí, mijo”. “¡Que esto no salga de usted, padre!”. “¡Cómo no! Rece Dios te Salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres. *Dominus Vobiscum*, amén. Rece un padre nuestro que estás...¡tas, tas, ta!... Muy bien, ¡dime!”. “Padre, yo soy ladrón y he robao. En realidad, lo que quiero es irme, ¡irme!, ¡irme! Yo vivo en Cali, allá tengo toda mi familia y mis muchachitos. Quiero irme, irme sin pecao, ¡arrepentío! –se le salían las lágrimas–. ¡Sí!, padre, ¡sniff! –sacó un pañuelo con un poco e prendas–. Mire estas cadenas de oro. Me las llevé de una joyería, y estas medallas, pero yo lo que quiero es llegar a Colombia, limpio de pecado. No necesito el valor de esto, sino unos centavitos nada más, ¡sniff!. Cualquier cosa pa llegá’”.

Entonces el cura le dijo: “Bueno, mijito, vamos a darte algo”. Fue y buscó mil doscientos bolívares. “Esto es lo único que tengo. Dame las prendas que yo las voy a devolver”. “Gracias, padre, deme el perdón y la bendición de Dios”. Todo ese mierdero era de cobre. “Dios se lo pague, padre, y se fue”.

## Un atraco ciego

“Tenemos un atraco. ¡Qué atraco! Algo fantástico, todo está combinado, todo está listo. Solo ir y nada más”. “No, Loco, no voy a un solo atraco ciego contigo”. Ya de por sí los trabajos ciegos son peligrosísimos, con el Loco Ítalo tienen olor a cárcel... “Lo sentimos mucho, Loco, pero no podemos ir”.

El Loco hizo el trabajo y de la siguiente manera: atraco a un policía y le quitó la ropa, el rolo y el revólver. Lo dejó desnudo. El trabajo clave lo hacían dos personas: uno, vestido de policía; otro, vestido de civil, muy elegante. El elegante entraba con dos más: manos arriba todo el mundo, recogían la plata y se iban. Antes, el policía hacía amistad con el policía de guardia, lo mandaba a comprar cigarrillos o lo desarmaba cuando se hiciera el atraco y apoyaba la acción.

La cosa salió mal. Entró el elegante con sus dos amigos. “¡Todo el mundo manos arriba!”. Al rato entró el atracador vestido de policía con una metralleta. La gente creyó que era un policía de verdad y comenzaron a salir revólveres y sonó un disparo y otro y otro. A correr todo mundo. Al elegante le destrozaron un dedo.

## El cuento del diploma para ejercer la brujería

Había una vieja muy célebre, aquí, en el cerro. Iba un gentío a consultarle la cuestión de la brujería. Era una sicóloga de nacimiento, una mujer de una gran experiencia en sicología. Cuando venía el cliente, le veía la pinta, desde la trenza de los zapatos parriba, le veía el bolígrafo y la camisa y el pelo y tal y qué sé yo. Detectaba más o menos a qué clase social podía pertenecer, y cuáles eran sus gustos. Una vieja de mucha experiencia. Iba la gente que daba tristeza: Volkswagen, Cadillac y ¡gente!, y ¡gente! a consultarse allá arriba. Yo me encontré con un gran carrizo que se llamaba Espinoza, un sinvergüenza estafador, y me dijo: “Vamos a echarle una vaina a esa vieja, vamos pallá a hacerla presa y le exprimimos unos riales”. “¡Okey!”. Nos fuimos bien vestidos y llegamos: “Buenas tardes”. “Buenas tardes. Pasen adelante, siéntense, ya la señora los va a recibir”. Cuando salió: “¡Pasen adelante! Entramos: uno primero y el otro después. “Digan”. “Señora, es la policía –saqué una placa–. Venimos por aquí en son de ‘iperticia’. Señora, usted está actuando fuera de ley”. “¡No, mijo! Yo no hago nada de particular, yo lo que tengo aquí es un consultorio. No le hago mal a nadie. Además por aquí ya han venido agentes de la policía que también se han consultado. Y consulto al coronel tal y al general cual y voy a su casa”.

Y era verdad. La vieja tenía una clientela exquisita de jai lai, porque también la burguesía tiene sus problemas. De repente, el señor burgués está cogiendo una mujer por ahí y la burguesa está angustiada y se va a ver una bruja pa ver cómo le quita la mujer porque como no se la puede quitar de otra manera. “Señora, no es el caso. Nosotros vinimos aquí específicamente a decirle a usted que usted está mal, porque está ejerciendo la brujería sin los diplomas correspondientes”. “¿Cómo es eso?”. “Usted para ejercer la brujería necesita un diploma universitario. ¿Dónde está aquí el diploma? Usted no tiene aquí algo que diga que está graduada en alguna

parte, y nosotros hemos venido justamente porque le pueden pegar una multa. El día que descubran que usted está ejerciendo la brujería sin autorización, usted va a quedar, ¡figúrese! Es un problema, así conozca al general tal y al general cual”. “¡Ay!, ¿cómo hago, mijito?”. Le digo: “Esto le va a costar dos mil bolívares, pero le vamos a solucionar el problema sin necesidad de moverse de su hogar, sin abandonar su consultorio, sin que su clientela se vaya y sin escándalo. Nosotros le arreglamos eso”. “Mijo, yo les puedo dar mil bolívares ahora y mil cuando me entreguen el diploma”. Mandamos a hacer el diploma: La Universidad de Venezuela certifica que la señora Patricia Pérez de Rodríguez está autorizada para ejercer la brujería. Los males de amores, los problemas económicos, la mala suerte y tal y qué sé yo. Firmado el Rector, ¡chas!, ¡cham! Un sello. Nos costó cincuenta bolívares. Lo hicieron en una tipografía. ¡Bellísimo! Lo montamos en un cuadro. Se lo llevamos a la señora. “Aquí está el diploma”. “¡Ay, mijo!, ¡qué lindo! Lo único malo es que llegaron en un mal momento. Hoy es jueves. Vengan el sábado a buscar los otros mil bolívares”. “¡Cómo no!”. Nos fuimos. “¡Coño!, tamos de pinga, pues la vieja cayó”. Pero me quedo espantao cuando veo las noticias al siguiente día. Con diploma universitario, la bruja yo no sé qué vaina certifica que... Yo dije: “Esta es una paja. ¡Mira! La vieja ha sacado un anuncio en las noticias. Va a caer la policía”. “No, hombre, qué va a caer. A eso no le paran ni bola”. Le dije yo: “¡Mira, marico! Esto nos va a traer un inconveniente. Aquí dice que cura el mal de lombrices y graduada en la Universidad. Esta vaina va a traer peo”. “No, hombre, no le pares”. Le dije: “Bueno, tú sabes cómo es, yo no voy el sábado a un carajo. Yo me quedo con mis quinientos bolívares que me correspondieron, y abandono”.

El sábado, muy de mañana, Espinoza fue a buscar sus otros mil. Lo estaba esperando la policía.

## Me lo mandó Dios

Me sorprendieron robando un reloj y una cadena. Estás detenido. Directo para la Policía Judicial. Nombre, cédula, profesión. A una celda colectiva en un sótano. Inmediatamente que llegué me di cuenta de que a la gente la sacaban a orinarse en grupos. “¡Vamos, vamos! To el mundo a orinarse y a cagarse, nada de esa vaina después”. Me quedé escondido debajo de un colchón. Se fueron. Me levanté. Arreglé rápidamente mi ropa. Saqué un lápiz y un papelito. Salí del calabozo, caminé por el pasillo y le llegué a un oficial por detrás y lo toqué: “¿Mira, cuántos están orinando?”. “Veinte”, me contestó. Anoté: veinte. “Quince están en los interrogatorios”. “¡Anjá!, muy bien. Quince en el interrogatorio”. Seguí caminando, subí las escaleras, llegué al final y me voltié: “¡Cuando los metas, vuelves a contarse!”, le grité. Sigo. Un guardia con fusil: “¡Qué hubo!”. “¡Qué hubo!”. Pasé a su lado. Cuando había recorrido unos cinco metros, me grita: “¡Oye!”. Dije yo: “¡Ay, mamá, listo!”. “Pásame un cigarro”. Me volvió el alma al cuerpo. “Toma, quédate con la caja”. “Gracias, vale”. Seguí caminando, bajé unas escaleritas, saqué un pañuelo porque el sudor me corría por la cara. Cuando voy a tomar la acera, me dice un tipo que está en la puerta: “¡Mira, oye!, ¿tú vas de comisión?”. “Sí”, le dije. “Toma estos cuarenta bolívares –me dice– y tráeme estas medicinas –me extiende una receta–, que son para mi mujer”. “A la vuelta”, le digo. Salí a todo dar. ¡Este me lo mandó Dios!

De El Dorado

## **Nos llegaban las 4 a.m.**

Nos llegaban las cuatro de la mañana. Un pito. ¡Fuiiiii! Ese pito significaba que hay que, con la velocidad del rayo, enrollar la hamaca, amarrarla inmediatamente del palo, irse a lavar con una rapidez tremenda, limpiarse los dientes si tienes tiempo, pues ya suena el otro pito para hacer la cola porque ya el “fororo”, maíz con agua, maíz, agua y azúcar, están esperando para el desayuno, con una otra cosa que llaman “bollitos”, un bollo de maíz amarillo, bollo que lo usábamos muchas veces para jugar pelota, jugábamos con el bollo y le pegábamos y no se desbarataba, le pegábamos y salía rodando como una pelota de goma. Durísimo el bollo. Bollo de maíz amarillo. Nos llegaban las cuatro y treinta y ¡fuiz!, la cola. En esa cola, todas las mañanas, el Zurdo le dio libre albedrío al asunto homosexual. Se ponía el pantalón con la bragueta para atrás, de manera que lo poseyera todo el que viniera en la cola del desayuno. La gente se peleaba el puesto para meterse en el desbarajuste. La guardia lo sabía. Escuchaban el peo y veían la vaina, y se hacían los locos. A la carrera las platinas, las bandejas para recibir el bollo y el fororo. A la carrera cogían al Zurdo, y a la carrera se sentaban en las banquetas del comedor porque el guardia, que no se sabía cómo había amanecido, te atestaba un palo por la espalda.

## ¡A comer, carajo!

Un día, en el comedor, estaba comiendo mi desayuno y un gracioso cogió un bollo y se lo pegó a un guardia por el sombrero, un casco de aluminio. Da la cosa que le pega el bollo por el casco y yo volteo cuando volteaba el guardia. “Mira –me dijo–, tú, ven acá. ¿Por qué carajo me pegaste la vaina esa por el sombrero?”. “Mi guardia –le digo yo–, yo no, yo no le he pegado a nadie”. “Tú fuiste –me dice–, porque tú fuiste el único que volteaste”. Naturalmente que nadie volteó, todo el mundo quedó comiendo, calladito, que ni sonaba una mosca, y yo cometí la pendejada de voltear. “Caramba, guardia –le digo–, yo no”. “Tú sí –me dice–. ¡Quítate la camisa, no joda!”. Me quito la camisa y él agarra una verga de toro empetrolada que tenía en la cintura y se la enrolla, y cuando doblo el lomo, oigo una voz: “¡Un momento!, guardia, yo fui el que tiró el bollo”. Recordaré siempre ese instante, al tipo lo recordaré siempre, lo llamaban Diablo sin Cacho, no lo podré, cará, olvidar nunca. Un negro sanjuanero, medio boxeador, Diablo sin Cacho. Y entonces: “¡Ah! Tú fuiste”. “Sí, y me voy a quitar la camisa de una vez”. Y se quitó la camisa y dobló el lomo. El guardia se le queda mirando. Nos mira a todos, lo vuelve a mirar y le dice: “Anda, vete pa tu vaina, váyanse los dos. ¡A comer, carajo!”.



## **¡Ronda, voy al baño!**

Algunas noches me quedaba con el grupito de los interesantes: Carlos María, el estudiante, Alejandro, un español, Vicente, Félix, El Cumanés, y en fin, muchas personas. Se empezaba a hablar de política, de toda vaina, cada quien a su modo y a su criterio, hasta que sonaba el pito, ¡piiii! Era una cosa de admirar aquel murmullo, bu, buu, bur, uuuuuu, la gente hablando, y sale ¡fuiz! El pito y aquello era un silencio que se oía una mosca... Y una voz: “¡Todo el mundo adentro!”. Y otra vez por allá: “¡Fulano de tal, que se presente a la Alcaldía!”. Entonces decía la gente: “¡Ay, vaina, se enredó!, ¿qué vaina será?, ¿quién sabe qué será?”. Sonaba ese pito a dormir todo el mundo con una velocidad tremenda para colgar la hamaca. ¡Ran, ran, pim, pum, pram, pum, pan! Y a meterse ahí. Un silencio. Hasta que alguien decía: “¡Ronda, voy al baño!”. “¡Vaya!”. Pero si te parabas sin decir ¡ronda!, te echaban un rondín de palos. Y otra vez el día siguiente a las cuatro de la mañana, otra vez la misma cosa, el mismo plan, el mismo trabajo, los mismos palos.

## ¡Caray! Una comisión

¡Caray! Una comisión del ministro de Justicia en el penal, y tal y qué sé yo. No es porque en realidad va a cambiar el sistema interno, porque no va a cambiar nada, sino que van a botar a muchos y como nadie quiere que lo boten por la teta y la vaina y el sueldo, entonces todo el mundo empieza un tal y qué sé yo, porque hay un alboroto en el penal, un corri corri, los maestros por su lado, los del grupo técnico de manualidades por otro.

Ese día llaman a todo el mundo: “Va a venir una comisión, ya ustedes saben cómo hay que recibirlos y tal, mucho cuidado con las malas interpretaciones y mala vaina”. ¡Pan! Llegaba la comisión. El Himno Nacional, aplausos, presentaciones por aquí, presentaciones por allá y tal y qué sé yo, y uno del Ministerio: “He sido enviado por el ministro de Justicia para traerles su palabra cordial”, y se botaba por ahí, cuarenta palabras y tal, y de repente alguno: “Mire aquí la comida es muy mala, nos están matando aquí, puro hueso, por la mañana unos bollitos que al que se lo peguen le rompen la cara. Eso es terrible y tal”. “Ah, muy bien, tomaré nota”. Ese firmaba su sentencia, porque después que se iba la comisión lo llamaban, ¡anjá! Y lo llevaban para el kilómetro uno y, si regresaba, regresaba directo para la enfermería, con la lengua guindando.

## El pergamino de Mijarito

Mijarito era el maestro de escuela. Me dio el tercer grado. Buen tercer grado. Vendió los pupitres de la escuela en el pueblo y de vaina no lo mataron a vergajazos.

Mijarito se llamaba. Ahora está pagando condena en México. Mijarito era de una familia de Valencia, un personaje bastante jai, se puede decir de la burguesía, pero él torció por otro lado y su gente lo abandonó. Mijarito había estudiado dibujo técnico, y era buen dibujante. Por ser buen dibujante se metió a falsificador. Falsificaba firmas y vainas. Buen falsificador. Te veía la firma y te la hacía de seguida. Mijarito estaba de maestro de escuela en el penal y por vísperas de navidad se puso a hacer tarjetas para venderlas, en tipo chino, en tinta china, unas tarjetas así como cosa de manualidades.

Hizo un pergamino para mandárselo al Ministerio de Justicia, Urbaneja que se llamaba. Yo me lo encontré después en Cuba, cuando Batista. Un día me lo encontré. Ya estaba raspado Urbaneja. Un pergamino estaba haciendo Mijarito, felices pascuas y próspero año nuevo. Le digo: “Eso está mal. Tú debes hacer una cosa original al ver qué te sale. Pinta unas nubes preciosas, palomitas volando. Dos palomitas aquí sujetan dos cintas que esas cintas vienen a juntarse, pero antes de juntarse se funden en una nube, en esa nube sale una mano, de esa nube hacia abajo, muy bonita la mano, con un anillo muy bello, una leyenda que dice: Ministro de Justicia. Esa mano hacia abajo así. Primer cuadro de arriba. Ahora, a lo de abajo vamos a ponerle una cosa tétrica, una cosa árida, la tierra completamente surca, así como cuando hay un terremoto que cuartea todo; una calavera por allá, hundida, se le ven los dientes, por allá unos cuernos de vaca ya podridos, unos cactus rotos, y desde allí unas calaveras medio salidas. Entonces, otro tipo volviéndose calavera, pero todavía no, y tiene pelos y una mano huesuda con una esposa guindando así, queriendo

agarrar aquella mano así”. Mijarito copió la idea. Hizo el cuadro. Y me regaló unas botas porque le dieron la libertad. Le dieron la libertad para el 24 de diciembre. Le vino muy justo para el veinticuatro. Me regaló unas botas, muy bonitas las botas. Yo le dije: “Concha, Mijarito, esas botas tuyas sí son buenas para andar por aquí”. Me las regaló. Eso fue lo que me regaló, las botas, y se fue.

## El pavo

Había un pavo de la Guardia Nacional. Ese tipo estaba loco. Un pavo. Estaba loco, pero él era Guardia Nacional. Cuando uno venía con un haz de leña, cualquier preso, con un haz de leña, el pavo le salía y se le plantaba al frente: “Oye, tú, qué llevas ahí”, le preguntaba. Uno no le podía decir que llevaba un haz de leña, porque lo medio mataba a palos. Ya lo conocíamos. Uno tenía que decirle cosas como esta: “Es una caja fuerte”. “Pues sigue –respondía el Guardia–, sigue con cuidado, me guardas mi parte”.

Una noche venía yo con un balde de agua y se me aparece el loco: “Pss, epa, epa, para dónde vas y qué llevas en ese baúl”. “Voy ganando –le respondo–, voy ganando con una joyería”. “Me guardas mi parte”, me dice. Y yo le digo: “No hay para dos, soldado”. ¡Coño!, me estuvo persiguiendo toda la noche por el penal con la peinilla en el aire.

## Le pasó como al Hamlet

Castillito se volvió loco de la simulación. Le pasó como al Hamlet de la obra de “Chespir”. Simulaba que simulaba, hasta que paró en loco de perinola. Era un trinitario. Me dice un día: “Alfredo, yo va queré, tú va vé, yo hacé papé loco”. Y le dije: “No te metas en esa vaina”. “No importa –me dice–, yo comel mierda, cualquier cosa, yo no sé maltratá más Guardia Nacional, yo comer todo”. Le dije: “No, hombre, pero cómo te vas a poner a comer mierda. Ya sabes lo que es eso, chico, tan desagradable”. “No, yo hacé loco”. A los pocos días andaba todo lleno de mierda, ja, ja, riéndose y tal. Pero no paró la cosa ahí, sino que cuando fui a verlo a la jaula, llego y lo saludo: “¡Qué hubo!, ¿cómo sigue el paro?”. “Buhhhhh”, me salió con un ladrido y me tiró las manos como un gorila. “¡Qué vaina es esta!”, grité y salí espantado por el demonio.

## **Aquí hay que tener muchos padrinos**

Si quieres vivir, tienes que estar empatado. Si tú eres el médico, tú tienes que tener tu ayudante, tu enfermero, tu equipo. El maestro tiene su equipo, el cocinero tiene su equipo. Tú tienes que estar en el equipo; si no te empatas, eres un desempatado. O buscas tu colita, o tu media colita o te jodes. Espantar los pájaros es una cola. En el arroz, ta, ta, ta, ta, con una lata para que salgan los pájaros. Eso es una cola, porque no haces nada más que eso. ¿Estar con los oficiales?, esa es una colota, esa no es ninguna colita. El que se empata con el Cuerpo Mayor, con el director, con el subdirector, el cura, el comandante, ¡caramba!, ese es intocable. Pero son amparos muy peligrosos, porque se te cae el padrino y te cae la desgracia. ¡Ay, cambiaron al comandante Guzmán, que lo mandan pa Guasdalito!, ¡trágame tierra!, porque lo que viene es neas, el penal en contra y la Guardia en contra. No, yo capté eso y dije: “No, yo no puedo tener un padrino”. Yo dije: “Aquí hay que tener muchos padrinos, no un padrino sino muchos padrinos”. Al cura yo le atendía su cuestión y conocía sus vagabunderías. También al teniente Payares y tal. Al teniente Payares le enseñaba a jugar ajedrez, le enseñaba a nadar. Al director le pasaba ciertas cuartillas a máquina. Al dactiloscopista por aquí, a todo el mundo, de modo que no fuera a haber un zafarrancho de repente, y me quedara sin empate.

## **El santo cura**

Yo era sacristán. Una vez el cura estaba diciendo la misa y había un tipo en el comando con un tambor, chitibúm, bum, bum, bum, bum, bum, bum, bum, bum, y el español que estaba dando la misa, *dominus vobiscum* se voltea y “*oremus*”, y en el momento en que dijo “*oremus*”, me dice: “Dile a ese coño de su madre que se calle”. “Ya voy padre”, le digo. Pero, ah no, yo no le voy a decir al coño ese, el coño de su madre, porque me mata a palos. Yo le dije: “De parte del padre que haga el favor y la bondad de que estamos diciendo misa, que no toque el tambor”. El hombre dejó de tocar y yo me volví a parar en mi lugar. Amén.



## **Cuando aquel se para, uno se para**

La misa es una comedia, un teatro que hay que cumplir y más nada, qué se va a hacer, lo que hace el cura, uno lo hace. O bien uno se fija en los versados, porque los tipos que son medio beaticos en realidad, que sí han estado en eso y saben cuándo hay que arrodillarse y cuándo pararse. Uno sigue los movimientos de aquel. Cuando aquel se arrodilla, pues todo el mundo se arrodilla, y cuando aquel se para, todo el mundo se para.

## **El conecte**

Y cuando el cura voltea y te mira, todo el mundo baja la cabeza y se pone en santidad, y cuando te da la espalda, todo el mundo negocia porque la misa sirve para pasarse la marihuana unos a otros. Es el conecte, el conecte del conecte, de la conexión. El mejor momento es el de la consagración. Las manos se mueven sigilosas, ras, ras, una papeleta de marihuana, pásame dos fuertes, pásame tres, ras, ras. La papeleta, coño, ras, ras, toma tu vaina, *dominus vobiscum*, “*oremus*”.

## **El sermón**

El cura comenzaba el sermón. Abría los brazos, cerraba los brazos, juntaba las manos, separaba las manos. “El hombre tiene que corregirse. El Señor dice: ‘No robarás y no matarás’. Son cosas que tenéis que cumplir. Estáis pagando una condena aquí. ¿Por qué? Habéis faltado a la ley de Dios y a la ley de la justicia de los hombres. Habéis cometido un acto contra la ley divina y la humana. (Natural, las mentadas de madre son horribles, pero en voz baja). Cuando salgáis de aquí, corregidos, encontraréis un mundo mejor. (Claro, mejor que esto el infierno). Tenéis que cumplir con las leyes sagradas que ordenan que os portéis bien porque... ¿Por qué sois así? Sabéis demasiado que hacéis mal. De ahora en adelante, tendréis que regeneraros y seguir por el camino de la bondad y el bien, que marca el camino de Cristo, el camino de Dios”.

Después, el muy santo se iba a coger un marico.

## De vuelta con el santo cura

El cura llevaba los historiales de todos los presos. Yo le llevaba los archivos. “Pasa adelante –le decía al preso–, pasa adelante, hijo mío”. Y al que le gustaba le agarraba la barbilla. “Tengo que hablar contigo, siéntate”. Y yo al lado del cura, viendo la vaina y escribiendo preguntas y respuestas: “¿Tú, dónde naciste?”, y tal y qué sé yo, ras, ras, ras, ras. “¿Estás dispuesto a entrar en la vida social?”. “Sí, padre, yo, pues yo quiero componerme, yo no quiero seguir en esto”. “¡Ah!, muy bien, tú no deseas coger más cárcel. ¿No deseas? Bueno, vamos a ver si te ayudamos. Dios te bendiga, mijo, y vete tranquilo”. Por un lado, salía el preso, y por el otro, me decía: “Escribe”. Entonces yo abría la carpeta y escribía la sentencia del cura: “Incorregible”. ¡Desgraciado! El único incorregible era el cura.

## El subdirector

Cuando había una invitación muy cordial para algún personaje importante, ya sea del ministro de Prisiones o del Militar, me llamaban para que les bailara un joropo, porque era indispensable, y les presentara un acto cultural, pues yo tenía mis actores y mi equipo dispuesto y listo: “Vámonos, muchachos”. Esa era la cola. “Vámonos rápido”. Llegó una visita y tal, y a divertirlos, y a tocarles y a bailarles, y el cantante y el trompetista y la cosa, y el cocinero a hacer unos pasteles y hacer tortas y hacer vainas.

El subdirector, que tenía mucho tiempo de subdirector y no había llegado a ser director, tomaba mucho aguardiente. Pero su aguardiente encapillado, siempre en su casa. Un día me mandó llamar y me dijo: “¿Qué le parece, el director se fue?”. Yo sabía que si me ponía a echarle paja al director, me echaba una vaina, y le dije: “¡Caramba!, señor Rondón, yo no tengo de qué quejarme del director que se fue, pues se portó conmigo excelentemente, como se ha portado todo el mundo. Yo aquí no tengo que quejarme de nadie. Yo vine, en realidad, a cumplir una condena y estoy más bien agradecido que se me haya prestado esa colaboración para mi reivindicación, para regenerarme”. Entonces la palabra que me dijo fue: “Alvarado, tú eres muy vivo, te felicito. Sigue en tu vaina, en tu cola, en tu eso. Sigue muy bien”. “No, no es vivo, señor Rondón”. “Está bien –me contestó–, y ahora tómate un güisqui, pon un joropo y baila”. “Como usted diga, señor Rondón”.

Estuvimos bebiendo hasta muy tarde.

## Una comisión y pal río

En El Dorado hay campo grande para la cuestión del débil. Una cantidad de hombres, natural, no obligados. Porque ahí no se obliga como se obliga en las cárceles. En las cárceles sí obligan a los hombres a las posesiones. Lo obligan a uno por medio de chuzos y puñaladas. Eso es corriente en La Modelo. En la Penitenciaría no, porque en la Penitenciaría el 90% de los hombres que están ahí son hombres que están pagando 20, 25 y 30 años por crimen y no importa pagar otro muerto.

Hombres que tú, en tu vida, tú los conociste normales. ¿Vas a creer que son maricos? Los encuentras pintados, con un paño en la cabeza y hablando como mujeres. Yo me decía: “¿Qué vaina es esta?”. Pues yo conocía a este. “¿Qué fue lo que pasó aquí?”. Uno dirá: “Bueno, será que se convirtió, o ya estaba, o no había tenido la oportunidad de hacerlo”. Eran los encargados de lavar y planchar. Lavado y plancha. Les lavaban a la Guardia Nacional y a la Guardia Civil.

Tú comprabas al guardia, le pasabas un billete, 20 o 30 bolívares. Tú los arreglabas con el guardia. El guardia venía un día y decía: “¡Ese Chivo Ronco, vámonos, tenemos una comisión!”. Y se lo llevaba. Se llevaba al marico. ¡Qué comisión ni que nada! Tú estabas por ahí, escondido en el río, esperando al marico. Llegaban el guardia y el marico. Entonces el guardia se hacía el loco. Y tú hacías tu trabajo. Para esos viajes siempre salían los mismos: Chivo Ronco, la Peón de Camión, que era un marico forzado, Cara e Mango, que tenía relaciones con el cura del penal. Cara e Mango era el monaguillo, el que decía “espíritu ‘tuo’ ” cuando se arrodillaba. Siempre eran los mismos. Una comisión y pal río.

## **La Marilú**

A las cinco de la tarde se iniciaba la hora de los romances, junto a la jaula, donde vivían unos doscientos maricos. El romance se hacía por los agujeros que quedaban libres entre palo y palo. Como cuarenta o cincuenta hombres pegados a los palos con los maricos pintados del otro lado. Caía la tarde y aquellos quejidos y las frasecitas de amor. “Y ven para acá, vida mía”. “¡Marical, me tienes olvidado”. “Ponme la cosa cerca, mi negro”. Recuerdo a la Marilú, un negro de facciones culisas, de culi, las perfecciones finas, uno de los maricos más finos y más codiciados. Todos querían vivir con la Marilú, la más fina de la jaula.

## El sicoanalista

Vino un sicoanalista, un tal Venturini, que era sicólogo oficial, pues lo mandó el Ministerio como muy bueno. Iba a hacerles sicoanálisis a los presos para aumentarle o rebajarle la pena. La vaina se trataba de unas rayitas. Lo ponían a uno a hacer una raya así. Había una raya así, y otra raya así, una rayita horizontal y una vertical. De repente, le tapaban los ojos a uno y uno quedaba ciego haciendo la cosa. Está bien, oías lo que te decían. Eran muchas pruebas que te hacían. La prueba de inteligencia, la prueba esquizofrénica, la prueba de criminalidad, etcétera. A mí me pusieron a ayudar al sicoanalista y me aprendí la vaina. El que se iba con la rayita para allá, tenía tendencia a matar, y el que se venía para acá, tendía a matarse él. Yo le decía al tipo: “Cuidado con vainas, no te vayas a ir para arriba, porque es que tú quieres matar gente. De aquí para abajo es mejor, pues es preferible que te mates tú a que vayas a matar a los demás”. Un día me dice Venturini, el sicólogo: “¿Eh, qué pasa con los tuyos? Tute le que tu examina, tute le pabajo”. Entonces le digo yo: “Será accidental, porque yo no le digo nada a los tipos”. “Sabe que ta prohibito –dice Venturini– decirle a ellos que se pongan así o así no”. Venturini contestaba: “Yo, yo no digo nada...”. Pues de ahí salieron tipos rematados con cinco años más. Cinco años más de pena por esa rayita. Otros tipos salieron en libertad y a los cinco días estaban otra vez presos en Ciudad Bolívar porque se habían robado una caja fuerte, o se habían guardado una cartera llena de billetes.



## **Nadie como el sargento Cabaña**

Después del desayuno hacíamos formación. Aparecía el sargento Cabaña. Muy conocido el sargento Cabaña en El Dorado. A bicho para tener velocidad. Tenía una velocidad tan grande que salía de la punta de allá, corría, corría a una velocidad tremenda que ya estaba del otro lado de la cola, y allí gritaba: “¡Mil trescientos!”. Y eso era así. Eso era así porque eso era así. Nos contaba uno a uno el sargento Cabañas después del desayuno. Entonces venía un receso. Murmullos, saludos, “qué hubo compadre”, “y tú aquí”, “tenía tiempo”, mientras nos preparábamos para cuando entrara la Guardia Nacional ya armada y tal, que es el momento de salir para el trabajo. “¡Grupos de cien hombres, Caporal!”. Le sonaban unos palos para calentarlo y después le daban la batuta para que calentara a los demás. “¡Vamos, formación!”. Era como quien va a la guerra. Se veía en la gente los rostros desencajados, aquella angustia, aquella carrera, aquella metedera de último en la cola a ver si uno se quedaba en el penal. “¡Vamos, vamos!”, y ese palo. Entraban los guardias civiles y las vergas de toro empetrolados. Entraban los guardias civiles repartiendo palos para hacer la formación. Y cien hombres, cien hombres, cien hombres. Unos iban para la tala, otros iban para el arroz. ¿El arroz? Al que se le quedaba un ramito de arroz en la mata tenía que comérselo. Esa era la ley. Otros iban para la caña. Todos con una carrera, todos a gran velocidad. Pero nadie como el sargento Cabaña. Nadie.

## **Voy a cortar flores para la Virgen**

Venía la noche. Nos encontrábamos y hablábamos y tal y qué sé yo. A veces uno se las arreglaba para salir fuera del penal. En vez de la conversadera yo buscaba salir fuera del penal. De ahí no salía nadie, pero yo me hice fuerte, de esos que tienen la facilidad de ir saliendo poquito a poquito fuera del penal con algún motivo. Y yo inventé mi motivo. Agarraba una Virgen del Carmen y me la ponía aquí, en el lado del corazón, y me iba a la puerta y decía: “Voy a cortar las flores para la Virgen”. Me abrían la puerta. Salía, cortaba mis flores, volvía a entrar con mi Virgen, le daba la vuelta a la cocina y regresaba con algún plátano frito en el bolsillo y un bisté en algún lado.

## La vaca loca

Había un preso que tenía una siembra de marihuana muy guillada por el lado del río. Un día comenzó a aparecer una vaca que se tiraba peos, y al que encontraba por delante se lo llevaba a trompazos. En el pueblo la gente se ponía mosca cuando veía a la vaca. “Allá viene la vaca loca”, decía alguno, y todo el mundo se trancaba en su casa. Hasta que apareció una comisión de Tumeremo, gente que sabía, enviada por la Sanidad. Vieron a la vaca tirándose peos y empujando a la gente y riéndose de toda vaina. Entonces preguntaron: “¿Qué pasa con esa vaca?”. “Que está loca”, le dijeron. Pero esa gente no creía en vacas locas. Sí, que está loca. La otra vez se metió en el botiquín Suba-Suba y tumbó unas botellas y se bebió el ron y cachó al botiquinero. La comisión no creyó en la vaca loca, y se puso a seguirla, y siguiéndola, llegaron hasta el río. Encontraron la siembra de marihuana toda comida por la vaca. Y se acabó la historia.

La vaca se puso toda seriecita.

## La horqueta

En El Dorado había una horqueta. La horqueta era una horqueta como una china gigante, una cosa como de treinta metros, bien pelada y pulida. Allí clavaban a los presos, en el centro del penal. Los hacían subir a palos. Naturalmente, para que no le pegaran a uno ahí abajo, la pata del palo, uno subía como un desesperado para arriba, como gato asustado. Uno llegaba a la horqueta y se horqueteaba, como montarse a caballo. Allí uno duraba dos o tres días, horqueteado. Si uno caía, se mataba. Se orinaba horqueteado, se defecaba horqueteado, se dormía horqueteado. Naturalmente, se hinchaban los pies, el culo, los testículos. Por más que uno conociera la horqueta y se acomodara a ella, era molesto.

Una vez llegó un cura, vestido con una sotana negra, en comisión, con dos o tres más. Enviados del Ministerio de Justicia. Comenzaron a pasar requisa por aquí y a hablar con los presos. Y los presos calladitos para evitar algún castigo por lengua larga. Mientras menos se hablara, mejor. Pero cuando llegó el cura al patio, se fijó en la horqueta, aquella cosa monstruosa en la mitad del patio. Y preguntó el cura en voz alta: “¿Qué es eso?, ¿qué aparato es este que está aquí?”. Nadie se atrevía a contestar. Y dice el cura: “¿Pero qué es lo que pasa?, ¿nadie me va a decir qué es eso?”. Entonces uno, siempre un expuesto a todo, le dijo: “Padre, esa es la horqueta”. “Bueno, ¿y qué es eso de la horqueta? – pregunta el cura–. ¿Para qué sirve esto?”. Y responde el tipo: “Eso sirve para castigarnos, padre. Ahí nos montan. Allá arriba nos horquetan”. “¿Pero cómo es eso de que los montan allá arriba?”, dice el cura. “Sí padre –le responde el tipo–, nos pegan y nos pegan hasta que, naturalmente, uno se monta arriba para evitar el palo, y ahí uno dura dos o tres días, sí, allá montado arriba”. “Ah, pero eso es bestial –grita el cura–, esto no es cristiano. Vamos a ver, usted, usted y usted –escogió unos cinco presos de los más

fuertes—... Vamos, agárrense ahí, y denle paquí y denle pacá, y denle pallí y denle pallá, hasta que se afloje, hay que tumbar eso”. Cuando estaban en ese movimiento y el cura dirigiendo, los cinco reclusos ordenados por el cura, para allá y para acá aflojando la horqueta de su base, que tenía más o menos como dos metros para abajo, que era muy fuerte, que ya estaba aflojando, el cura pidió más refuerzos: “¡Vamos, más reclusos, vengan, vengan!, ¡cinco, diez más, a aflojar esta horqueta!”. Cuando ya la estaban aflojando, el teniente de la Guardia Nacional, Payares, se acerca a la carrera, se le planta al cura y le dice: “Un momento, padre, esto no está dentro de sus funciones. Esto es una forma de castigo ordenado, porque usted no conoce a esta gente. Aquí hay que buscar un castigo fuerte para ellos y hemos encontrado la horqueta”. Entonces el padre le responde: “No, teniente, esta horqueta no funciona más”. Y el teniente le vuelve a repetir: “Padre, esto no está dentro de sus funciones. Usted es cura, y no puede meterse en lo que uno ordena aquí adentro en las funciones específicas de la Dirección y del Comando”. Entonces ¿qué pasó? El cura se ha arrancado, porque los botones saltaron, la sotana, y debajo de la sotana apareció un uniforme de mayor. Y le dice al teniente Payares: “Pues, entonces, usted está arrestado, mi teniente, usted está arrestado desde este mismo instante. Es el mayor Fulano de Tal que le habla y usted está arrestado”. Hubo un silencio enorme, hasta que los reclusos comenzaron a aplaudir, y vinieron los gritos y las vivas, y aquello parecía una manifestación o una fiesta de reclusos, y al cura lo alzaron, vestido de mayor y todo lo alzaron en hombros. Al teniente lo arrestaron.

## El parto

Cuando la española que estaba conmigo consiguió irse por medio del Ministerio de Justicia para una casita cerca de El Dorado, me trasladaron a las orillas del río Cuyuní. Me fui a vivir al lado de Porciano Figueredo. Y allí daba mis clasecitas de baile y mis actos culturales. La española salió en estado y la barriga comenzó a crecerle. Cuando llevaba unos seis meses, comencé a pensar en el doctor Planas, un doctor macabro, a quien le gustaba coger los cráneos de los presos y ponerlos así, en palitos. Recuerdo que a un preso le salieron unos papilomas por cuestiones homosexuales, le salieron unos papilomas en el ano. Y el doctor Planas agarró y calentó un bicho de esos que sirven para soldar canales, que hacían pshhh y salía humo, y después que estaba al rojo vivo, mandó a agarrar al tipo entre cuatro y se lo puso en el ano y le formó una tronera horrible, una llaga tremenda. El hombre no se murió, pero quedó defectuoso porque perdió el esfínter. Se hacía evacuaciones solo. Entonces yo, con aquel miedo, aquella cosa, yo dije: “No, nada, este hijo no lo va a partear el doctor Planas. Aprendiendo yo, me siento competente para atender este parto”. Pues con ciento veinte bolívares que le di a un individuo para que me comprara un libro de ginecología en Ciudad Bolívar, aprendí un montón de cosas sobre el parto: cómo venía el niño, si venía de piernas, si venía parado, si venía acostado, y tal y qué sé yo, cuándo se le metían los dedos en la boca, si el cordón umbilical estaba enrollado. Estudiar y estudiar. Tenía que hacerme de un equipo, de una tijerita, de las vendas, del algodón. Me mandé a hacer una batola, me puse un gorro, me busqué un tapabocas, unas botas, todo exacto. Con un pequeño muñeco que había en la casa practicaba mi cuestión.

Llegó el día del parto. Inmediatamente me puse en órbita. Cogí mis guantes y preparé todo mi equipo. Cuando venía el niño, que asomaba así, que hacía así, que iba a salir la cabeza y

que no salía, que se iba para adentro, que se venía para fuera, me desmayé. Entonces una india que estaba al lado mío, sucia, así como estaba, me sacó del cuarto, bajó las arepas que tenía en el fogón, se encargó del parto y lo hizo. A mí me puso una inyección de aceite alcanforado.

## ¡Noticias, noticias!

Pasé dos años en El Dorado, y muchos meses más. De repente: ¡Alfredo!, con sus corotos, que se va en libertad. Muy bien, salí en libertad. Me quedé unos días en el pueblo hasta que me largué a Ciudad Bolívar. A Ciudad Bolívar llegué con unas ansias tremendas de honradez. Salí con deseos de trabajar, de emprender el camino de la regeneración, como dicen muchos. Cierito, así es, dicen. Por el camino de la regeneración, vuelves al seno de la sociedad. Pero me di cuenta que esa era una teta sin leche.

Un chino me dio trabajo en una cosa que llamaban El Mirador, en el paseo del malecón, donde está el río y allí me jalé unos joropos hasta que salí para Caracas, y me presenté en *Últimas Noticias*, casa del señor Capriles. “¿Qué es lo que quieres tú?”, me preguntaron. “Bueno, que estoy cansado de aventurerismo y de esta cosa, que soy un hombre que quiero reintegrarme a la sociedad y quiero que ustedes me ayuden”. “¡Cómo no, chico!, siéntate. ¡Eh! Manuel, tómale un ‘closot’ a Alfredo”. Chac, chac, una, dos fotografías. “Tómalo aquí, dándome la mano”. Chac, chac. “Muy bien. Ahora vamos a las declaraciones. ¿En qué año naciste?”. “En 1922”. “¿Qué día?”. “Primero de mayo”. “¡Ah, naciste el día del trabajador!”. “Anjá, primero de mayo, día del trabajador, año de mil novecientos veintidós”. “Dime una cosa, ¿cuál es el día de mayor emoción en tu vida de choreo?”. “Bueno, pero yo no vengo a relatar choreos, yo vengo a que me ayuden, a buscar un trabajito, una cosa para bailar, yo soy artista, estoy saliendo del paquete”. “¡Ah, no vale, tú debes ir a la Asociación de Artistas, no aquí, este es un periódico, esta es la prensa, vale!”.

Me fui a la Asociación de Artistas, a la oficina de un señor Eduardo. “¡Chico –me dice–, vente el año que viene!”. “¡Cómo, si faltan nueve meses para el año que viene!”. “¡No, yo no puedo hacer nada, chico, tú sabes cómo son las cosas!...”. “Pero, me voy a morir de hambre si no bailo”. “Paciencia”, contesta. “Bueno



—le digo—, entonces me cierran las puertas... yo vengo a que me abran”. “No te preocupes, Alvarado, te vamos a ayudar, vete tranquilo, acuéstate tranquilo”. “¡Ah, sí, me acuesto tranquilo!, ¿y a qué hora vengo el año que viene?”.

La realidad fue que esa noche no dormí. En la mañana oí: “¡Noticias!”, salí como un loco para la calle. “¡Noticias, Noticias!”. El muchacho me vendió las *Noticias*. Y en última página leo: “Ladrón con lágrimas de cocodrilo”. ¡Qué vaina es esta, si yo!... “Hampón ampliamente conocido, Alfredo Alvarado, tristemente célebre... ¡Y qué tristemente! Dice que se quiere corregir. He aquí su récord: robó en mil novecientos tal, robó aquello en tal, y aquello en tal, se enredó en tal, esto, lo otro. Fue enviado a El Dorado. Salió y tal y qué sé yo”. Total que esa mañana salió la policía a buscarme. Me metieron nueve meses en El Obispo.

## Así es la vaina

Así es la vaina. Tú sales a regenerarte, y antes de probar bocado ya estás otra vez en la cárcel. Claro, te cansas de llevar palo de la Guardia Nacional, de apretar el culo para que no te cojan, de comer mierda en los penales, te cansas de toda esa vaina y quieres entrar, quieres entrar hasta a la iglesia, y te consigues con todo tipo de paquetes. Si pones, por ejemplo, una tarrayita, una venta de empanaditas y cocacolita y tal, te cae un policía: “¡Hola!, Picudo, ¿qué haces por aquí?, ¡coño!, ¡tan gordo!, ¿cómo están tus muchachos?..”. “Bien, chico, yo aquí, echándole pichón. ¿Y tú?”. “En la misma, tú sabes, en el cuerpo, porque uno tiene que vivir. Por cierto, tengo que hablar contigo dos palabras”. Te agarra por un brazo, te lleva para atrás del negocio y te dice: “Mira, sabes que hay unas redadas arrechísimas, la policía está que no masca, tipo que agarran indocumentado, va a parar al Dorado, tipo sospechoso, para El Dorado. Tú sabes cómo es la vaina. A mí me dieron orden de vigilar esta zona, y en esta zona hay muchos delincuentes. Por cierto, tú tienes antecedentes. Claro, yo te considero a ti, estás trabajando y echando palante”. “¡Claro, vale, yo estoy echándole bolas al trabajo, desde que salí, pues más nunca me he metido en un carajo, te lo juro!..”. “No, claro, yo sé, yo sé, eso no tienes que decírmelo a mí. ¿No lo voy a saber yo?, si te he estado controlando y te he visto aquí vendiendo tu vainita... pero tú sabes cómo es la vaina...”. Y el carajo te susurra: “Tengo una necesidad terrible. Pásame cien bolívares ahí, chico, tú sabes, necesidades que uno tiene. No vayas a creer que te estoy explotando, que es una coacción, no, no, es que estoy necesitando de verdad, y tú sabes lo que eso significa...”. ¿Qué haces? Le das los cien bolívares y se jodió el pago de las gaveras de cocacola y el maíz y el hielo y los cigarrillos. Y no para ahí la cosa, porque después te cae la jauría. Los policías se pasan el dato, hasta que no aguantas, dejas los corotos, quedas enredado con los acreedores, y a joder otra vez.

## **Negocio que les conviene a ellos**

Negocio que les conviene a ellos. Y si no choreas, sino que te metes en cuatro paredes, pues allí te van a buscar. Robaron en un banco, te van a buscar. Robaron en una sastrería, te van a buscar. Robaron en... te van a buscar. ¡Ladrones profesionales robaron en el Banco de Guatire! Cuáles ladrones profesionales, si fue el gerente que es apellido cuchi-cuchi, pero tienes que aparecer en el periódico. ¿Por qué? Porque estás fichado, y sencillamente es así.

Ellos me acumularon un total de nueve bancos robados. Pues en ninguno de esos bancos robé. Que si en el banco de La Victoria, que en el de La Guaira, que en el de Cagua, que si en tal... En ninguno de esos robé. Pero a los efectos del público, el Rey robó en el banco tal, el Rey robó en el banco cual, el Rey se llevó cincuenta mil del banco X.

Otras veces te enredan en un asesinato así nomás: ¡que si el Rey mató una vieja! A una señora de La Guaira la ahorcaron y le robaron trece mil bolívares. Salí retratado. Alfredo Alvarado mató una vieja en La Guaira...

El asesino de la vieja pagó después quince años en San Juan, pero el que salió en la prensa fui yo.

Así es la vaina. El que está fichado, está listo, está frito, está acabado.

De Maracay

## Cuento del corri corri

“Mi amor, me acabo de fugar”. “¡Ay Dios mío, me vas a matar! Déjame, no puedo vivir así”. “Ta bien, me voy”, ¡pram, pum, pum! Me fui para Maracay, violentamente. Y me di a vivir de la manera más común. Hasta me puse a buscar trabajo. Observé que todo el mundo usaba bicicleta y llevaba sombrero de cogollo. “¡Coño! –me dije–, tengo que ponerme al día: una bicicleta, una vaina, un sombrero”.

Una mañana, caminandito, caminandito, atento a todo, veo venir a un tipo con unos cuadros bajo el brazo izquierdo, mientras llevaba el volante de la *Rali* con la derecha. Cuadros con fotos a colores que los familiares pagan por cuotas. La gente quiere tener a su abuelito o su mujer o sus hijos guindando en una pared. Pues el portugués se ha bajado de la bicicleta y ha tocado en una puerta: “Aquí están sus cuadros, muy bonitos señora”. Yo lo oí mostrando los cuadros. “Pase adelante”. Mi gran oportunidad, salí directo a buscar mi bicicleta y punto. De seguro que sintió el movimiento porque lo oí gritar: “¡Epa!, ¡mi bicicleta!, ¡párate!”. No, hombre, que me voy a parar.

Ya con mi *Rali* me compré una viandita de aluminio. Le puse tenedor, cuchillo y cuchara. Hasta una tacita para el café. Me compré el sombrero de cogollo. Solo faltaban las alpargatas. Las conseguí en un descuido de un bodeguero. Con la indumentaria de trabajador me fui pal barrio San José, buscando. “¿Usté no sabe por aquí dónde alquilan una habitación?”. “Vaya queje la señora Luisa, puede ser que ella tenga alguna”. “¡Buenas tardes, doña Luisa!, ¿usted no tiene una...?”. “Sí, tengo una habitación aquí”. “Mire, señora, a mí me está pasando una cosa, tengo problemas con mi mujer, tuvimos un disgusto, y me quiero separar de ella, y a lo mejor no me separo, pero mientras tanto, mientras pasan los días, mientras pasa el zaperoco, usted, sabe, necesito una habitación”. “¡Cómo no, mijo! Yo tengo una piececita. Venga

para enseñársela. Veinte bolívares mensuales”. “Bueno, cómo no, le voy a pagar dos meses por adelantado. Cuarenta bolívares”. (Tengo que anotar una cosa: en medio de la búsqueda me metí en un botiquín y me encontré con un paltó mal puesto en una silla. Doscientos y pico de bolívares tenía junto con unas llavecitas y una carta que decía algo como: “De verdad que el más afortunado cupido mirándola con todo ardiente anhelo, envidiaría mucho nuestra dicha. Como es natural, deseo proceder con prontitud a fin de presentarla en el altar de la iglesia. Nuestras venas se queman en ardiente pasión”. Al que se le iban quemando las manos de la emoción cuando encontró los doscientos y pico de bolívares fue a mí). Total que alquilé la piececita y me metí ahí. Se presentó el primer problema: tenía que trabajar o hacer que tenía un trabajo. Levantarme a las siete de la mañana, ¡tamaño sacrificio! Porque la señora llegaba muy temprano, tum, tum... “¡Anjá!, ¿no va para la textilera?”. “Ah, sí, Doña, me estoy vistiendo. Ya salgo”. ¡Qué vaina, esta vieja, carajo!

Salía con mi bicicleta, ¡ras, ras, ras! Cogía para Las Delicias o para el Zoológico. A golpe de once y media regresaba. “¿Cómo estuvo el trabajo?”. “Bien, señora. Pero salgo muy cansado. Es un trabajo agotador”. “¿Y su señora?”. “No me hable de esa mujer”.

A las dos y media otra vez la misma vaina. ¡Maldito sea! Tener que salir a trabajar. Ras, ras, ras, con la bicicleta otra vez.

Un día me dije tengo que arreglar este problema. Me voy a Caracas. Tengo que averiguar qué pasa con mi mujer. Me llegué a casa de una tía: “¿Cómo está, tía?, ¿cómo está mi mujer?”. “¡Aaay!, la tienen secuestrada en el 23 de Enero. La policía no deja que suba ni baje nadie. Dentro del apartamento hay dos policías más. Al que llega, lo registran y le averiguan la vida. Y todo por culpa tuya”. “No se preocupe, tía, que yo resuelvo este problema”. Primer paso: conseguir un revólver. Me conseguí un revólver. Parecía un cañón. Me fui al 23 de Enero, llegué al bloque, subí las escaleras poquito a poco y, cuando me enfrenté a la puerta del

apartamento, le metí una patada, ¡pam, gam! Y entré revólver en mano: “¡Quieto todo el mundo!”. No había nadie. La mujer se estaba comiendo una gelatina y se le cayó de las manos, ¡ras! Y aquel reguero por el piso. “¡Ayyyy, mi madre!”. “No te asustes. ¿Dónde están?”. “En el apartamento de abajo viendo televisión. Ahí se la pasan”. “Entonces, vámonos –le dije–, arregla tus cosas”. ¡Ras, pam, pum, pam! Cogí un taxi y me la llevé pa Maracay.

Llegué a casa de la vieja. Me reconcilié con la mujer, señora, y me la traje. Ahora va a vivir conmigo. “¡Ay, qué bien, mijo! ¡Qué contenta estoy!”. Comenzaron a pasar los días. Yo seguí saliendo a las siete de la mañana para mi trabajo: pasear por Las Delicias o fastidiar a los monos del Zoológico. Una mañana, antes de salir, voy a hacer mi necesidad en el “escusao” y, cuando cierro la puertecita, veo un letrerito en la puerta que decía: “Te conocemos Rey del Joropo”. “¡Ay!, me jodí”. Me subí los pantalones y salí directo pa que la mujer: “Nos vamos, recoge toa la vaina porque nos vamos”. “¡Pero!”. “No hay pero, arregla tus vainas”. Y levantamos carpa otra vez.

(He de anotar que esa gente sabía quién era yo casi desde el mismo día que me alquilé la habitación. Me lo dijo mucho después un hijo de la señora. “Nosotros sabíamos que tú eras el Rey del Joropo, que te estaban persiguiendo. ¿Usted cree que con ese ñemeo por el periódico no íbamos a reconocerte? Pero tú eres un buen tipo, y nadie te iba a sapiá tan feo. Lo que pasa es que algún miedoso escribió esa vaina en el escusao pa amedrentarte”. Y de verdad que yo había sido muy chévere con esa gente: había una muchachita que no tenía zapatos, y le compré sus zapaticos; y al viejo, que tenía unas llagas, le compré sulfatiazol; y a la señora nunca, mientras estuve allí, le faltó su piazo e cochino y su lata de leche).

## ¡No, qué va!

Salí con la mujer y aquella barrigota, porque tenía siete meses en estado. Caminamos y caminamos la mujer, la bicicleta y yo, hasta que encontramos un rancho abandonado por el piñotal, donde las serpientes en la noche hacían ¡fuíii fuío! Silbaban las culebras. Había mapanares y cuaima piña que daba tristeza, y la mujer toa cagá. “No te preocupes mujer –le dije–, que pronto la vida va a cambiar”. En la mañana, muy temprano, salimos de aquella vaina. Del susto no podíamos cerrar los ojos, y como a las cuatro de la mañana empezamos a enrollar y nos fuimos los tres a caminar otra vez. No habíamos rodado una hora cuando la suerte abrió. Vemos un rancho con un papel en la puerta: “Se alquila”. Nos metimos en el rancho y, ¡pram, pram!, a acomodar las cosas, y a buscar cachivaches mal puestos para amoblar la casa. Al tercer día se apareció el dueño. Le dije: “¡Caramba!, lo estaba esperando, hermano, porque justamente me gustó la casita; hoy entré y casi estoy mudao. ¿Cuánto es el alquiler?”. “Son treinta bolívares”. “Muy bien, aquí tiene dos meses por adelantado”, y le puse tres verdes en la mano.

“Mujer –le dije a mi barrigona–, ahora a buscar plata y a buscar qué comer, porque los últimos centavitos se los llevé al casero”. “¡Ay!, Alfredo, ten cuidado, no cometas locuras, ponte a buscar trabajo”. “Pues a eso salgo” –le dije, y salí. Me monté en la bicicleta y comencé a rodar y rodar, a pensar en el paquete en que estaba metido con una mujer en estado y to limpio. De pronto, mis ojos ven a un tipo pegando un papel en una puerta. Frené la bicicleta. Me bajé y por curiosidad, porque uno está mosca y anda en eso, me acerqué a leer el letrero cuando el hombre se montó en una gandola de leche y se fue. Veo el letrero que dice: “Antonio, aspeta un momento. Ritorno presto. Io sono andante a manyare”. “¡Ah!, este se fue a comer. Antonio no está y él se fue”. Entonces



le di una patada a la puerta. Entré. Mucho olor a queso y un cajón debajo de una cama.

En el cajón había un poco de billetes, con los que comencé a llenar mis bolsillos hasta que se salían por todas partes. Cojo mi bicicleta y, ¡ram!, arranco, pero no había transcurrido como tres cuadas cuando veo venir a Antonio con una patota. Parece que me vieron doblar la esquina a toda carrera y se me pegaron atrás. “¡Agárralo!, ¡cógelo!, ¡ese es un ladrón!”. Venían como cincuenta detrás de mí.

Con los nervios me caí de la bicicleta. Pero me levanté y seguí corriendo hasta que me detuve frente a un patio de bolas. La gente que estaba jugando, al oír la gritadera, y verme corriendo, me bloqueó el paso. Todos tenían una bola en la mano, amenazándome. Total, que, cuando vine a ver, tenía una población encima. Se me ocurre entonces meterme las manos en los bolsillos y comenzar a sacar billetes. “¡Estos son los billetes del portugués! –gritaba agitando los billetes en el aire–. ¿Ustedes lo que quieren es billete?”. “¡Ladrón!, ¡choro!, ¡ladrón!”, me contestaban. Empecé a regar billetes parriba. Tenía como ocho mil y pico de bolívares. Todos los tiré pa que los cogieran. Pero sorpresa nadie se agachó a cogé billetes. Siguieron acosándome. Me sentí como Cristo y dije: “¡Cuidado con el que tire la primera bola!”. Hubo una vacilación. Seguí hablando: “Tú, negrito, qué pasa contigo, porque me vas a dar un bolazo. ¡No ves que ese es un portugués que viene a robá aquí y a explotarnos! Yo solo le he quitao unos billetes, billetes pa comé y darle de comé a mi mujé. Naturalmente que yo odio lo que hice, pero la necesidad”. En eso oigo: ¡brrrruuuuui... paapass! ¡La Policía Judicial!, que la habían llamado. ¡Pum, pam, pum!, me metieron en el carro. En la sede de la petejota empiezo a ver entrar viejas, viejos, muchachos, negros, blancos, chinos. “¡Mire! que recogí trescientos bolívares”. “Aquí traigo ochocientos”. “Y yo cuarenta”, gritó un muchachito por allá. Eran tiempos de Larrazábal. Esa vaina no se vuelve a repetir más nunca. ¡No, qué va! Nadie se cogió un centavo.

## La paliza de veneno

— ¿Quién eres?

— Yo soy Antonio Martínez.

— ¿De dónde eres tú?

— De aquí, de la Villa.

Pero llegó un tal Jesús María Labrador:

— ¡Noo, hombre! pero si este es el Rey del Joropo, solicitado en Caracas.

— ¡Dígame esta vaina!, por donde lo vinimos a agarrá.

— Pues llévenlo a la policía hasta mañana –dijo un oficial– y mañana se lo llevan pa Caracas a interrogarlo en la petejota.

Me sacaron de la petejota de Maracay pa la Policía de Maracay. Entre policías andaba. Y a buscar la manera de avisar a mi mujer que estaba toa preña. Le pregunto a uno de los presos:

— Coño, compañero, ¿cómo hago pa visarle a mi mujé que me cogieron preso y que la vaina se va a complicar?

— Por ahí anda –me dice– un policía de los de calabozo. Con él puedes mandá un papelito. Tú sabes, él es buena gente. Claro, tienes que darle un fuerte.

— ¡No joda!, si yo hubiera tenido un fuerte, no caigo preso.

— No te preocupes –me contesta–, tú le prometes que le vas a conseguir el fuertecito, y él te da la mano.

— ¡Okey!

Y me puse a escribí mi papelito pa cuando viniera el policía del caso: “Estoy preso, mi amor, y tal y qué sé yo, mala suerte, y esto y el otro, trata de hablá, pues, por ahí, a ver si alivias mi situación...” Llega un policía:

— ¿Qué estás escribiendo ahí?

Por supuesto que no era el policía bueno, porque tenía una cara de muy pocos amigos. Le contesto:

— Eso no es asunto suyo.

—¿Se puede saber qué estás escribiendo? —me pregunta con voz de arrecho.

—Tampoco es asunto tuyo.

— ¡Ajá!, conque eres arrechito. ¡Dame ese papel!

—Pues no se lo doy —y con la misma me lo metí en la boca y me lo tragué de un solo tirón. Al policía le dio una rabia fantástica. Le quitó la peinilla a otro policía, se subió los pantalones y me acomodó dos planazos: uno por el lomo y uno pu el pecho.

— ¡Cooño!

—Eso es pa que sigas siendo guapo. ¡Guapote, pendejo! —me gritó.

— ¡Cooño!, ¡Dios mío!

—Es pa que aprendas cómo se manda —y se marchó.

Después que se fue, digo:

—Yo me cago en el coño e su madre.

Y alguien que me oyó, me dice:

—Ese es Veneno. El azote de esta mierda. Nos cae a plan cuando le viene en gana, nos quita la comía, nos roba los dulces, nos pide rial, ese es la mierda aquí, chico.

Yo estaba con la sangre ardiendo. Dije:

—¿Cómo coño hago para jodé a este Veneno? Y me vino el chispazo, la lucecita. Pasó un rato y maduré la vaina. Llegó la hora de orinar. Hablé con la patota de presos:

— ¡Oigan! ¿Ustedes quieren quitarse el Veneno de encima?

— ¡Coño! ¿Cómo no vamos a querer? Si nos roba, nos quita los cigarrillos; por un mandao cobra tres bolívares.

—Bien, muy bien. Yo les voy a decir cómo se lo van a quitar, pero ustedes tienen que apoyarme. Ustedes van a decir que él me dio una paliza porque lo mandó la Policía Judicial pa interrogarme. Para los efectos, ustedes me van a dar una paliza en el baño, que yo me la aguanto. Y mañana, en los interrogatorios, ustedes me apoyan.

—¡Tamos de acuerdo! —dijeron.

Con la misma nos metimos en el baño. Me mordí un pañuelo y me crucé de brazos. ¡Dale, carajo!, ¡pum, pam, pam!, ¡duro, coño!, ¡pam, pam, pam! Me marcaron por todas partes: pecho, piernas, muslos, culo, espalda. Cuando cambiaron la guardia, tocó mi turno:

—¡Aaaaay, mi madre! ¡Aaaaay, maaaaaaciiiiita miiiiiaaaa!

Entró un policía:

—¿Qué le pasa?

—¡Aaaaaay, virgenciiiiita del cielo!, ¡fue el Veneno! Me iba matando. ¡Ay, Dios miiito!

—Te jodiste —me contestó— porque aquí no hay nadie, ni en la enfermería ni en ninguna parte. Tómate este cafenol. Acuéstate y trata de dormir.

—¿De qué lado? —le pregunté, pero no me oyó.

Estuve gritando un tiempo hasta que me callé y me tiré largo a largo en el suelo a esperar la mañana.

Al siguiente día:

—¡Alfredo Alvarado! ¡Traslado pa la Judicial!

—¡Aaay, si no puedo caminar!

—Ese es un paro del tipo —oí que dijo alguien.

Se acercó un petejota:

—A ver, ¿qué pasa? Levántate que vas pa la Judicial.

—¿Así cómo estoy? —y me quitó la camisa.

—¿Qué vaina es esa? ¡Si estás too morao!

—Claro, ¡y no me mandaron ustedes a pegá! Ustedes son unos salvajes.

—¿Nosotros? Tas equivocao. Desde que cayó el General cambiaron las cosas.

—¿Y esta paliza?

—Bueno, vamos pa la petejota, pa que conozcas tu caso.

Entre dos me montaron en el carro y entre dos me bajaron en la Judicial.

—¡Que llamen al jefe! —gritó un petejota—, para que vea esta berenjena.

Al ratico llegó el jefe:

—¿Qué es lo que pasa?

—Pues mire —le digo, y me quité la camisa.

—¡Coño, una paliza!

—Y doble —le agregué.

—¿Quién dio orden de pegarle?

—Aquí nadie ha dado orden pa que maltraten a ese hombre.

—Fue en la Policía —dijo otro.

—Por orden de ustedes —respondí yo.

—Ninguna orden de nosotros —contestó el jefe.

Aquí el único que ordena soy yo, y yo no he mandado a nadie darle palizas a nadie.

—Pues así dijo Veneno cuando me estaba interrogando en la Policía.

—¿Quién es ese Veneno?

—Un verdadero veneno —dijo alguien.

—Pa matá elefantes —dije yo.

—Traigan al médico forense —ordenó el jefe—, llamen a los presos, a los testigos, a todo el mundo.

Llegaron los presos, el médico forense y los periodistas.

Aquella vaina parecía un mitin de Larrazábal...

—¡Orden!, ¡orden! —gritó el jefe—. Habla tú —dijo a un preso.

—A ese hombre por poco no lo mata Veneno —dijo el preso.

—Sí, es cierto —dijo otro—. Veneno llegó con una peinilla diciendo: “Por orden de la Judicial, pa que cantes”. Y le dio el plan que da tristeza.

—¿Con qué le daba?

—¿Con qué va a ser? Con un machete.

—Pues que traigan el machete. Tú —le dijo a quien le cayó el dedo—, ve a buscar el machete y con él te traes al tal Veneno...

Trajeron el machete.

—Aquí está el machete.

Trajeron a Veneno.

—Aquí está Veneno.

—¿Usted conoce a este señor?

—¡Oras! Sí, lo conozco.

—¿Usted le pegó a este señor?

—Pa decirle la verdad, le di dos planazos.

—¿Dos planazos?

—Pues dos.

—Quítese la camisa –me dice el jefe.

Me la quité:

—¿Y a eso llama usted dos planazos? –dice el jefe a Veneno.

—¡Ah vaina! ¿Y quién lo puso como una pasa?

—¡Usted! –le dijo el jefe.

—¡Oras!, si apenas fueron dos planazos.

—Menos mal que fueron dos –dijo un periodista.

—Méтанlo en un calabozo pa que aprenda a mandar –gritó el jefe.

Total que aquel peo salió en las noticias: “Veneno por poco mata a Alfredo Alvarado. A una pregunta del periodista, respondió: ‘Apenas le di dos planazos’ ”. Yo también salí: salí retratado en la prensa, enseñando los moretones, y salí en libertad aquel mismo día porque, con el lío y la corredera y la preguntadera, se olvidaron del Rey del Joropo.

## El robo de la ganadera

Sucede un robo en Maracay: treinta y cinco mil bolívares en la ganadera. Pero, la cosa más extraña, habían abierto la caja fuerte, no había violación de puertas, de nada. Cuando el cajero llegó por la mañana, abrió la caja fuerte: faltaban treinta y cinco mil bolívares. Hicieron presos a los carniceros, a los repartidores de la carne, a los camioneros. Llevaron para la Policía como a sesenta personas. Nada, desconcertados totalmente.

El segundo jefe de la Judicial me tenía cierta confianza y cierta estimación. En una de esas que me visitó en el calabozo, le dije: “Quiero hablar contigo. Esta gente que tienes aquí, llevan más de quince días. ¿Por qué no descubres esa vaina?”. “¡Coño!, ¡porque estamos desconcertados!”. Le digo: “¡Yo te saco ese trabajo para que esta gente se vaya en libertad!”. “¿Tú crees que sacas esa vaina, Alvarado?”. Le digo: “¡Tú sabes la experiencia que tengo yo! Te saco ese trabajo. ¡Eso sí!, tú me das todas las opciones”. “Pero no te vayas a ir, ¡vale!”. “¡No, hombre!, no me voy a ir”. “Te consigo la libertad si me sacas ese caso”. “¡Okey!”.

“El cajero tiene en la compañía más de veintisiete años. Es un hombre que ha manejado cientos y miles y miles y millones de bolívares que han pasado por sus manos. Gana más de cinco mil bolívares mensuales y porcentaje. Tiene un sueldo fabuloso, acciones en la compañía, en fin, no se puede sospechar del tipo. Aunque fuese, no se puede sospechar. ¡Dejémonos de vaina! Esto no se abre”. “¡Ábrete sésamo! Aquí no hay fantasía. Esa vaina la abrieron por combinación, ¿de acuerdo?”. “Estamos de acuerdo contigo, pero no sabemos quién la ha abierto ni hay pistas”. “Vamos a hacer una cosa: que me den entrada en las oficinas de la compañía como un empleado cualquiera. Me ponen en un departamento de archivo a llevar carpetas, a llevar folios y memos”.

Comienzo a fijarme en el personal. Me fijo en un muchacho que por allá estaba escribiendo a máquina, con una cara de pendejo, y voy viendo y tal, pero quién más me llama la atención es una muchacha secretaria del jefe principal, del chivo más gordo de la ganadera. Una muchacha con unos dieciocho años. Un monumento de mujer, una exótica, con unas piernotas, unas tetotas, un culote. ¡En fin!, un mujerón, ¡vivísima! Me fijé mucho en ella porque empezó a interrogarme: “¿Quién lo mandó a usted para esta oficina?, ¿tiene mucho tiempo trabajando?, ¿en qué escuela estudió?”. Y una sonrisa y una vaina. ¡Coño!, esta mujer es bien viva. Vi que el cajero con ella era una mantequilla. Cada vez que se acercaba: “¿Cómo estás?, ¿cómo te ha ido?”. ¡Ay!, se partía todo; y la mujer, coqueta, provocativa, sin sostén para que le cogiera un picón de teta. Dije yo: “Aquí hay algo extraño. Por aquí hay un pescado que está picando”. Me dediqué a seguirla. Un carro llegó por allá “guillao”. ¡Chum!, se montó rápidamente en el carro, ¡chas!, ¡chas!, y se fue. No tuve tiempo de arrancar detrás. Me puse a la cacería. Le dije a otro tipo: “Necesito que cuando venga un carro rojo y azul, me le cojas la placa”. Efectivamente, llegó el carro y el tipo disimuladamente le cogió la placa y cogió todas las señas. Una tarde esperé con otro carro, ¡pam!, ¡pam!, y los seguí, ¡pram!, entraron en una pensión. ¡Un singadero!, él y la mujer. Todo bien. Ahora a seguir solo a la mujer. Le sigo y la voy siguiendo y, ¡pram!, entra a su casa. Averiguo a los que vivían allí y los visitantes. Observo. Veo que visitaba la casa un tipo con antecedentes penales y lo abordo de frente y le digo: “¿Qué hubo fulano?, ¿cómo estás?”. “¡Hola!, ¿qué tal Alvarado?”. “¿Qué haces por aquí?”. “Bueno, tú sabes, esta muchacha es prima hermana mía y tal y qué sé yo...”. Por otro lado, pregunto a unos muchachitos, y no es prima hermana de él ¡nada!, sino un tipo que concurre a la casa. ¡Ah!, el muy vivo. ¡Coño!, aquí hay gato encerrado.



La mujer, ¡ram!, sale con el hombre del carro rojo y azul. Van a una especie de laguna donde hay un bailadero. Me consigo a un tipo que está allí, que saca fotografías nocturnas a los clientes y tal en el cabaré y le digo: “¿Cuánto cobras tú por la foto?”. “Yo cobro cuatro fuertes”. Le dije: “Te voy a dar cuarenta si a ese señor que está ahí, con esa mujer, me lo retratas y, ¡chaqui!, me le sacas una por aquí y, ¡chaqui!, me le sacas otra bailando”. “¡Okey!”, ¡pum!, ¡pum!, me sacó dos fotos del tipo, me las dio, ¡ran!, y me las llevé.

Comienzo a armar mi rompecabezas. Resulta que el tipo que va a bailar con la mujer y el tipo que va a singar con la mujer es el jefe de la Policía Técnica Judicial.

Vamos a ver qué hay detrás de todo esto. Voy siguiéndole la pista al delincuente y por allá le digo: “Mira, chico, tengo que hablar contigo. Aquí hay una vaina que es la siguiente: estás pillao. Quiero advertirte para que te vayas pal carajo, bien lejos, porque la vaina está jodida para ti por el robo que hubo en la ganadera. Ya la Judicial sabe que tú estás mezclado”. “¿Cómo va a ser?”. “Como es. En realidad, todavía no hay orden de detención, pero en cualquier momento te va a llegar y te van a joder. Lo mejor es que te desaparezcas”. “¡Coño!, ¡qué bolas!”. Se deschava y me dice: “Yo no he disfrutado casi nada de esa güevonada. A mí lo que me dieron fue mil bolívares. El que se cogió esa vaina fue el director de la Judicial, que la mandó a ella”. “Bueno –le digo–, cuéntame todo para ver si te saco del paquete”. El muchacho se me declara y me dice fijate cómo fue: “Ella empezó a tetiá, a culiá y a dale jamón y jamón y jamón y jamón al cajero. Cada vez que se le acercaba, le cogía un número de la combinación, hasta que por fin le cogió toda la combinación. Después mandó hacer duplicado de llaves primera puerta, segunda y tercera puerta. Con todas las llaves y la combinación, el robo era factible. Pero se equivocaron porque había un dinero grande, más de trescientos mil bolívares en caja. Cuando dieron el coñazo, lo que dieron fue un coñazo con treinta y cinco mil bolívares. Nada más. A mí me dieron

mil bolívares y el director de la Judicial se quedó con lo demás. La muchacha había servido de peine”. “¡Okey!, ahora piérdete”. ¡Plas!, se desapareció. Menudo lío. Fue una vaina del otro mundo cuando le digo al segundo jefe de la Judicial. “¡Ya tengo la vaina!”. “¿Cómo va a ser? ¿Cuándo podemos detener al ladrón?”. Y le digo: “¡Cuando tú quieras!”. “¿Dónde está?”. “Aquí en la oficina”. “¿Cómo va a ser esa vaina?”. “Como lo vas a oír: el director de aquí, de esta mierda”. “¡¡Coño!!”. Se cayó pa trás. “¡No me digas esa vaina!, ¡imposible!”. “No es ningún imposible. Tu director, tu jefe, es el ladrón de esta vaina. Aquí lo tienes retratado con la mujer, bailando. Aquí lo tienes sentado dándose un besito en la mesa. Tenemos el burdel donde van a tirar y tenemos la declaración de la muchacha cuando tú quieras. La muchacha va a declarar. La hacemos presa, la medio presionamos y declara”. “¿Cómo se hizo el choreo?, ¿no nos iremos a equivocar? Mira que nos metemos en un paquete”. “Seguro y clavo que esa vaina es así”. Inmediatamente, ¡pram!, apresan a la muchacha rápidamente para que no tenga tiempo de pataleo, ¡ram!, ¡ram!, ¡cham!, ¡cham!; no la llevan para la Judicial, sino que la meten por allá en una casa. ¡Chas!, le caemos encima. “¡Usted está pillada! El jefe de la Judicial ya está preso en Caracas. Confesó, pero le está echando la mierda a usted. Él dice que usted fue”. “¡Yo no fui!, él me mandó, me dijo que tal y qué sé yo”. ¡Ram!, ¡pim!, ¡pum!, ¡pam!, la mujer echa al hombre al agua y el robo se puso clarito, pero como era el jefe de la Policía Judicial no lo podíamos hacer preso. “¿Cómo vamos hacer preso al jefe?”. “Pasa el caso a Caracas”.

A la muchacha no se pudo sostener presa porque era menor de edad. Al soltarla le contó a su hombre y este me manda a buscar y me dice: “¿Quién carajo lo mandó a usted a meterse en mi vida?”. Le digo: “Yo no me estoy metiendo en su vida. A mí me ordenaron un trabajo y yo lo estoy sacando”. “¡No sea pendejo, hombre!, ¡con qué bolas me va a acusar usted a mí!”. El hombre se casó con la mujer. ¡Inmediatamente!, se casó con ella para que no

pudiera declarar en contra de él. El hombre era abogado, conocía la ley, la vaina. El mejor ladrón es abogado. Sabe lo que está haciendo. Se casó con ella de modo que no hubiera testimonio.

¡Plas, plas, plas, plas!, cuando me mandan a llamar a Caracas tengo que presentarme ante un señor Plaza Márquez. Me dice: “¿Cómo fue la vaina?”. Le cuento. “¡Anjá!, páselo por escrito”. ¡Ram, ram, ram, ram!, abro mi maletín. “Aquí está mi informe. Tome usted”. “¡Anjá!”. Lee, ¡ram, ram! “¿Y las pruebas?”. “No hay pruebas”. “¿Entonces no hay pruebas?”. “No hay”. Plaza Márquez miró a un petejota y levantó los ojos con cabeza y todo. Me tomaron de un brazo y regresamos a Maracay.

A mí me metieron en el mismo calabozo.

## La huelga de hambre

Habían formado una huelga en la cárcel de Maracay. Yo quedé encargado de hacer los panfletos: “Huelga de hambre. Exigimos pronta solución de los casos de nosotros aquí. ¿Qué vaina es esta? La comida es muy mala, es una mierda, aquí lo que dan son cochochos sancochaos y gorgojos. Firmamos nosotros los presos del comité”. No era política la huelga. Era una vaina de delincuentes. Entonces pegamos esa vaina en las paredes y empezamos. “¡Nadie come carajo en esta vaina!, ¡llévense su mierda!”, ¡ram!, y le dábamos una patada a la perola de cochochos, pero antes guardábamos una llena de frijoles. Cuando no veíamos a nadie, nos hartábamos. Había un italiano que venía y nos decía: “Siñore estao dos días sin comere...”. “¡Calle carajo!, ¿a usted no le da pena?, sinvergüenza el carajo, ¿no nos está viendo a nosotros que no nos hemos desmayado ni nada? ¿No nos ve en pie? Fíjese cómo estamos fresquecitos”. (Cómo no íbamos a estar bien, si todos los días comíamos guillao).

Una tarde vino a visitarme la mujer mía con aquel barrigón, pero no la dejaron entrar. “¡No hay visita! ¡Esos sinvergüenzas están en huelga de hambre! –dijo el jefe de la Policía–. Su esposo es uno de los primeros. Hizo unos panfletos y que si huelga, que si mejor comida. Ese es un sinvergüenza. ¡Váyase de aquí!”. Yo que estaba viendo y oyendo por la reja, le grité: “¡Anda, vete, no le hagas caso!, y vienes después, cuando se termine esta cuestión”.

Esa noche vino el jefe de la Policía, y entró a los calabozos. “Déjense de eso, muchachos, coman mañana, y ustedes van a ver cómo se les va arreglar la cosa”. Yo, como estaba espinao con la vaina que le había hecho a la mujer, me paré y le dije: “Mire, usted le dijo a la mujer esta mañana que se fuera”. “¿Y cómo iba a darle visita, si usted es uno de los primeros sinvergüenzas?”. Le escupí la cara, ¡chjuus!... “¡Sinvergüenza es usted!, ¡Una mierda!, ¡una mierda!, ¿entiende?”. El tipo se manotió. “¡Saca tu revólver

y mávalo a uno!”. Se limpió la saliva de la cara. Salió. Llamó por el teléfono al hijo de él, que era teniente y en ese momento estaba de guardia, patrullando las calles de Maracay con la Policía Militar llegaron. Dos camionetas llenas. Y bombardearon la Policía con gas lacrimógeno, y aquel zaperoco y to el mundo metió en el agua con cobijas y tal. ¡Pam!, entraron con las máscaras, me agarraron por el pelo, me jalaron y cuando me sacaron, yo tenía una rueda formada de policías cascos blancos, botas blancas, rolitos de goma y bayonetas. “¡Ahí ta!, ¡dénle a ese carajo!”. Cerraron el círculo y empezaron a dame a dame a dame a dame a dame. Uno con las botas me dio una tremenda patada, como un gol de Pelé. Me reventó los testículos. Caí como un plátano en el suelo, de ahí me llevaron pa'entro. No sentí más nada. Al siguiente día estaba con los testículos completamente inflamados, parecían unos cocos, y empezaba a oriná la sangre, pero por toneladas. Me habían reventao los conductos diferentes, todos los bichos ahí. Se me volvió un zaperoco aquello. Me escachaparon. Los presos me daban seconal pa que no sintiera los dolores. Fue la única vez que tomé seconal en mi vida... No me llevaron ni al hospital ni a ninguna parte. Ahí me dejaron, me dejaron ahí pa que me curara por la Naturaleza y si no, que me muriera, y ahí me curé.

## **Salí a tomarme un café**

Estando ahí, empiezo a planiá una fuga. Veo que había una claraboya altísima y que era factible salir a la azotea por esa claraboya porque había un hueco bastante grande. Me digo: “La única forma de llegar allá arriba es juntando dos bancos de la visita, que eran grandíísimos, se amarran esos dos bancos y esos dos bancos se paran y entonces se puede montar uno parriba”. Así lo hice, ayudado por una patota e presos, moniamos y salimos dos a la azotea. Yo llevaba tres sábanas envueltas, amarradas por si acaso había que descolgar; pero arriba, en la azotea, estaba la policía haciendo guardia. Tuvimos que rampiar tipo guerra con los codos y burlar la policía asentándonos muy en silencio, muy tranquilos por la azotea. Llegamos a un sitio donde había gran vacío que daba a un patiecito. Ese patiecito, daba a un Banco. Por ahí nos descolgamos y salimos por una ventana. Corriendo fui que’se mi mujer. Cuando llegué, mi mujer me vio. “¿Qué?”. “Me fugué”. “¡Ay!”. Al decirle que me fugué, se cayó patas arriba. “¡Ay, Dios mío, otra vez!”. “¿Y qué te pasa?”. “¡Ay no!, me voy a morir. ¡Voy a abortar!”. Yo, como la quería y la quiero tanto, le dije: “Bueno, bueno, ¿qué es lo que tú quieres entonces?”. “Es preferible que estés allá, que yo sé dónde estás, en cambio por ahí no sé si te han matao y yo estoy sufriendo mucho”. Le dije: “Está bien, me voy a entregar, no te preocupes”. “¿De verdad que te vas a entregar?”. “Sí, hija, no te preocupes”. Entonces fui casa del preso fugao y le dije: “Anda, vete tú, que yo me voy a entregá”. “¿Qué, quééé? ¡No joda, tú estás loco, vale!, ¿cómo te vas a entregá?”. Le dije: “¡Ah, vaina!, vete, son problemas familiares, tú no entiendes esa vaina”. Él se fue pal carajo. Entonces yo, por mis propios pasos, me fui caminando. ¡Cham, cham! Me había fugao más o menos como a las siete y media. Y eran las nueve y media de la noche. Ya habían cerrado las puertas de la policía y toqué, ¡toc, toc, toc! Abrieron un huequito y me salió la cara de

un policía. “¿Qué desea?”. “Que me abran la puerta, que voy para dentro”. “¿Cómo que va para dentro?”. Le dije: “Sí, vale, ábreme la vaina esa, que voy a entrar pa dentro”. “¿Pero usted viene de dónde?”. Le digo: “¡Caramba, chico, abre!”. Llamó: “¡Sargento!”. Al abrir la puerta: “¡Pero si es Alvarado!, ¿qué haces tú afuera?”. “Salí un momentico a tomarme un cafecito”. “¡Qué bolas tienes!, ¡pásalo paentro!”, ¡pas, pim, pum, pam! Me metieron pa un calabozo, ¡pito!, formación. “¿Cuántos más se fueron?, ¡falta otro!, ¿y dónde está el otro?”. “Yo no sé de nadie más. Salí por la puerta a tomarme un café y regresé a dormir. Eso es todo, y punto”.

## La guerra e mierda

Me tenían en calzoncillo metío en un calabozo, me pusieron un fusil con un hombre sentao ahí, ni agua me daban, yo dije: “¡Coño!, pero ¿qué hubo?, ¡coño!, ¿me van a matar?”. Esta vaina se va a acabar, empecé a inventar. “¿Cómo me quito yo este paquete de encima?”, me fijé que por las mañanas no había agua en los escusao; como a las tres de la tarde traían las mangueras, grandes mangueras con camiones y echaban manguerazos de agua y lavaban los escusao, pero mientras tanto los doscientos y pico e presos cagaban toda esa mañana y la mierda se amontonaba hasta que se derramaban los escusao de mierda; cogí una cobija cuando me sacaron a oriná, la única cobija que tenía que me habían pasao en la caleta, que tenía que esconderla pa que no la viera el policía, la saqué y, ¡raam!, empecé a cogé mierda de los escusao y a echá en esa cobija mierda, mierda, mierda, mierda, mierda, llené ese poco e mierda y pasé por el otro escusao y volví a cargá mierda, mierda, mierda; cuando llegó el momento en que no podía con la mierda porque la cobija no la podía ni jalá, porque tenía como cuarenta kilos de mierda, agarré dos plastas y le dije al policía esta vaina: “Se acabó; tú eres el que me está custodiando; tú eres el primero que vas a agarrá”, ¡pataplam!, y le atesté aquella plasta e mierda por el pecho. El policía salió corriendo en un alarido; le dije a los presos: “¡Ustedes también, carajo, van a cogé mierda!”, ¡vaan!, mierda por toas partes; se asomaron unos policías con intenciones de agarrarme y me empecé a llenar de mierda, me llené las patas, me llené el pecho, me llené la cabeza e mierda, el que se me meta coge mierda y dije: “¡Bueno, ahora a la guerra e mierda!”. Llegó un sargento y se asomó y ¡plaaasta e mierda!, con él entonces to el mundo se encerró y huuuumnn... Un sargento que lo llamaban Bigotes dijo: “¡Ah, no!, Alvarado es amigo mío, ¡vengo a hablar contigo!”, “¡Plaaasta e mierda contigo también carajo!”. Se formó un zaperoco, se subieron los policías a la azotea, comenzaron a



bombardearme con bombas de gas lacrimógeno, ¡bluum, bluum y bluum!, bomba que cogía, bomba que sacaba, perseguía las bombas y las tiraba parriba; aquello era un mierdero horrible y nadie se atrevía a agarrarme porque parece que la gente le tiene mucho miedo a la mierda.

Fueron a buscar a mi mujer y la trajeron, me abrieron la puerta y se asomó mi mujer con una bandera blanca. “¡Alto a la mierda!, ¡mi amor!, ¿qué es eso?”. Le dije: “Bueno, bueno. ¿Qué va a ser?, ¡esta gente me tiene obstinao, me tienen tres días trancao, no me dejan verte no me dejan na!”. “¡Ay, mi vida!, ¿cómo estás lleno e mierda por toas partes?, ¡qué horror!”: Le digo: “Es la única forma de que esta gente entienda, yo cambio plomo por mierda, esto se acabó”. “Deja la mierda, mi amor, que todo se va a componer. Me lo prometieron”. “Bueno, miya, está bien, abandono la mierda”.

En la cobija quedaron como treinta kilos de armamento de mierda y me fui a bañar. ¡Carás!, estuve hediondo como treinta días y no se me quitaba.

## **Favor con favor se paga...**

Me tenían en una celda con puerta de vidrio transparente que permitía ver de afuera hacia dentro o viceversa. Allí y en otras ocho celdas con máquina de escribir y escritorio. En el pasillo había un guardia permanente que, además, atendía a los presos de las celdas. Me fijé que había una escalera hacia el costado derecho, que hacía una ele, pero no terminaba en ninguna parte porque la habían clausurado con unas tablas clavadas. Me dije: “Por aquí hay un futuro escape”. Mandé a buscar dos pantalones negros exactamente iguales, dos pares de zapatos negros, dos suéteres azules. Los trajo mi mujer con cierto recelo. Rellené el pantalón con una cobija y le di forma de un ser, le metí a las medias papel periódico, hice el tobillo, hice la canilla, hice los pies, los metí en los zapatos. Construí un muñeco. El cuerpo en posición de dormir, acurrucado. La cabeza la tapé con un paño. A las nueve y media de la noche me paré frente a la puerta de cristal y toqué varias veces, tac, tac, tac. “¡Anjá!, por favor, ábreme, que voy a orinar”. El guardia me abrió. Salí para el urinario. Por fortuna que daba en el pasillo. Pero no entré al urinario, sino que me quedé a la expectativa de lo que hacía el guardia. Vi que el guardia se movió hacia la izquierda. Metí velocidad, abrí una puerta de las celdas y me acurrugué debajo de un escritorio. El guardia esperó que orinara unos tres minutos. Como no salía del urinario, fue a verme. ¡Mayor sorpresa!, no estaba en el urinario y salió corriendo para la celda. Me vio durmiendo, con el paño en la cara y tomó el cuidado de trancar la puerta. Salí de abajo del escritorio, cogí una máquina de escribir y le arranqué unos pasadores y con ellos me fui por las escaleras, llegué a la puerta y comencé a despegar las tablas. Desde las diez de la noche hasta las tres de la mañana estuve sacando clavos, poco a poco, sin hacer ruido. Por fin, abrí la puerta: me encontré con oficinas y un corredor. Asomé la cabeza por un cuadrado de vidrios y vi a dos petejotas con dos

ametralladoras a la mano. Me agaché y en puntillas me metí en un salón de clases. Por la ventana tomé el techo y comencé a ramplar hasta aflojarme por un canal y caer en el patio de un hotel. Atravesé el patio, un pasillo, una sala, di las buenas noches a un muchacho que asomó la cabeza desde un diván, y salí a la calle.

Al siguiente día, el tipo ese que era yo no se levantaba. El guardia abrió la puerta: “¡Mira, chico!, ¿no te vas a lavar la cara? Ya todos los presos hicieron sus necesidades y tú ahí durmiendo como si tuvieras vacaciones”. El muñeco no se movió. El guardia se acercó: “¡Mira!...”. Se cayó una pata. “¡Coño!, ¡qué vaina es esta!”. Se puso blanco, pero recogió la pata y la volvió a colocar en su sitio, con mucho cuidado. Salió y se hizo el pendejo. Al rato, cambió la guardia. El nuevo guardia empezó a revisar las oficinas y, ¡sorpresa!, ve a un tipo durmiendo. Abrió la puerta: “¡Flojo, despiértate!”, y al agarrar una pierna se le desbarató el muñeco. “¡Caráss!, ¡qué es esto!”. Movilizó a los petejotas de guardia. Corre pacá y corre pallá. Al muñeco lo retrataron. Fotos por aquí, fotos, fotos de este lado, fotos del otro. Al guardia lo botaron.

A la semana de la fuga, paseando por La Pastora, se me ocurre preguntar la hora a un tipo que conversaba con una muchacha: “¿Qué horas tienes, mi vale?”. “Las seis”, me dice. “Gracias”. “¡Coño!, valecito, si eres tú –me dice el hombre–, qué vaina me echaste”. Yo me asusté. “Te fugaste de Maracay, y a mí me echaron el ganso, me botaron. Yo soy Sevillano, el que estaba de guardia la noche de tu fuga. Las bolas me subían y me bajaban”. “Perdona, chico”, le dije. “No te preocupes, vale, ya no estoy en esa vaina, por mí puedes tener tranquilidad. Te voy a dar mi dirección. Yo vivo aquí, en La Pastora, y este es el número de mi teléfono”. No oía casi, pensando cómo echar la carrera. El tipo me tomó por un brazo: “¡Coño!, ayúdame, chico, estoy pelando, me botaron, y me quedé mamando”. “No te preocupes, viejo, no te preocupes –le dije–, yo te llamo, favor con favor se paga”. Y me perdí de La Pastora.

# De Penitenciaría

## Mal espectador

Uno entra primero al cristianismo. Después, si alguien te convence, te haces evangelista. A los meses pasas al espiritismo. Siempre el más allá. A mí me hicieron creer. Un día me dijeron que yo había sido Salomón. Y lo creí. Me dijeron que mi mujer había sido la Virgen de Chiquinquirá. También lo creí. Ahora eres ladrón, me dijeron, porque fuiste Salomón y estás pagando en este mundo las vainas que echó el otro.

Un día fui espectador de una comunicación. Un preso rosacruz se puso un paño negro en la cabeza, prendió unas velas y se arrodilló frente a un espejo: “¡Hola, mi amor!, ¿cómo estás?”. “Bien, mijo. ¿Y tú cómo estás?”. “Sin ti, muy solo”. El espejo era micrófono y parlante. “¡Coño!, ¿quién está aquí?, ¿quién interfiere?”. Era yo. Me mandó a salir de la celda. “Pajeaste la vaina”, me gritó.

## El Cristocosmos

Yo también inventé mi vaina. Como todo el mundo estaba en la medianería y el espiritismo y el más allá, inventé El Cristocosmos: una ruleta con unos signos. Yo leía el signo donde cayera la pelotica: sufres un gran dolor síquico, tienes la mujer enferma, pronto harás un viaje, tu mujer va a tener un hijo, en este momento ella está cocinando –eran las siete de la noche–. Una pila e mentiras. De tantas vainas que uno dice, pega algunas. Con El Cristocosmos, me ganaba mis cigarrillos, mis empanadas y mi cafecito. Paraba cuatro y cinco bolívares diarios.

Un día se murió el árabe. ¡Se murió Mahomé, le dio un golpe extraño! El Marinero y el Gordo me comentaron la muerte de Mahomé. “Tienes que llamar a Mahomé –me dijo el Gordo–, a ver si nos dice dónde enterró la plata”. “¿Pero cómo voy a comunicarme?”. “¡Coño, y tú no tienes El Cristocosmos!, o es que esa vaina es mentira”. Me picaron el amor propio. “Está bien, vamos a comunicarnos con Mahomé”. Fuimos a mi calabozo y nos sentamos en unas almohadas y unos banquitos, alrededor del Cristocosmos. “Bueno, okey, llámalo”. “¡Coño, deja el apuro!” Empecé a darle vueltas al Cristocosmos, con sus jeroglíficos y sus pajaritos que había copiado de una revista. La ruleta daba vueltas y vueltas. Se paró. La pelotica cayó en un signo. “¡Oh, Mahomé!, hazte presente en este mundo desde las tinieblas en que vivís, danos tus manifestaciones”. No había acabado de decir manifiesta... cuando comenzaron a caerse unos libros y sonó un perolero y chirriaron las rejas. El Gordo se comió la puerta. Yo salí detrás de él. El Marinero quedó allí privado, con la ruleta en el pecho dando vueltas. Esa noche dormí en el patio con un colchón, preguntándome qué había pasado.

## El servicio sexual

“¡Mañana va a singá Ramón! Ahí ta, en la lista, le toca el número nueve”. “Pero Ramón no quiere singá, anda con problemas y no le da la gana de singá, o prefiere dos fuertes”. “Te vendo el puesto: ¡dame dos fuertes! Tómalos”. Al día siguiente, cuando llaman a Ramón, pasa Pedro, pues le compró el puesto por dos fuertes. Ese es el servicio sexual en la cárcel. Con la clasificación del caso: el martes para los casados, el miércoles para los concubinos, el jueves para las putas. El jueves es un bochinche y una gritadera: “¡Llegó la Cara e Diablo!, ¡la Pata e Palo!, ¡la Sin Diente!, ¡la Pulga!, ¡la Rata!, ¿cuántos tienes en la lista?”, pregunta un Guardia Nacional. Responde otro: “¡Siete! Solo vinieron cinco”. Llaman a los cinco: Antonio Pérez, Juan Bustamante, Lorenzo Pérez, Estanislao Alfonso, Rodrigo Fuentes. Cada una de las mujeres, mientras tanto, recibe un papelito con el nombre del que le toca. Llegan los singadores. “¿Quién es Antonio Pérez?”, pregunta la rata. Antonio ve a la mujer: gordiflona, dientes picaos, con un orzuelo como limón podrío. Y no sabe qué hacer: acostarse con la mujer o renunciar al singue. De cualquier manera tiene que pagarle treinta bolívares.

Con las concubinas la cosa mejora un poco. Hay cierta discreción, pero todo el mundo está informado. Igual con las esposas. Hay que llenar una ficha de la mujer y entregar dos fotos. A ti te dan un carné y el Servicio se guarda otro. Cuando quieres acostarte con tu mujer, vas al servicio: anóteme para el martes. ¿Qué número?

## Hágaselo usted

Estuve año y medio sin tener relaciones sexuales, pues yo no le iba a echar aquella vaina del servicio sexual a mi mujer. Me contentaba con verla en la visita y agarrarle la manito y darle uno que otro besito en el cachetico. Pero hay días en que a uno se le calienta la sangre y lo que siente es un hervidero por dentro. Uno de estos días salí a plantearle el problema al doctor Salmerón: “Doctor, tengo un problema, año y cuatro meses sin contacto sexual con mi mujer”. “¿Y qué le pasa a usted? –me dijo–. ¿Por qué no va a la Cámara?”. “No, doctor, no puedo ir a la cámara de gas –que así se llama el dormitorio de acueste– por muchos motivos: tengo que fichá a mi mujer con un número, después una fotografía, luego un carné. Cuando viene mi mujer tengo que pasarle el carné al guardia. El guardia, muchas veces, se la queda viendo con cierto cinismo y cierta morbosidad”. “¿Qué quiere usted que yo haga? –me interrumpe el doctor–. Aquí todo el mundo lo hace”. “Pues yo no lo voy a hacer –le dije–... Concédeme un permiso para ir al pueblo y hacer mi cuestión solito con mi mujer, sin necesidad de guardias”. “Usted no entiende, Alvarado, eso es imposible. Tenga calma. Mientras tanto, mientras le llega la libertad, hágaselo usted mismo que no hace daño ni corre el riesgo de preñar a su mujer”.



## Monté un casino

En la penitenciaría monté un casino. Nadie me dio un centavo. Me dijeron: “Aquí hay un salón vacío, como tú eres un hombre inteligente, invéntate algo. Tiene luz, agua. No pagas salón. No pagas nada”. Inmediatamente me puse en movimiento. “Dígale a la Golden Cup que venga por aquí”. Vino la Golden Cup. Le dije: “Yo necesito que usted me fíe veinte gaveras de Golden Cup en distintos sabores. Manzanita, colita, naranjita. Yo les pago la semana que viene”. “Muy bien”, me dijo la Golden. Bajaron las veinte gaveras.

Al día siguiente, me puse con una carretilla a venderles a los presos y a los guardias y a los visitantes, a todo mundo. Vendí las veinte gaveras. Las pagué y pedí cien gaveras. Vendí las cien gaveras. Comencé a invertir: tantas cajas de cigarrillos, tantas gaveras de Golden, tantas bolas de caramelos. A los seis meses, cuando se vino a ver, tenía montado el Casino. Venta de cigarrillos, Golden, café, caramelos, sandwiches, bolígrafos, tortas. Compré un billar. Tres mil bolívares me costó. Compré un televisor: pagué por él mil novecientos bolívares.

Llegó un momento en que tenía quince mil bolívares en existencia de mercancías, de acuerdo con el inventario, más un billar, un televisor, muebles, un escaparate, una nevera de puertas corredizas.

¿Qué hicieron? El director de la cárcel me mandó a meter en un calabozo y me quitó el negocio. Dijeron que un preso no podía tener negocio, porque los prohibía el artículo 198 de la Constitución y el artículo 134 de yo no sé qué Código.

## En el Economato también tenían su choreíto

En la Penitenciaría cambiaron de director. El nuevo director supo lo que me habían hecho con lo del casino. Me llamó y me dijo: “¡Caramba, qué vaina te echaron! Voy a ver cómo te ayudamos”. A los días me mandó a llamar. Me dio un puesto en el Economato. Organizar el archivo, las carpetas, los recibos. Al mes asumí la responsabilidad de llevar el *kardex*, y conocí las entradas y salidas de las mercancías en la Penitenciaría, la cuestión del per cápita, la disponibilidad del dinero.

Por supuesto, me di cuenta que allí sucedía algo, como sucede en todas las penitenciarías y en todos los Ministerios y en todos los puestos y en todas las cosas: que todo el mundo chorea. Unos así, otros asao. Unos chorean legalmente, otros con descaro. El asunto es no quitar las cosas a la brava, si quieres triunfar, quítalas con simpatía, con una sonrisa, con una corbata bien bonita y ademanes muy finos, de manera que sea permitido por la ley. Si yo entro a un apartamento y cargo con todos los muebles, es un robo. Si el que lo hace es un abogado y un juez y hacen un embargo, no es un robo, es un embargo. Mi papá siempre me lo decía: “¿Por qué tú vas a actuar fuera de la ley? Si tú quieres ser ladrón, ¿por qué le vas a sacar la cartera a alguien? Métete a abogado y robas con una gran facilidad, protegido por la ley, o te metes a funcionario del Gobierno. Si quieres ser limosnero, ¿por qué te vas a parar todo sucio en una esquina? Métete a cura, y nadie te va a mandar pal Dorado”.

En el Economato también tenían su choreíto. El trabajo era muy sencillo: se compraban ochocientos bolívares de carne de res. La carne no entraba a la cocina, pero el recibo iba a parar a la Administración. En la Administración hacían un cheque por ochocientos bolívares. Yo tenía que meter los doscientos kilos de carne en el *kardex*, y después los sacaba porque salían para la cocina. O sea, la carne que no entraba, salía. Así pasaba con las

papas, con el azúcar, con el café. ¡Llegaron cien sacos de café y cien sacos de azúcar! Mentira, llegaban cincuenta sacos de café y cuarenta de azúcar. Pero yo recibía cien sacos y el *kardex* también. Salían treinta kilos de azúcar para la avena, que yo anotaba en el *kardex*, pero a la avena entraban diez. Claro, los presos se tomaban una avena toda desabrida.

Como yo conocía la pomada, tenía que enredarme también. El jefe del Economato me dijo: “En este negocio tú tienes tus ventajas, puedes mandar tu papita para tu casa. Todas las semanas te preparas una cajita, metes espagueti, azúcar, arroz, café y lo mandas para tu casa en la línea de los Llanos”. Empecé a mandar mi cajita cada quince días, para no abusar. Hasta que un día, cuando estoy haciendo mi cajita, llega el Administrador y me pregunta: “¿Y qué hay en esa caja?”. No respondí nada. “¡Oiga, Rodríguez!, ¡anjá!, ¿de quién es esta caja?”. Y Rodríguez le dice: “de Alvarado”. “¿Y quién le dio orden a Alvarado para que hiciera ese paquete?”. “Yo no sé”, respondió. “¿Cómo que no sabes?”, salté yo. “Claro que no sé” –dijo. “Pues voy a informar al director”, dijo el administrador. Al rato llegó el director. “¿Qué es lo que pasa? Me dijeron que usted está sacando la comida del Penal”. “¡Ah!, no, yo no estoy sacando ninguna comida –le dije–, la comida está aquí en el Economato, robo sería si esta comida estuviera fuera del establecimiento, o la hubieran agarrado en un carro. Yo solamente estoy esperando que el señor –y señalé a Rodríguez– dé orden para mandar mi comida para la casa de mi mujer”. “Aquí, el único que puede dar esas órdenes soy yo –me respondió el director–. Saque esos corotos y póngalos en su sitio, y se acabó esta historia”. Dio la espalda, y se fue.

“Quedé picao. Te voy a jodé a ti”, decía mi mente a Rodríguez. La ocasión se presentó. Al mes llegaron los auditores del Ministerio de Justicia. La cosa se puso fea porque también llegaron dos auditores más de la Contraloría General de la Nación. Comenzó el inventario, porque cada vez que llegan

los auditores se hace inventario. Contaron el aceite, el maíz, el azúcar, la carne, el café. Inventariaron todo. Fueron al *kardex*. Lo revisaron. “¿Quién lleva el *kardex*?”. “Yo”, dije. “¿Qué pasa con este cochino? En la refrigeradora hay ciento ochenta kilos y aquí se leen trescientos kilos. ¿Dónde está el resto?”. Me envalentoné. “Sí, como no, así es, pues aquí hay choreo de cochino y de azúcar y de maíz y de café”. “¡Cómo va a ser!”, dijeron a coro los auditores, con las bocas muy abiertas. “Como es”, respondí. Se formó la zapi, zapi. Llamaron al administrador, al director, al economo. Ya saqué mis planillas de verdad, y las puse sobre la mesa. “Lean. Aquí hay un déficit de noventa mil bolívares”. “¡Usted al calabozo!”, gritó el director. Pero la investigación siguió. En cuatro años, un déficit de setecientos mil y pico de bolívares. Vino la Policía Judicial. Se abrió un proceso que se cerró por la campaña electoral. Los implicados fueron llamados por el partido para incorporarse a la campaña.

## Escuela magnético espiritual

Siempre el más allá, porque del más allá venimos según dicen las escrituras de unos y otros. Escuela Magnético Espiritual de la Comuna Universal, escribí en un cartón y lo pegué en la puerta de la celda. “¿Y esto qué es?”. “Esto es espiritismo, vale. Aquí estudio mis complementos astrológicos, la vida y las cosas científicas”.

Pasó un guardia y leyó el cartel. Tocó. “Sí ¿quién es?”. “Soy yo, hermano”. “¿Tú?”. “Yo”. “¿Y quién soy yo?”. “Tu hermano que de seguro te conoció en el más allá”. “¡Ay!, me salió un loco. Pero tú eres guardia, policía, carcelero, no eres mi hermano”. “¿Y tú no vienes del más allá?”. “Sí, pero estoy acá”. “¡No!, tú eres mi hermano, mi hermano, mi hermano”. Y se fue con los ojos volteados, después de darme un abrazote. Claro, se convirtió en un aliado. Me traía cigarrillos y fósforos y chocolates. Me dijo que me cuidara porque otro guardia me había puesto el ojo, ya que era evangelista. Un día se me presentó el evangelista. “Usted sabe –me dijo– que está prohibido terminantemente poner carteles y pintar paredes. Mire esos muñecos y esos signos en la pared. ¿Quién te autorizó para rayar en esta vaina?”. Le dije: “Usted está equivocado, ni son garabatos ni son muñecos, son los signos y las fórmulas de mis estudios científicos”. “¿Y me va a decí entonces que usted es un científico?”. “No soy científico, simplemente estoy estudiando cosas de la ciencia”. “Pues ya te vamos a poner con la otra ciencia”. Y salió disparado y que a pasar un informe al director del penal. El chisme le llegó al director del pabellón de observación, porque al rato se apareció con tres guardias, abrió el calabozo y me dijo: “¡Buenas tardes!”. “Buenas”. “¿Qué es lo que pasa aquí?”. “Nada”. Se paseó por la celda. “Anjá”. Le pasó un dedo a la pared. “Anjá”. Me miró de arriba abajo. “Anjá”. Se sentó en la cama y me dijo: “¡Caramba!, vengo a hablar con usted”. “Estoy a sus órdenes”, le dije. “¿Qué son estas cosas que usted tiene pintadas aquí en la pared?”. Le dije yo: “Bueno, ¿usted

quiere que le explique?”. “Cómo no”, me respondió, y se cruzó de brazos. “¡A ver! Bien –le dije–, por aquí, por esta pared, tenemos un complemento de partículas elementales... Usted sabe que esos son los cuerpos más pequeños que existen... Y estos son los micros objetos que hoy son observados por la ciencia más alta... Y por aquí se habla de una promateria, algo que todavía está muy en embrión, pero ya se habla de ella”. “¡Anjá!, ¿usted ve estas partículas?”. “Sí, las veo. Pues bien, son inestables. Por ahí fue que se cayeron las teorías de que el átomo era una cosa indivisible y fija”. “¿Usted ve estos símbolos?”. “Los veo, sí”. “Estos símbolos son de partículas completamente cambiables, ellas se transforman unas a las otras. ¿Usted las conoce?”. “No las conozco”. El hombre tenía la boca abierta, pero seguía con los brazos cruzados a la altura del cuello. “Debería conocerlas”, le digo subiendo el volumen. “Bueno, en realidad, sí, creo que, como no, yo las conozco”. El hombre se sonrió. Si hubiera tenido mostachos, le habría dado su vuelteca. De manera que optó por rascarse la patilla. “Prosigamos. Fíjese usted, aquí tenemos el complemento en la cuestión del mundo, como usted sabe. El hombre primitivo usaba el trueque y se agrupaba en el trabajo para la explotación de la naturaleza y...”. El hombre se paró con desgano. “Equivocué el discurso”, me dije. “Todo eso que usted está diciendo es muy interesante, todo está muy bien, pero aquí está prohibido pintá las paredes. No se puede estar pintando paredes porque si no, figúrese, todo mundo pintando paredes, a dónde vamos a pará. Yo lo que voy a hacé es traerle un pizarrón y así acabamos la cosa”. “Le agradezco bastante, mi director”, le dije. “Bueno –me dice–, dígame una cosa... ¿Este estudio que usted está haciendo tiene alguna escuela?”. “¡Cómo no! Venga para que vea. Y le enseñé el cartel: Escuela Magnética Espiritual de la Comuna Universal”. “¡Eloi, Eloi!, ¡siempre el más allá!, ¡caramba, qué bien!, ¿entonces usted es espiritista?”. “Como lo está diciendo, y de los buenos, yo soy medium desarrollado”. “¡Cómo no! Y

me transporto perfectamente”. El hombre se fue convencido. Me mandaron mi pizarrón. Y ahí murió la cosa porque a los días el director salió de vacaciones o lo cambiaron, y yo me salvé de tener que llamarle a su mujer, que ya tenía varios años bajo tierra.

## Si no respondes así, te jodiste...

—Si tú vas por la esquina de Las Gradillas y ves que vienen una señora y una niña, ¿a quién le da paso?

—A la niña.

—Si en vez de una señora y una niña, vienen dos niñas, ¿a quién le das paso?

—A la más fea.

—¿Por qué?

—Porque a la bonita todo el mundo le da paso.

—¿Qué ves aquí? —me enseña un pedazo de hígado lleno e sangre.

—Veo una mariposa. ¡Bellísima! De lindos colores, las alas volando.

—Y aquí, ¿qué ves? —me enseña un hombre con las tripas afuera.

—¡Ay!, ese es un caso para la técnica judicial.

—¿Pero usted no ve nada de particular?

—Sí, para un periodista, sí, porque él se ocupa de esos crímenes y goza un puyero poniendo esa vaina en el periódico.

—¿Entonces usted ve un crimen?

—Yo no lo veo, lo ve el periodista.

—Si usted violenta la puerta de un apartamento y se encuentra con esto, ¿qué hace? —me enseña una mujer desnuda en un diván.

—Digo, ¡ay!, Dios mío, me equivoqué.

—¿Usted no entra?

—Usted está loco. ¿Cómo voy a entrar?

—¿Esto es un revólver? —me enseña una pistola.

—Sí, es un arma.

—¿Qué acción le ve a ese revólver?

—Una pistola no es para cepillarse los dientes ni para comer.

—¿Y no le ve alguna utilidad?



—Bueno, sí, podría servir pa clavá un clavo en la paré; pero no es así, pues un revólver es para matar así como un cepillo de diente es para cepillarse los dientes. Ahora, que usted lo coja para echarle betún a los zapatos, es otra cosa.

—¿A usted le gustaría tener un revólver?

—Para mí no tiene ninguna utilidad. Ninguna, porque yo no soy empleado de la justicia. Aquí solo tienen derecho a usá revólver los empleados del Gobierno.

—Y así sucesivamente, porque, si no respondes así, te jodiste.

## **Mi complemento numérico**

—¿Qué piensas tú de la cuestión sexual?

—Doctor, usted no me entiende.

—¿Qué piensas tú de la unión de los seres?

—Ahora sí. Le voy a decir: hasta el presente creo que eso anda muy mal, porque yo, por lo menos, estoy considerado como un hijo ilegítimo, o sea, que no sé si nací en una incubadora. Soy ilegítimo, y eso me tiene arrecho porque por qué voy a ser un hijo ilegítimo, si soy hijo de una mujer y un hombre, de una esperma y un óvulo que se fecundaron. ¿Qué vaina es esa de ilegítimo? Parece que no fuera de este mundo, sino de Venus, de Marte. ¡Ilegítimo!

—¿Pero qué piensas de la relación entre un hombre y una mujer?

—Lo que dice la película.

—¿Cuál película?

—La de un hombre y una mujer.

—No la he visto.

—Yo tampoco, pero me la contaron, así como le voy a decir lo siguiente: la cuestión sexual es una finalidad que hay que cubrir, pero es necesario estudiar los medios de lograr una estabilidad de grado anímico para llegar al conocimiento de la complementación amorosa normal. Por ejemplo, yo he tenido pocas mujeres para cubrir necesidades fisiológicas. Ahora, que de pronto sale un niño. ¡Natural! Pero no un hijo ilegítimo, porque si yo me acuesto con una mujer, tiene que nacer un niño, no puede nacer una burra.

—Párate un momento. Por lo que veo, tú no me comprendes. Yo te he preguntado por la relación entre un hombre y una mujer.

—Ni usted me comprende ni yo le comprendo, pero le voy a responder. Yo he tenido algunas mujeres, algunas cuantas, hasta que me encontré la parte que a mí me corresponde.

—¿Y cuál es la parte que a ti te corresponde? —se interesó, pues se arrimó al escritorio y puso los codos encima.

—Hablo de números. Usted sabe que el número cien no existe. Usted sabe que todo, al llegar al noventinueve, cambia. Al ser humano le pasa lo mismo en lo que complementa la sexualidad. Yo, por ejemplo, no sé cuánto tendrá del masculino ni cuánto tendré del femenino, pero vamos a ponerle al masculino un ochenta y el resto al femenino. Entonces tengo que tener una mujer con esa estabilidad. Si, verbo y gracia, tengo un masculino de noventa y me encuentro con una mujer de noventa masculino, me va a caer a coñazos. No sirve. Tengo, para conseguir la complementación numérica, que lograr la estabilidad hombre-mujer.

El hombre se puso más serio. Se arregló los lentes, pasó la mano izquierda por la barbilla y me dijo:

—Explícame eso de la complementación numérica.

—Fíjese usted: hay maricos “harmónicos”. Cuestión embrionaria, biológica. La naturaleza le dio vellos suaves, senos desarrollados, nalgas mofletudas y bonitas, una cara más o menos lampiña. Digamos que ese hombre busca su macho, es decir, un macho-mujer. Pues para lograr la estabilidad, el complemento numérico, él tiene que encontrar una lesbiana, o sea, una mujer que tenga más de hombre que de mujer. Entre el femenino de uno y el masculino de la otra, y el masculino de uno y el femenino de la otra tiene que producirse el complemento para lograr la estabilidad.

—Explícate mejor, porque si no, vamos a cortar esta entrevista.

—Me explico: unos somos menos femeninos que otros, pero el femenino siempre lo tenemos. Unos lo tenemos tan guillao que solamente nos partimos todo en el espejo, y eso cuando tenemos el baño trancao, que nos vemos y nos vemos la cara y nos la tocamos y nos vemos así de medio lao, y eso es una vainita que la tenemos todos, ya que no vamos a decir que somos macho cien por cien. Todos tenemos, unos más, otros menos, la femineidad. Así como lo oye. Y todas las mujeres tienen su masculinidad. Eso es lo que hay que estudiar. Cada uno tiene que buscarse su cosita.

El hombre su hombre. La mujer su mujer. Yo, por lo menos, me busqué mi hombre. Mi hombre se llama Inés. Esa es mi macho mío, mi macho mujer. No estoy violando la ley ni cometiendo aberración. Simplemente encontré adónde me aprieta el zapato. ¿Usted la conoce?

—Claro que la conozco. Es una buena mujer.

—Doctor, es más que una buena mujer. Es mi complemento numérico.

## El dinero es una causa social

—¿Por qué estás tú aquí?

—Yo estoy aquí por una causa social.

—¿Tú no estás aquí por atraco?

—Bueno, si usted lo llama atraco, yo lo llamo intervención.

—Sí, intervine un establecimiento que tenía dinero.

—Pero lo interviniste armado.

—Bueno, era la única forma de que lo entregaran.

—¡Ah! ¿Y tú querías que te lo entregaran así por las buenas?

—Justamente, ellos por las buenas no me lo iban a dar. Si yo se lo pido: tenga la bondad, déme el dinero que tiene ahí en la caja fuerte, me dicen que estoy loco.

—¿Entonces tú dices que estás por una causa social?

—Por la misma.

—¿Y cómo explicas tú que es por una causa social?

—Si nosotros agarramos a los tres mil presos que hay aquí y los llevamos a todos pal patio y les decimos: se van a poner pa la parte derecha todos aquellos que están aquí por acciones de dinero, o sea que hayan atracado, que hayan firmado cheques, que hayan robado, que hayan escalado o hayan roto un apartamento o hayan sacado una cartera en un autobús; y se van a poner pa la izquierda los que están por violación o porque se casaron dos veces o porque le hayan dado una puñalada a otro o hayan metido cuatro plomos a una vieja. ¿Usted sabe qué va a pasar? Pues que pal lado derecho se van a poner dos mil novecientos ochenticinco. Por eso le digo que estoy aquí por una causa social. Unos buscan el dinero de una manera, otros de otra, pero todos buscan el dinero.

—¿Y tú no crees que estaban haciendo mal buscando el dinero de una manera violenta?

—Claro que estaba haciendo mal, porque si hubiera estado agrupado en una institución de tipo legalizado para buscá el dinero, no habría pasado nada.

—¿Entonces no estás preso por atracar?

—Ya le dije, estoy preso por una causa social.

¿.....?

—¿Qué piensas tú de la unión de los seres?

—Que es un hecho de la naturaleza.

—Yo creo que es, como tú dices, una causa social.

—¡Ah, no! Yo no he dicho eso. Yo dije que el dinero es una causa social.

—¿Y la sexualidad qué es?

—Es un hecho de la naturaleza.

—¿Por qué?

—Bueno, porque si usted tiene a su mujer preñada, no le va a caer a patadas porque esté preñada, sino que le va a decir: ¡Mujer, qué bello, un niño!

—¿Tú has cogido alguna vez alguna gallina?

—Bueno, doctor, ¿usted me está viendo cara e gallo?

Otros cuentos

## Perdí una novia evangelista

Había una muchacha que a mí me gustaba, pero ella tenía un inconveniente, era evangelista. Todo era con Cristo. Si le iba a agarrar las manos, estaba presente Cristo. En fin, era un embarque. Yo no podía ni atacarla, porque siempre estaba con la cuestión de hermana de David. Siempre la religión estaba metida de por medio. Me salía con una biblia y con un número. Nunca iba pal cine y no quería nada de nada y yo decía: “¡Caramba!, pero ¿cómo haré?, ¡carás!, con esta cuestión”. Un día me invitó al culto y fui al culto, ahí, en La Pastora, un sitio donde se reunían y empezaban a cantar y a llorar y después paraban un rato, contaban una anécdota de David y volvían a cantar y volvían a llorar y era una lloradera y una cantadera.

Yo quería conquistar a la mujer. Dije: “Si tengo que meterme a evangelista, pues me meteré a espiritista, a evangelista, a brujo, a lo que sea, con tal de que yo conquiste a esta mujer”. “¡Hermanos! —oigo que dice alguien—, si algún hermano presente quiere tomar la palabra de amor para orientar a nosotros, las ovejas descarriadas, que se haga presente aquí en el púlpito”. Entonces yo levanté la mano. “El hermano, que suba”. La muchacha no sabía ni cómo me llamaba yo, ni quién era ni lo que hacía. Yo le había dicho que me llamaba Andrés y ella me llamaba por Andrés. A veces estaba conversando con el papá y me decía: “¡Andrés!, ¿quieres café?”. Y yo no volteaba porque yo no me llamaba Andrés. “¡Andrés, te estoy llamando!”. “¡Ah, sí!, ¡sí, sí! Dame un poquito e café”. “Entonces, ¿cómo se llama usted?”. “Andrés”. “¡El hermano Andrés va a tomar la palabra! Todos tenemos derecho a oír la palabra de Dios, aunque no estemos muy versados en el verbo de Cristo. No hay que subestimar a los hermanos”. Cogí mi púlpito y empecé: “¡Hermanos!, dentro de poco llegará la hora trágica en que todos tendremos que entregar cuentas a Cristo”. Por ahí me fui. Yo, que estaba arrebatado porque me había metido un tabaco e marihuana, estaba en el lenguaje vernáculo y criollo, estaba hasta el culo, como dicen los



muchachos. Me explayé con aquella palabra expresiva de Dios y a los diez minutos de estar hablando tenía a todo el mundo llorando. “¡Arrodíllense!”, y todo el mundo se arrodilló. “¡Siéntense!”, todo el mundo se sentó. Me dije: “Esta gente es mía”. (Ellos después dijeron que yo tenía pasta de pastor). “Cristo está en todas partes, está en la comida que nosotros comemos cada día, porque Él es el autor. Él nos da esa comida, Él nos da el aliento, Él nos da el Sol, Él nos da momentos de felicidad y también momentos de tristeza y de agonía, pero eso es transitorio porque el que vive en Cristo, vive feliz... ¡Hermanos!, ¡arrodillaos!... ¡Oremos por Él!”. ¡Qué caray!, me comí aquella gente. Yo creía, en realidad, que estaba en algún mitin. Cuando terminé mi cuestión, ooh, me aplaudieron. “¡Cristo! ¡Amén!”. Vinieron las felicitaciones. “Lo felicito, hermano Andrés. En realidad, usted tiene un conocimiento muy grande en la teoría del Evangelio. ¿Usted ha estudiado en otros cultos?”. “No, eso no. Lo que pasa es que yo tengo un hermano pastor. Es pastor y anda por el mundo”. “Hermano Andrés, usted nos será de gran ayuda”. Me llevaron a un escritorio y me anotaron en el grupo de los oradores.

A la salida me esperaba la muchacha. “¡Ay!, encantadísima. No me habías dicho, hermano, lo que tú eras en realidad”. Entonces yo le agarré una mano por primera vez. “Todo sea por el amor a Cristo. Tú sabes que yo estoy locamente enamorado de ti, y tú nada conmigo, no me quieres tirar ni una pelotica. Tengo que manifestarte que todos somos hijos del Señor... Como tú y yo somos hijos del Señor, vamos a hacer un señor solo”. Entonces ella me aceptó. El papá estaba encantado. Me dijo que nunca había oído una oración tan hermosa, unas palabras tan bellas de Cristo.

Entré en la fraternidad de los hermanos. Empecé a ir al culto. Para prepararme y tal, me dije yo tengo que documentarme. Y me documentaba por allí, con libros que hablaban ciertas frases que yo no conocía, de Abraham, del Jehová, de yo no sé quién, del hijo que mató a fulano. Los muchachos de la Plaza e la Concordia me preguntaban: “¿Qué te pasa?, ¿por dónde te metes de noche?”

—me decían mis amigos, Palmarito y otros: anteriormente nos veíamos y nos metíamos unos tabacos—. Ahora tú faltas. ¿Qué es lo que pasa?, estás faltando a la rueda”. Les dije: “Estoy en un problema evangelístico, ayudando en la cuestión del pastoreo y la cosa”. “¿Cómo va a ser?”. “El amor, el puro amor”.

A los días me sorprendieron. Fue la patota completa. Yo tuve que presentarlos como hermanos. “¿De qué escuela?”. “Yo estoy en San Agustín”, dijo uno. Y el cojo Badaraco: “Pues, yo estoy en la San José”. Todos estaban en escuelas evangelistas. Al rato dice una vieja: “¡Huelo como a paja quemada!”. Y era que los muchachos se estaban metiendo unos tabacos e marihuana en un cuarto medio desocupado, donde guardaban trastes y bancos rotos. Empezó la cosa. Los muchachos tomaron asiento. Cuando tocó mi turno de pastor, los muchachos metieron la pata, porque comenzaron a aplaudir. “Aquí no se aplaude. Esto no es ningún teatro”. Entonces pidieron disculpas. Terminó la sesión sin contratiempos. Me despedí de la novia y nos fuimos para la Plaza Miranda. Comentarios y risas... “¿Tú viste a la vieja que lloraba a cada rato y se arrodillaba y se paraba y se sentaba?”. “¡Qué voy a ver!”. Pasamos a la cuestión seria. “Badaraco dijo que vio al pastor sacando unas cuentas. Parece que piensan hacer una capilla”. “Sí. Van a necesitar trabajos de albañilería y allí podríamos trabajar”. Les digo: “Bueno, yo les informo”. Todo el mundo se veía trabajando. Fui y averigüé. “Sí. Vamos a construir una capilla nueva”. “¡Ah no!, yo tengo unos constructores magníficos. Se los puedo traer por aquí para que hablen”. Entonces fueron dos de los muchachos a hablar. Contrataron a seis. Empezó la construcción. Naturalmente, ellos lo que estaban haciendo era un trajín. Pasó una semana, pasó otra. Los evangelistas estaban emocionados. Hasta que un día me dijeron los muchachos: “No vayas más por allá, porque nos llevamos tres mil setecientos bolívares de las cabillas y de los adoboncitos. No vuelvas porque te linchan. Aquí tenemos quinientos bolívares para que mates”. Perdí a la novia. La tenía enganchada. La tenía lista con Abraham.

## Las cosas del subconsciente

Un día en la Plaza de la Concordia me encontré con un amigo que venía de Nueva York y me dijo: “¡Tú no sabes lo que aprendí en Nueva York!, ¡hipnotismo!”. Le dije yo: “¿Y qué vaina es esa?, ¡tchs!”. “Una ciencia que controla la mente humana”. “Yo no puedo creer”. “¡Cómo no chico!, ¡créeme! Yo pertenecía en Nueva York a una sociedad de esas, científica. Claro, no a toda persona se puede hipnotizar, eso lo hacen en el teatro, que si párate ahí... ¡Abra cadabra pata de cabra!... Y la gente se queda tiesa”. “Mentira, truco, le pagan a un tipo pa que se quede tieso ahí y ¡co, co, co, co, có!, haga como una gallina”. “El hipnotismo es una ciencia. Naturalmente, contra la voluntad no hipnotiza ni Mandraque, pero si el tipo presta su colaboración y tiene, en realidad, afinidades para ser hipnotizado, tú puedes hacer maravillas con él, lo llevas, lo traes, lo transportas”. Yo no quise creer nada: “Tú lo que estás es loco. Uno duerme cuando tiene sueño, pero esa vaina de dormirse así, ¡no!”. Entonces quiso demostrarme la vaina y me dijo: “Vamos a probar. Siéntate aquí. Relajamiento de músculo. Tranquilo. Así, flojito, ¡eso es!, pon los brazos. ¡Anjá! Bien, ahora veme este dedo –me puso el deo a la altura e la nariz–, velo, velo fijamente, eso es, un poquito así, reclina la cabeza, anjá, muy bien. Ahora te vas a sentir como flotando en el aire, como una boomba, ¿te sientes?”. “Anjá, muy bien. Y los párpados los voy sintiendo pesados poquito a poco”. “Te va a entrar así como una cosa sabroosa, un sueño sutiil, te vas a transportar”. Y la verdad es que me volví una mantequilla. El asombro mío fue que eso me lo hizo en la Plaza e la Concordia y me desperté en la casa de él... y estaban las hermanas sentadas y estaba su mamá y todo el mundo riendo... Y yo: “¿Qué pasó, qué fue?”. “No, nada, chico, ¿tú no me dijiste que no podías ser hipnotizado? Y mira ha transcurrido más de una hora desde que

te sentaste en la Plaza e la Concordia, y te traje pacá y me bailaste un joropo y le hablaste a mamá del zumba que zumba”.

Entonces la cogí por hipnotizar de acuerdo con todo lo que él me había dicho y las clascitas que me dio. A to el que me hablaba quería hipnotizar. Pero qué va. Solamente dio resultado en seis, ocho, diez personas que hipnoticé de verdad. Si averigüé, por experiencia propia, que la persona que tiene instinto en ese subconsciente hay cosas que hace que no hace en estado consciente. Yo hipnoticé a una puta y después que estaba hipnotizada la quería coger y no se dejó coger. Era más honesta que el carajo. Me dijo que no. Se despertó, formó un peo, se puso a llorar y se fue. ¡Pero si a esa puta le pagaban y se dejaba cogé!, ¿cómo es posible que no se dejara dormida?, ¡no!, no se pudo, no se dejó, porque los instintos de ella en ese momento no podían ser de puta. En cambio, un muchacho que trabajaba en una compañía de cuestiones de ópera, en Maracaibo, me hizo pasar vergüenza. Cuando estaba hipnotizado dijo que el mánager de ellos lo cogía po'el culo. ¡Dígame esa vaina!, ¡qué vergüenza! Y quedó deschavao delante de todo el mundo. Yo le dije: “Cuéntame alguna cosa, ¿tú no tienes nada que contar?”. “Sí, señor, tengo que contar que el que nos guía y nos enseña, me coge”. Nosotros, quedamos locos. Yo no deseaba que aquello hubiera sucedido, sin embargo, aquello sucedió. ¿Qué quiere decir eso?, que él en el subconsciente era homosexual y en el consciente no.

## Curabién

Yo conocí en Barquisimeto a un hombre que llamaban Curabién. Este Curabién, un barquisimetano, usaba una trenza como un chino, una trenza que le llegaba hasta la cintura. Se trenzaba esa trezota de pelo. Vendía una pomada, la pomada Curabién. Natural, esa pomada, ¡qué caray! No era ninguna Curabién. Él agarraba y compraba un poco e sebo e ganao, lo hervía, lo pasaba varias veces por una filtración de algodón, y, cuando ya estaba bien blanquito, le echaba que si esencia e vainilla, esencia e canela y una pila e vaina y, con una cafetera, las iba regando en cajitas de las que se usan para la vaselina, ¡rrrrreee!, ¡rrree! Después le pasaba una paletica y les ponía un sellito que decía: “Pomada Curabién”, contra el dolor de oídos, dolor de muelas, para curar los salpullidos, contra los anquilostomos, para el amor, filtro y talismán. Una cantidad e vaina decía el sellito. Había personas, ¡qué caramba!, a quienes les había ido muy bien con la pomada.

Llegaba Curabién a los pueblos y lo primero que hacía era ir a la Seguridad Nacional. “¡Buenas!, por aquí les traigo un regalito para la fiesta”. Daba quinientos, doscientos y trescientos bolívares, de acuerdo con el cargo del seguranal, pa que lo dejaran trabajar. Entonces le extendían un permisito... “El señor Curabién y tal y qué sé yo, y esto y el otro, cura los males y tal con su pomada Curabién”.

Curabién tenía unas cajas de serpientes: cascabel, mapanares, cuaima piña. Tenía también dos pichonas anacondas. Las llevaba al mercado, las sacaba de las cajas y decía: “¿Ustedes ven estas serpientes? De aquí he extraído los poderes de mi pomada Curabién. Ellas son de orígenes de la India, del Paquistán”, una cantidad e vaina, una cantidad e disparates, pero naturalmente la gente ignorante oía aquella vaina con la boca abierta. “¡Cooño! Y tal, ¡qué bien!”. A bolívar se vendía esa vaina, pero él para completar aquello, decía: “Les voy a dar una demostración”.

Cogía unos alfileres especiales, con una cabezota, muy largos, y se atravesaba el gañote, los cachetes, la lengua; se atravesaba el cuero de la barriga, se atravesaba los brazos, las piernas, y la gente boca abierta.

Curabién me dijo: “Vas a trabajar conmigo y yo te doy la comida, el hotel donde lleguemos y un fuertecito diario”. Así empecé a trabajar con mi tipo y poco a poco me fue enseñando. Me decía: “Observa el sistema nervioso”. El tipo en realidad era como esos dentistas que no han estudiado “dentisteria” y, sin embargo, sacan muelas. Un tipo que no sabía nada y sabía mucho, porque él explicaba las vainas a su manera, no las explicaba con palabras “pirofláuticas”, pero sí daba su entender y uno lo entendía perfectamente bien. Me decía: “El sistema nervioso se puede controlar. El cerebro del hombre es lo que manda; lo más exquisito que tiene el hombre es el cerebro, pues con el cerebro se hace todo y se dominan las cosas. Los nervios los maneja el cerebro, manejas el dolor. Cuando yo me atravieso, no uso ninguna pomada del carajo, yo le hago ver al público que unto la pomada y que es una anestesia, el filtro del dolor que cura los dolores de muerte. ¿Tú no viste una vieja que el otro día vino con un dolor de muelas y le echamos la vaina y se le quitó el dolor?, ¡qué carajo se le va a quitar el dolor! Una vaina sugestiva. Ella seguía con su dolor de muelas, su vaina, porque esa es una infección, tiene que sacarse esa pudrición y, sin embargo, con la pomada que no es sino puro sebo y esencia e vainilla y canela se curó, pero hay que ver la coba que le di. Yo le dije: ‘Señora!, en estos momentos va a actuar el filtro del dolor’. Se untó la vaina, se le quitó el dolor. La vieja, ¡ay!, no hallaba cómo pagarme, y vendimos como quinientas vainas de esas. Aprende, Alfredo, aprende, que es un buen negocio”.

## Las cartas es un albur

Las cartas son muy fácil echarlas. Uno agarra una persona, agarra las cartas, ¡ras! Un momentico, por favor, ponga las manos sobre la mesa, muy bien. ¡Piense, piense! En el más allá, ponga su cerebro en blanco, muy bien, bra, bra, ra, ra, bra, ra, ra, ra... re... rezaíto, ¡pam, pam! Y empezamos a tirar las cartas, ¡ras, ras, ras! Ponemos un montón de cartas y mientras las vamos echando ya estamos pensando en la mentira que vamos a decir. ¡Ras, ras, ras! Porque ya hemos estudiado al personaje, ¡ram, ras, ras, ras, ras!, ¡ra... ra... ra... aff!, ¡aj!, ¡muy bien! “Usted tiene niños”. “Sí”. (Claro, quién no tiene niños). “Una hembra, aquí veo una hembra muy bonita, por cierto, muy linda la hembra”. “¡Ah sí!, esa es Nohemí”. “Nohemí, correcto, ¡muy bien! Usted ha venido a consultar aquí, porque está en un trance difícil (de bola, si una persona va a una vaina de esas, es porque está en un coge nalga; eso es lógico...). Aquí hay un hombre, aquí está en carta, es un hombre no muy alto, ni muy bajito (¡Figúrate!, ni muy alto ni muy bajito), de color trigueño (no puede ser rubio con los ojos azules), muy simpático. Este hombre la ama a usted, pero usted, pero usted sabe, no se le ha entregao de todo corazón. (¡Uuh! Uno va viendo sicológicamente la reacción de ella). ¿Usted conoce a ese hombre?”. “Sí, cómo no, ese es Ricardo, él trabaja en la compañía de autobuses. No se me ha declarado, pero... ¡Ay!... Yo sé que él pues, sí, ¡no!, ¡no! Y lo peor de todo es que él tiene otra mujer”. “Sí, como no. (Él tiene otra, pero aquí en este país quién no tiene dos mujeres). Esa mujer la odia a usted a muerte”. “¡Sí!, ¡cierto!, ¡Matilde!”. “Esa es, Matilde. Es una mujer gordita ella, no, más bien delgada... No, ahorita está delgada (si uno ve que está metiendo la pata, que la mujer dice es gorda, tú dices: ‘¡Justamente!, adelgazó últimamente, pero ella era gorda, se ve gorda en la carta’). No tenga miedo. Esa mujer no le va a hacer ningún daño. Usted va a triunfar, porque aquí, un momentico, déjeme ver, una, dos, y tres,

justamente, mire, aquí está, mire, el As de Espada, el As de Espada quiere decir que usted va a triunfar, el amor de ella será aniquilado por usted, porque usted tiene la fuerza de las Tres Marías porque, fíjese, esto lo dice la Sota, la Sota de Basto. Déjeme partir por aquí las cartas. Vuelva a poner las manos sobre la mesa. ¡Muy bien!, ¡piense! (Uno le ve la mano a la mujer y le pone la de uno encima, porque hay que darle un jamón de repente). ¡Chéeveré!, ¡ah!, sí, piense, piense, sí, sí, piense, pero no piense relativamente en nada. ¡Muy bien!, ¡correcto!, acá las cartas, una, dos, tres, cuatro, cinco, seis cartas. Bueno, aquí tiene el pasado: usted fue muy pobre (claro, si la estamos viendo con los zapatos rotos) y sigue pobre; usted ha pasado una vida muy dura, de sacrificio. (Sí, natural, le vimos las manos llenas de callos). La vida la ha tratado mal. ¡Un momentico!, déjeme ver el presente. ¡Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis!, ¡ajá!, ¡muy bien!, ¡el presente! Aquí hay dinero. Usted va a coger una platica y va a ser muy buena, una platica, ¡extra! Pero tenga mucho cuidado porque parece que tienen malas intenciones con usted. No se deje conducir a la ciega ni mucho menos, le puede traer malos resultados. ¡Un momentico! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, por la salud. Usted sufre de dolores de cabeza”. “Sí (de bola). ¡Ay!, sí, de noche no puedo dormir con esos dolores de cabeza”. “Justamente, los dolores de cabeza son motivados a los problemas. Yo le voy a recomendar que se levante el sábado a las cuatro de la mañana, sin que haya salido el sol, y diga estas palabras que yo le voy a decir: ‘Osú, Osá’. Anótelas por ahí en un papelito, ‘Osú, Osá’, que todo el mal se vaya para allá. Y venga la semana que viene para saber cómo están los problemas. Mucho gusto. Encantado, hija, no te preocupes, que todo va a ir bien”. “¿Cuánto le debo?”. “¿Cómo se te ocurre? Lo que tú quieras dar... porque esto no es un asunto que se cobra, estos son asuntos que, naturalmente, uno tiene que vivir, porque uno tiene que subsistir, tú sabes que uno no vive del aire, aquí se paga la luz, se paga el panadero, se paga el teléfono, uno tiene que vivir. Esto



no tiene precio, son sabidurías que le vienen a uno del más allá, son cosas imponentes del destino, de la vida, cosas infinitas, que nadie puede predicarlas porque son poderes que uno tiene. Yo no le puedo cobrar, hija, porque eso sería lamentable, sería un comercio, yo acepto lo que tú me des, lo que esté a tu alcance”.

Y lo que está a su alcance son dos fuertes, cuatro fuertes; pero si le va bien, te trae un regalito de doscientos bolívares.

## La ciencia termina en brujería

Si tienes un dolor aquí en la costilla, vas casa del médico. ¿Qué te dice?, vamos a ver. “¿Dónde te duele?”. “Aquí”. “Acuéstate, respira”. “¡Ussfff!”. “Vuelvo a respirar”. “¡Ussfff!”. “¡Muy bien!, ¿qué comes?, ¿qué comes tú?, ¿qué comiste?”. “Bueno, yo me comí unas caraotas negras”. “¡Ajá!, ¡muy bien! Caraotas negras. ¿Tú fumas mucho?, ¿bebes?”. Te hace un historial y al final, dice: “Diagnóstico provisional: cólico hepático”. Pero él no puede basarse en ese diagnóstico. Entonces te dice: “Traes las heces en una cajita y el orine también lo vas a traer. Tráete el esputo, escupes en una cajita, así, y te vienes mañana para sacarte la sangre”. Los exámenes salen del laboratorio. “¡Negativos!, ¿y el dolor?”. “¡Ay!, sigue”. “Francamente, aquí no hay nada, todo está negativo. Vamos a hacerte una raquidia”. “¿Qué es eso, doctor?”. “No preguntes. ¡Acuéstate!, ¡dame la aguja acá!, ¡chás! Te sacan el líquido encéfalo raquídeo, lo llevan al laboratorio. “¡Negativo! Entonces, mi hermano –dice el médico–, esto no es un caso mío. Ve al doctor Fonseca, que es sicólogo y siquiatra, lo tuyo es siquiatría”. Vas al doctor siquiatra. “Pase adelante. ¡Siéntese!, historial: ¿en su familia ha habido locos?”. “¡No, doctor!”. “¿Le duele la cabeza?”. “No”. Escribe: “No le duele la cabeza”. “¿Bebe aguardiente?”. “Muy poco, una cervecita de vez en cuando”. “¡Caramba!, ¡tráigame los exámenes!”. “Aquí están los exámenes”. “¡Negativo! Mire, usted no tiene ningún dolor”. “¡Cómo no, doctor!, ¡me duele más que el carajo! Un dolor horrible”. “Vamos a ponerle un *electroshock*”. “¿Cómo es esa vaina?”. “No tenga cuidado. Tómese estas pastillas, que son tranquilizantes, y duerma feliz”. Te empiezan a suministrar fenobarbital y una cantidad de vainas que lo ponen a uno a mover los deos raros, y a moverse como una serpiente, con un mal de sambito, pero el dolor persiste. “¡Ay, mi madre!, sigue el dolor”. ¿Qué recurso te queda? ¡Un

brujo!, ¡qué médico ni que consultorio, ni qué siquiatra! “Vete a Barlovento. Allí hay un brujo que se las sabe todas”.

El brujo te dice: “Váyase a La Guaira y se come cuatro pescados crudos, ¡eso sí!, a las seis de la mañana, y que no le pegue el sol. Inmediatamente corre para Caracas. Llega y se tranca en un cuarto oscuro durante cinco horas, prenda una vela y, en lo que se termine la vela, echa un poquito de sal en el suelo, escupe tres veces pal lado izquierdo y ¡ya está! Se le quita ese dolor”. El tipo va desesperao, como es un dolor psíquico lo que tiene, es un dolor mental, no es un dolor físico, porque la ciencia dice que no tiene un carajo, se encierra en el cuarto, prenda la vela, ¡tan!, se termina la vela, se echa un poco e sal, escupe tres veces pa la izquierda, “¡ay!, se me quitó el dolor”. ¡Ahh!, ¡naturalmente! Se te quitó el dolor. ¡Listo!, no hay dolor. Entonces, ¿qué tienes? Un hombre nuevo, gran creyente de todos los brujos y de todos los sortilegios y de todos los amuletos y de todas las vainas de María Lionza.

## Usté tiene un problema

“Usté tiene un problema, señora, un problema muy grave. Le han echado un daño terrible. Alguien que la odia. El daño se lo echaron en su casa. Voy a descubrir dónde está”. “¡Ay!, no puede ser. ¡Un daño!, ¡a mí, un daño!”. “Pues sí puede ser, señora –le respondió René–, le voy a hacer el trabajo antes de que sea demasiado tarde. Venga el viernes”.

A la casa de la señora fueron a parar dos tipos. Pusieron un frasco, con gusanos, yerbas y pepsicola, debajo de una batea. “Se ganaron cien bolívares”, les dijo René. Y les dio un marrón a cada uno.

Días después regresó la mujer a consultarse con René. “Señora, confirmado, a usted le han hecho un daño, y se lo ha hecho un tipo en combinación con una mujer. Los dos la odian. En su casa, debajo de la batea, hay un frasco con gusanos y malas intenciones. Regrese a su casa, recoja ese frasco y tráigamelo”. La mujer se levantó, fue a su casa, metió las narices debajo de la batea y encontró aquella gusanera: “¡Ay, qué horror!”. Se presentó casa de René. “Aquí está el frasco. Usted decía la verdad. ¡Qué bueno es usted, qué bueno!”. “Señora, esto no ha terminado. Hay que hacerle una limpieza general para alejarle los malos espíritus. Hay que hacerle un ensalme y un despojo. Traer cariaquito, mucha canela y hervirla, para sacarle la materia”. “¡Ay, señor, cómo es eso de sacarme la materia!”. “Usté venga mañana, y no se preocupe”. Salió a buscarnos René: “Mañana tengo un chévere, un bonche, una mamazón y una vaina. Están invitados”. Al día siguiente nos metió en un “close” con un montón de huecos. René se envolvió en unas ropas rojas con unas vainas negras y unas tiras colgando y un turbante. Prendió unas velas negras, enormes. Preparó un altarcito con una calavera. La señora llegó muy compuesta. Tenía unos labios gruesos, más rojos que las ropas de René. Buena moza la mujer. “Venga por aquí”. La sentó en un cojín situado en medio de una alfombra persa. La señora no decía nada. Calladita. “¡Yansor! Leba –comenzó René–.

¡Cosó yemmayá changó, em mi que besum cañum que su abasi tévere, tévere monina e an cucu yayó, evacúa murcuruguá le grande mosongo, chango, elegua y tal! Señora, en este momento hemos entrado en contacto con los espíritus infernales. Aquí están presentes. Tome este Cristo. El Cristo en la mano derecha. Tome este Cristo. El otro Cristo en la mano izquierda. ¡Arrodíllese!”. Cuando la mujer se arrodilló con las dos manos y los dos Cristos en alto, empezó a desnudarla. “¡Rece, rece! Rece el padre nuestro. No afloje los Cristos. Si afloja los Cristos, se esconden los espíritus antes de arrancárselos de su cuerpo”. Le sacó por encima el vestido y el fondo. La mujer quedó en sostén y pantaleta. “Padre nuestro que estás en los cielos. ¡Veamos qué dicen los pulmones!”. Acercó el oído por la espalda, mientras le desabrochaba el sostén. “¡Cayó el sostén!, llegó la hora del primer despojo”. La tomó por los hombros y comenzó a echarla hacia atrás. “Así, así. ¡No suelte los Cristos!”, quedó en una posición muy extraña, con los pies debajo del cuerpo. René, muy suavcito, le sacó los pies. Allí estaba, acostada, con las manos en alto y por ropa las pantaletas. En aquel close: “Cállate la boca. Hazte la paja y tranquilízate que vas a pajear la vaina”. Todo mundo tranquilo. En tensión. Se arrodilló René. “¡Salgan los espíritus!”. Más suave: “Fuera los malos espíritus del cuerpo de esta buena mujer”. Las pantaletas iban bajando con las manos de René. “¿Qué hacéis en este cuerpo?”, le metió la mano en la vagina. “¿Qué buscáis en este cuerpo?”, la mano dando vueltas en la vagina, buscando el clítoris. La mujer: “¡Ay, ay, ay!, ¡Virgen María!”. René bajó los brazos de la señora. “Permanezca con los Cristos. Rece el Ave María en voz alta”. René se arrodilla frente a la mujer, se quita la túnica de un solo movimiento y dice a la señora: “Ha llegado el momento sublime. Le he sacado la materia. Ahora que le entre la mía para que el espíritu de Eleguá vaya a lo lejos y venga Changó”. Diga usted: “Que venga Changó, que venga Changó”. Cuando la mujer dijo: “Que venga Changó”, le entró aquella vaina, soltó los Cristos y se agarró a las nalgas de René.

## La Maracucha

En la Isla del Burro había una jaula en el medio del patio. Una jaula hecha para “Petróleo Crudo”, Cruz Mejía, porque él se escapaba cuando le venía en gana. Había una jaula y en esa jaula murió un individuo que le llamaban la Maracucha, que fue el primer hombre que se casó con otro hombre aquí en Venezuela, por la iglesia y lo civil. ¡Se casó!, un célebre matrimonio el de la Maracucha. Al matrimonio lo consideraron un acto de depravación. Sin embargo, antes de la boda, el gobernador y ciertos ministros iban de noche a visitarla.

Aquella era una cuestión hecha por la Naturaleza, una desviación completa. Era un ser femenino. Los testículos los tenía tan atrofiados que parecían dos garbanzos, y el pene una cosa mínima, se confundía dentro de los pelos. Y las formas, los senos desarrollados, las caderas pronunciadas, una tez suave. En fin, era una mujer. Tenía toda su vida trabajando en casa de millonarios como sirvienta. Y nunca la llegaron a descubrir. Cuando su mamá lo fue a registrar en el Registro, le pusieron José del Carmen González, pero no escribieron el José y quedó Carmen González.

Y se casó por la iglesia y lo civil. Todas las damas de honor que la llevaron al altar eran maricos, individuos disfrazados. El matrimonio se efectuó en La Pastora. El cura comió el cuento y los casó. Los casó y les echó la bendición y hasta el acepta usted por esposo, y tal y qué sé yo, y hasta que Dios y hasta que la muerte los separe. Y de la iglesia al bonche. Ahí fue donde se formó la torta.

Aquel era un matrimonio caro, porque los maricos habían gastado una barbaridad en flores y en regalos y en adornar la casa con gustos exquisitos. Los homosexuales llegaron con sus maricos y sus novios y sus machos y su cosa, y llegaron del brazo, de esmoquin, con vestidos costosísimos y lujosísimos. Cuando el matrimonio tenía a avanzadas horas de la noche, a los maricos ya rascados se les comenzaron a ladear y a caer las pelucas, y todo

el mundo volteado y empezó el relajo. La gente que estaba en la barra a todas esas empezó a ver y a darse cuenta. Alguien llamó a la Policía y vino un allanamiento tremendo. Policías por todos lados y maricos gritando y llorando, y “¡Ay!, ¡Dios mío!, ¡qué pasa!”. “A la Maracucha la metieron en la jaula de la Isla del Burro”. Allí murió de tristeza. De tristeza, de no comer y de abandono. No duró sino diecisiete días.

## La vendedora de cigarrillos

Frente al hotel Barberini, en Roma, conocí una muchacha que me descojonaba el alma. Vendía cigarrillos con un azafatico. Dieciocho años, rubia, ojos azules, uno setenta y cinco, tobillos gruesos y rosados. Cada vez que yo pasaba, entrando o saliendo del hotel, me decía: “Cigarrete, siñore”. “¿No tiene chéster?”, le preguntaba inmancablemente. Volteaba para todos lados, miraba como de reojo, se metía la mano por los pechos y sacaba su cajita de chéster. Le pagaba con propina y todo. “Grazia, siñore, grazia a lei, bonitura”.

Me decidí a conversar con ella. “¿No volge chéster, siñore?”. “No, yo volgo a lei”. “¡Ay!, siñore”. Y así un día conversaba un ratico, y otro día otro ratico y fui armando un rompecabezas. A ella la había violado el ejército americano, cuando pasaron por un pueblo en la vaina de la invasión. Vivía con su papá y su mamá y dos hermanas. Las violaron a las cuatro. Yo creo que hasta el viejo se lo pegaron. Al mes un par de barrigas. Mi italianita parió su muchacho, se lo dejó a la abuela y se vino a Roma, a vender cigarrillos. A mí me conmovió la historia. Un día le dije: “¿Chéster, no te gustaría salir conmigo?”. “Io sono molto povera, siñore”. “Non preocuparte, Chéster, salimos y yo comprarte un vestido”. Salimos. Le compré el vestido. Me invitó a su casa, en el pueblito, y allí me brindaron *mozzarella*, y comí con ellos un pasticho y bebí un vinito y tomé cafecito molido en una maquinita que parecía una vitrola. En la tarde, “Adío siñore, molto cuidado, porta bene a Graziela”.

Me cité con Chéster para el día siguiente. Le dije: “Tú no vende cigarrete domani. Andiamo de compra”. “Tá bene, Alfredo, io te aspeto. Non faltare, Alfredo”. A las diez de la mañana andaba yo con Chéster por la Vía Veneto. La metí en una tienda: le compré un vestido lindo, una cartera, guantes, zapatos. La llevé a una peluquería, y llamé a una manicura para que la



pusiera como a la Cenicienta. La pusieron hermosa, y con ella me fui a Casino de la Rosa, y me metí por Vía Veneto otra vez y fuimos al cabaré y saltamos, brincamos y tomamos champán y después fuimos a lo que teníamos que ir. Fuimos al mismo hotel donde yo vivía y ella vendía “cigarretes”. Subimos por el ascensor donde meten las sábanas, y entramos encantados a la pieza.

Me levanté muy temprano y me fui a hacer mis diligencias. Cuando regreso, al mediodía, me dice el que da las llaves, un tipo nuevo que hablaba español: “Signore, su signora trajo todo el equipaje”. Yo le dije: “¿Cuál señora?”. “La signora suya”, me respondió. Subí por las escaleras. Abro la puerta y me consigo a Chéster planchando unas medias. “¿Qué pasó, Chéster?”. “Niente, Alfredo, io sono andata casa de mis padres y le he deto lo que tú decirme note”. “¿Y qué decirte yo, Chéster?”. “Tú dire casarte con io. La mama darne la bendicione y la autorizacione. Alfredo, io sono felice. Tuta la familia, tute il popolo sapere que io casarme con el venezuelano”. Yo me dije: “¡Ah, vaina!, ¡en qué paquete me metí!”. “Tá bene, Chéster, tá bene. Ritorno pronto”.

Salí a pensar cómo salirme del paquete con Chéster. Me busqué un amigo venezolano-italiano que trabajaba de chulo en un burdel y le plantié el problema. “La verdad es que te obliga a casarte —me dijo—; pero tengo una solución: le dices que te vas a casar, pronto, pero que necesita la partida de nacimiento y la de bautismo y la presentación. Con la misma se irá para el pueblo a buscar sus partidas y, mientras tanto, tú te esfumas”. Así fue. Le inventé la historia a Chéster y, al rato, estaba haciendo su maleta para irse al pueblo a buscar sus partidas. “Adío, Chéster, ritorna pronto. Adío, Alfredo, amore mío, pronto ritornaré”. Quien no “ritornó” más nunca al hotel fui yo.

## En el burdel del cura

Para conocer a Roma es necesario conseguir un *cicerone*. Yo me conseguí uno. Se las sabía todas, conocía todos los sitios que a mí me interesaban: casas de cita, burdeles, casinos, bares, restaurantes, espectáculos, teatro, farándula. Domingo, que se llamaba el *cicerone*, cada vez que sabía de algo novedoso, me llegaba presto. “Alfredo, encontré algo bueno, ‘especial’ para ti”. Un día me dijo: “Te voy a llevar a un sitio ‘particolare’, propiedad de un cura, exquisito”.

En la noche estábamos tocando la puerta del sitio. Un gran palacio con jardines oscuros, fuentes, estatuas, caminos de piedritas y faroles como los de la Plaza Bolívar. Tocamos. Por una puertecita se asomó la carita de una señora. “E Domingo, signora, buona sera”. “Buona sera, Domingo. Pase”. “Te traigo un amico venezolano”. “Molto piacere, signore”. “El piacere è mio, signora”. “¡Avanti, avanti!”. Entramos. “Venite cui, signores”. Caminamos por un largo corredor. Subimos unas escalerotas de mármol. Lámparas y cortinas rojas por todas partes. Cuadros con mujeres desnudas y mujeres con niños en los brazos. Parecía una iglesia aquella vaina. Entramos a un gran salón. “Aspetare cui, signores”. En el salón había hombres. Unos en divanes, otros en cojines, otros en un barcito, otros frente a una chimenea. Algunos, haciéndose los locos, viendo los cuadros. Había uno leyendo junto a una biblioteca. Aquello estaba medio raro. Sentí olor a marihuana. Le digo a Domingo: “Esto es un burdel de hombres, andiamo Domingo”. Y me contesta: “Aspeta, no te impacientes, aspeta un po”. “Pero solo un po, Domingo”. Pedimos dos güisqui a un mesonero, muy delicado él. Cuando estábamos saboreando el güisqui, se abre una puerta, entra una señora muy elegante, de traje largo y peinado de copete: “Buona note, signores. ¡Presto!”. Dio unas palmadas, clap, clap, clap. “¡Andiamo presto!”. Clap, clap. “¡Andiamo bambinas!”. Comenzaron a salir mujeres

desnudas: blancas, trigueñas, negras, nalgudas, flacas, viejas, cojas. “Tú porta la que te volge, Alfredo, piano, piano”. Aquello era un desfile, te miraban, se reían, te picaban el ojo, daban su vueltica con la cabeza de medio lado, otras se agarraban los pechitos o se daban una palmadita en las nalgas. El tipo que estaba a mi lado se metió la mano derecha en el bolsillo y empezó a jamaquearse. “Este se volvió loco”, dije. A mí se me puso el pantalón como carpa e circo. No hallaba cuál escoger y todo el mundo metiendo mano. “Andiamo, Alfredo, la tuya”, me decía Domingo. Y yo paralizado. Entonces Domingo me dio un empujoncito cuando pasaba una rubiecita linda. “¿Tú me quiamas, amore?”. “Sí, io te quiamo, preciosa”. Me tomó por un brazo y me llevó a un diván. “¿Te piace la nena?”, me preguntó. “Me piache molto. Subamos, nena, que me tienes loco”. Subimos, tomados del brazo, como quien va a casarse.

Me enamoré de la nena. Parecía una ardillita, me hacía cosquillas por todas partes. Se las sabía todas. “Jugamos a questo e mío, e questo e di lei. ¿Cómo si quiama questo?”. “Il tuo capezzolino”. “¿Y questo cómo si quiama?”. “El ombeliquito para ti”. Cuando estoy montado en mi ardillita, tocan la puerta: ¡pum, pum! “¡Siñore!, ¡siñore!, ¿qué pasa?, ¿ei sono di Venezuela?”. “Sí, io sono de Venezuela”. “Presto, siñore, prestisimo andiamo presto, un siñore diplomático venezuelano si muore”. Me puse los pantalones y abrí la puerta. “¡Andiamo, andiamo, si muore! Io no sono dotore. ¡Andiamo, per favore!” “Tú te quedas, tú no vienes así, desnuda”, le grité a la nena. El hombre caminaba como un desaforado.

Llegamos al cuarto del venezolano. “Anjá, qué pasa”. “¡Mamma mía, si muore!”. Estaba tirado en la cama, con un paño mojado en la frente. Una muchacha desnuda le frotaba los pies. Otra corría de un lado para otro: “¡Povero, povero!”

Se había metido con seis mujeres. Tenía sesenta años y le dio una pataleta en medio del jaleo. Estaba frío. Le toqué el pulso.

Ni pulso tenía. Acerqué el oído al corazón. Sonaba un poco. “Non preocuparse –dije–, le dio un golpe de viela”. Llamaron un médico. “¡Presto, un médico!”. Pedí una bolsa de hielo y se las puse en las bolas. Al rato llegaron dos médicos. La cosa era más grave. Pidieron una ambulancia, y se lo llevaron en camilla. Yo me fui a buscar a la nena, pero no quiso nada, estaba muy nerviosa. “Tu sei venezolano –me decía–, tu sei venezolano. Vieni, domani, Alfredo, io te aspeto”.

## Un enganche en Roma

Llegué al Casino de la Rosa, en Villa Burguesa. Allí usan unas mujeres muy hermosas y muy bellas, tipo exótico para conquistar. Según el tipo le lanzan la mujer. Una cosa estudiada para enganchar a uno. Después la mujer se lleva al enganchado para el botalón de la ruleta. Ahí lo sientan y ahí, poquito a poco, le van sacando los dólares, hasta que queda pelao.

A mí me enganchó una catira muy bella. Fuimos y nos tomamos un martini y un no sé qué. Medio parlando en italiano, medio parlando en español, ya estábamos en el bar de un hotel, huyéndole al enganche de la ruleta, hablando de mis cosas artísticas y “amore mío, io te volgio bene”; y al día siguiente, yo me daba una pelota con mi italiana, porque era altísima, sí tenía uno noventa, y se ponía un sombrero de verano, y en el brazo una sombrilla, y yo con mi máquina de retratar, como todo un turista, con un cochezote. Alfredo, del Guarataro, con esa patada, con ese coche y aquella máquina y aquella italiana que me daba pellizquitos y me hablaba a la oreja y me decía: “Questa la Fontana de Trevi, aquí ve, e la tradicione que se echa una monedita y tú ritorna a Roma”. Tremendo enganche. Piazza Navona, Jardín de las Delicias, Villa Burguesa, Coliseo Romano. “Cui Coliseo, –me dice un italiano–, mataron al César”; y la italiana me decía: “Eso e mentira, no han matado a César un carajo cui”. Yo quería comprarme un medallón que tenía pelos de Cristo y palitos de la Cruz. Entonces ella me dijo: “Eso e una vaina de pelo de la barbería y eso palito ser vagabundería. No compra, Alfredo”. Pero me llevaba a las *boutiques* a comprarle que si unas pantaleticas rosadas y unos sostenes carmesí; y “questo vestido e molto belo, io lo volgio, Alfredo”, y le compraba el vestido, y andimo a lo restaurante y a lo espectáculo y a lo todas partes. Fue un enganche tremendo. Al mes no tenía “ni chento lire”. Por fortuna, no fui al Botalón.

## El ciego de Nueva York

Las mejores expresiones de mi vida artística nunca fueron delante del soberano público, ¡nunca! Mis mejores expresiones fueron manifestaciones espontáneas. Un día vengo caminando por Taimé Escuar y veo a un ciego tocando un acordeón de mano. Cositas tristes, melancólicas. Me dio un escozor por todo el cuerpo y me paré a oírlo. La gente pasaba sin pararle al cieguito, uno que otro le echaba moneditas en el sombrero. Cada vez que sentía caer una moneda fuerte, paraba el acordeón y la recogía. De pronto, no sé por qué caray, comienza a tocar tacacán, tarán, tatirín, tintacán, carancán, carancancán... “Ay, Josefina querida del alma mía”. Me dio una alegría, y con la misma me puse a bailar en medio de la calle sin importarme un comino nada, acompañado por mi ciego, sin importarme ciego ni público. Se juntó un gentío enorme, y al terminar la cosa, tarantán, comenzaron a caer en el sombrero billetes y billetes. El ciego no entendía, la mano la tenía como petrificada en el sombrero, y seguían cayendo los billetes. Finalmente, levantó el sombrero, cuando ya vio que no caían más billetes, se lo puso en las piernas y comenzó a ordenarlos y metérselos en el bolsillo del paltó. Cuando terminó su trabajo, comenzó a tocar tacacán, tarán, tarara... “Ay, Josefina querida del alma mía”. Yo seguí caminando, bailandito, con ganas de devolverme y pedirle mi parte.

# Índice

Nota editorial	7
<b>Cuentos de la infancia</b>	9
Yo tuve una niñez muy fuerte	10
Mis primeros pasos	11
Yo era malo	13
Me vistieron de niña	14
Prendí las piernas	15
Comencé a conocer delincuentes en la policía	16
Del correccional al hospital	17
De Maracaibo a Caracas	20
De Caracas a Maracaibo	21
De Maracaibo a Barranquilla, de Barranquilla a Puerto Cabello, de Puerto Cabello a Caracas	22
Mis primeros billetes	24
<b>De la vida artística</b>	27
Poco a poco comencé a levantar mi vida artística	28
¡El Rey, el Rey!	29
Por un bochinche	30
¡Ta bueno ya!	32
Se cerró el audio	33
La inauguración del hotel Ávila	34
Al año después	36
A Jacinto no le pareció suficiente	37
Cerrado el impase	38
Hielo y Estrella	40
¡Tas quemao Alvarado!	41
En el Teatro Margot	42

No había nada que hacer	44
Bailarín venezolano se roba el chou	45
The King of Joropo	48
La pulmonía me cortó la carrera en Nueva York	50
<b>De choreo</b>	51
Me fui violentando	52
Napoleón me dio una mano	53
Napoleón	55
El español	57
Un gran asalto	58
El Loco Alegre me entrampó	62
El Loco Irureta	64
¡A quemar esta mierda!	65
¡Ese hombre está loco!	66
El cura y el colombiano	67
Un atraco ciego	68
El cuento del diploma para ejercer la brujería	69
Me lo mandó Dios	71
<b>De El Dorado</b>	73
Nos llegaban las 4 a.m.	74
¡A comer, carajo!	75
¡Ronda, voy al baño!	76
¡Caray! Una comisión	77
El pergamino de Mijarito	78
El pavo	80
Le pasó como al Hamlet	81
Aquí hay que tener muchos padrinos	82
El santo cura	83
Cuando aquel se para, uno se para	84
El conecte	85



El sermón	86
De vuelta con el santo cura	87
El subdirector	88
Una comisión y pal río	89
La Marilú	90
El sicoanalista	91
Nadie como el sargento Cabaña	92
Voy a cortar flores para la Virgen	93
La vaca loca	94
La horqueta	95
El parto	97
¡Noticias, noticias!	99
Así es la vaina	101
Negocio que les conviene a ellos	102
<b>De Maracay</b>	103
Cuento del corri corri	104
¡No, qué va!	107
La paliza de veneno	109
El robo de la ganadera	114
La huelga de hambre	119
Salí a tomarme un café	121
La guerra e mierda	123
Favor con favor se paga...	125
<b>De Penitenciaría</b>	127
Mal espectador	128
El Cristocosmos	129
El servicio sexual	130
Hágaselo usted	131
Monté un casino	132
En el Economato también tenían su choreíto	133

Escuela magnético espiritual	136
Si no respondes así, te jodiste...	139
Mi complemento numérico	141
El dinero es una causa social	144
<b>Otros cuentos</b>	147
Perdí una novia evangelista	148
Las cosas del subconsciente	151
Curabién	153
Las cartas es un albur	155
La ciencia termina en brujería	158
Usted tiene un problema	160
La Maracucha	162
La vendedora de cigarrillos	164
En el burdel del cura	166
Un enganche en Roma	169
El ciego de Nueva York	170

Fundación Editorial El perro y la rana  
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,  
Caracas - Venezuela, 1010.  
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com  
comunicacionesperroyrana@gmail.com

[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)  
[www.mincultura.gob.ve](http://www.mincultura.gob.ve)

Facebook: El perro y la rana  
Twitter: @elperroylarana

*Los cuentos de Alfredo Alvarado, El Rey del Joropo*  
se terminó de editar en formato digital  
en la República Bolivariana de Venezuela,  
en Caracas, en el mes de octubre de 2020



## Edmundo Aray (Maracay, 1936- Mérida, 2019)

Poeta, ensayista, crítico, cineasta y promotor cultural. Perteneció a los grupos literarios Sardio (1956-1962) y al Techo de la Ballena (1963-1968). Creador de la revista Rocinante (1969-1978). Fundador en 1974 del Comité de Cineastas de América Latina. Asimismo, fue miembro fundador de la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano y de sus consejos Superior y Directivo. Se desempeñó como director general de la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños, Cuba (2000-2002). Obtuvo reconocimientos como cuentista en los concursos de El Universal (1957) y la Universidad Central de Venezuela (1958). Entre sus poemarios destacan: *Los huéspedes en el tiempo* (1958), *Nadie quiere descansar* (1961), *Cambio de soles* (1968), *Cantata del monte sagrado* (1983) y *Laberinto de amor* (antología poética 1991-2006). Como cineasta ganó reconocimiento a la Mejor Película y al Mejor Guion del Concejo del Municipio Libertador (1994) y el Premio Nacional de Cine (1991).

*Los cuentos de Alfredo Alvarado, el Rey del Joropo* son una compilación de 45 cuentos donde se muestra la intensa vida artística, el desenfreno, los viajes y el paso por distintas cárceles venezolanas de un personaje que representa una particular época venezolana. Fue Alvarado un artista, un bandolero, un pícaro, un intenso aventurero, viajero e inquilino frecuente en distintas prisiones venezolanas. Las narraciones de El Rey del Joropo están llenas de una rica y profunda oralidad, cargadas de la más auténtica y legítima venezolanidad. Edmundo Aray con gran habilidad supo recoger y compilar la esencia de un personaje que conoció y vivió de cerca la glamorosa etapa de los teatros, cabaret y presentaciones en vivo en Venezuela, México, Cuba y Estados Unidos de la década de cuarenta y cincuenta. La presente compilación de anécdotas es un recuento genuino de nuestra cultura y tradiciones que, aunque suenen ya lejanas, conservan su huella en la actualidad.

